

R

LA COLINA DE LAS IGUANAS
GIOVANNA RIGHINI RICCI

Benilde

LA COLINA DE LAS IGUANAS
Giovanna Righini Ricci

Bemil De.





**LA COLINA
DE LAS IGUANAS**

Beni D.

LA COLINA DE LAS IGUANAS

Giovanna Righini Ricci

Asociación cultural Benilde,
Mujeres&culturas,
Culturas&Mujeres
2016 Sevilla (España)
www.benilde.org

IMAGEN DE PORTADA

Lola Ferreruela · lolaferreruela.com

EDICIÓN, TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN

Juan Aguilar González

DISEÑO

Bane

ISBN 978-84-16390-14-4

IMPRIME

La Imprenta CG

• Colección Benilde narrativa.

Directora: Anna Marzio

Comité científico: Elena Jaime de Pablos, Universidad de Almería; Alejandra Moreno Álvarez, Universidad de Oviedo; María Coppola, Universidad de Trento, Italia; Rocío González Naranjo, Universidad de Limoges, Francia; Margherita Orsino, Universidad de Toulouse, Francia; Ernestina Pellegrini, Universidad de Florencia, Italia; Claudia Pazos Alonso, Universidad de Oxford, Reino Unido, Michèle Ramond, Universidad Paris VIII; Milagros Ezquerro San José, Universidad de París-Sorbonne, Francia.

Proyecto de edición y traducción del Grupo de investigación Escritoras y Escrituras
www.escritorasyescrituras.com

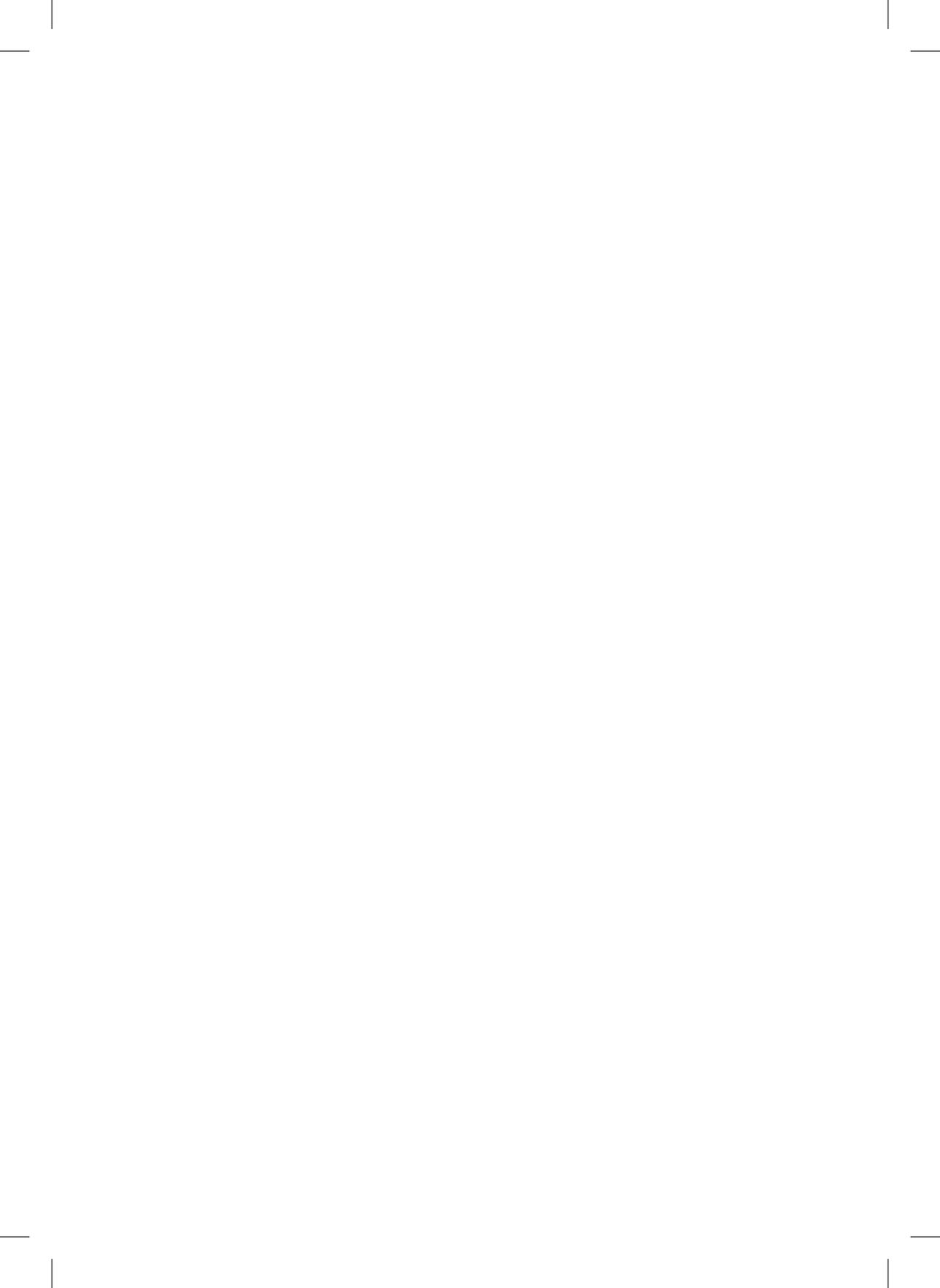
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

LA COLINA DE LAS IGUANAS

Giovanna Righini Ricci



INTRODUCCIÓN	9
GIOVANNA RIGHINI RICCI	11
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO PRIMERO	15
CAPÍTULO SEGUNDO	21
CAPÍTULO TERCERO	25
CAPÍTULO CUARTO	33
CAPÍTULO QUINTO	43
CAPÍTULO SEXTO	49
CAPÍTULO SÉPTIMO	57
CAPÍTULO OCTAVO	67
CAPÍTULO NOVENO	77
CAPÍTULO DÉCIMO	85
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO PRIMERO	97
CAPÍTULO SEGUNDO	107
CAPÍTULO TERCERO	115
CAPÍTULO CUARTO	125
CAPÍTULO QUINTO	135
CAPÍTULO SEXTO	143
CAPÍTULO SEPTIMO	153
CAPÍTULO OCTAVO	165



INTRODUCCIÓN

Si el viaje es el mejor vehículo, o al menos uno de los predilectos, para mostrar el contraste entre culturas, *La colina de las iguanas* nos propone un doble viaje: el primero de ellos es el que tiene lugar dentro del lujoso barco que ocupa la primera parte de la historia; el segundo, las aventuras vividas dentro del incomparable destino del transatlántico: México.

La colina de las iguanas es un libro de contrastes y así lo deja claro desde su revelador comienzo: la tragedia de Matilde se confunde, se sobrepone y se diluye en la despreocupada existencia de los pasajeros del crucero de lujo. El mismo barco, el bellísimo y omnipresente *White Heron*, que traslada en sus exquisitos interiores cubiertos de salas de baile, restaurantes, gimnasios y demás parafernalia de lujo a los adinerados viajeros que buscan pasar en la costa mexicana las vacaciones perfectas es, en sí mismo, ejemplo perfecto de los contrastes que abundan en esta historia: mientras los ricos pasajeros se divierten en las instalaciones de cubierta, abajo, en las entrañas metálicas del enorme transatlántico, el drama de la supervivencia no siempre concluye con final feliz. Una verdadera metáfora de la vida, el *White Heron*, donde algunos sufren, mueren, mientras otros se divierten, inconscientes (o no) de lo que sucede, pero cuyo avance no se detiene ante nada.

Alessandro, Álex para los lectores, es el hilo conductor de una historia de la que a veces es protagonista y a veces un mero espectador. A través de los ojos de este italiano criado en una sociedad rural desfilan situaciones que cuestionan la visión del mundo que tenemos; lo que es justo y lo que no lo es, pasan de ser certezas a simples matices según la situación. El inesperado ataque, sin sentido aparente, que sufre el muchacho al comienzo del libro, encierra matices que él mismo no comprendía; lo que parecía locura se convierte en algo “comprensible”; lo que fue ira se transforma en piedad.

Si la primera parte del libro está centrada en el *White Heron*, la segunda parte tiene como escenario la costa de México.

Cuna de antiguas civilizaciones, México descubre su poliédrica realidad desde el momento en el que el transatlántico llega a sus costas: niños semidesnudos pidiendo monedas a sus adinerados visitantes, callejones malolientes que conducen al “Camino Real”, el ostentoso hotel de la zona, policías que operan en los márgenes de la ley que juraron defender, etc.

En la segunda parte del libro, Álex es acompañado por Felipe, un joven limpiabotas mexicano que será quien le descubra las maravillas (en el sentido de “sorprendente” y no siempre de “agradable”) de su país. Felipe representa la mejor cara de México: noble, de buen corazón y dispuesto a ganarse con su trabajo los pocos pesos con los que alimentar a su familia. Felipe vive en condiciones de extrema pobreza e insalubridad y, sin embargo, una eterna sonrisa adorna su cara. El limpiabotas hace que el protagonista (y nosotros) nos cuestionemos qué es la felicidad y cómo se consigue. Álex y Felipe son dos caras de la misma moneda, ambos representan lo mejor de cada mundo y demuestran con sus acciones que la nobleza del alma no entiende de riquezas ni nacionalidades.

El desencuentro con el mundo occidental, tecnológico, se hace aún más evidente bajo el caluroso sol de México: una enfermedad que un sitio se puede curar con unas cuantas pastillas, en otro acaba con la vida de un niño y, sin embargo, el índice de suicidios en México es menor que en la civilizada Suecia de donde procede el doctor Erick. ¿Cómo es posible? El doctor del barco se cuestiona el motivo: ¿el modelo de vida nórdico de su Suecia natal, perfecto en la superficie, lleva a la felicidad o a la alienación? ¿Es correcta nuestra visión de la muerte, dramática, seria, o es correcta la de los mexicanos, que la contemplan con la más absoluta normalidad, como parte fundamental de la vida?

El libro, dirigido principalmente a un público joven, esboza temas sensibles sin llegar a profundizar en ellos: la relación hombre-máquina, la desigualdad social, la muerte, la felicidad, etc. En el aire deja más preguntas que respuestas, como corresponde a un libro que pretende ser una ventana al mundo que nos rodea, pero al que no está dispuesto a acompañarnos; corresponderá al lector indagar en tan delicados temas.

GIOVANNA RIGHINI RICCI

Giovanna Righini Ricci nació en Lugo de Rávena y vive en Turín. Licenciada en Letras y Francés, es catedrática de Humanidades en la Escuela Media Perotti di Turín.

Ha seguido cursos de actualización didáctica e psicológica y guiado seminarios didáctico-prácticos para profesores.

Colabora, entre otros proyectos, en *Rassegna di cultura e vita scolastica* y en *Annuali della Pubblica Istruzione* con artículos de carácter cultural, didáctico, crítico, con reseñas, etc.

Durante años se ha encargado en la revista *Scuola e Didattica* de la edición de la didáctica del italiano para la Escuela Media, la didáctica de la historia y de la educación cívica.

Ha recibido premios y nominaciones en el campo literario, entre los que destacan: una medalla de oro al "Premio Andersen Baia de las fábulas"; una nominación al "Premio Giana Anguissola"; un "Premio Castello"; finalista en un "Premio Settembrini" y una medalla de oro de la Presidencia del Consejo de Ministros; etc.

Numerosos cuentos y novelas suyas han aparecido en antologías, revistas y diarios.

Para los niños ha escrito:

Le cicale (novela para adolescentes), Ed. Ponte Nuovo, Bologna;

Il ballo dell cicale (continuación de *Le cicale*), Ed. Ponte Nuovo, Bologna;

Nel cavo della mano (novela), Ed. Ponte Nuovo, Bologna;

Il segreto della Cisa (novela), Ed. Massimo, Milano;

Ragazzi sulla linea del fuoco (cuentos), Ed. Massimo, Milano;

Incontri d'estate (novela), Ed. Massimo, Milano;

I figli di Kira (cuentos), Ed. Massimo, Milano;

Le scapola dell'angelo (novela), Edizioni Scolastiche Bruno Mondadori, Milano.

Algunos de sus cuentos escenificados han sido elegidos por la RAI y retransmitidos en la sección: *La radio para las escuelas*.

Para las escuelas se ha ocupado de la reducción y los comentarios de:

L'avventura di W. Schnaffs (G. De Maupassant, Edizioni Scolastiche Bruno Mondadori, Milano);

Il fucile di papa della Genga (F. Seratini, Ed. Garzanti, Milano);

Cani perduti e senza collare (G. Cesbron, Ed. Massimo, Milano);

Gente del Po (F. Soldi, Ed. Massimo, Milano).

PRIMERA PARTE

*«... no sabéis qué es la vida,
vosotros que la tenéis en vuestras manos».*

T. S. ELIOT



CAPÍTULO PRIMERO

En la quietud de la puesta de sol, que cedía rápidamente el paso a la noche tropical, se levantaron, inesperadamente, los aullidos de la sirena de a bordo. Después, de repente enmudecieron y una paz abrumadora se difundió nuevamente sobre el océano, que poco a poco se cubría de sombras violáceas.

Pero he aquí, de golpe, la sirena comenzó de nuevo a aullar, lúgubre, anunciando:

«¡Hombre al agua, hombre al agua!»

Fueron pocos quienes escucharon aquel mensaje siniestro, encima del bonito barco blanco de crucero, que hacía dos días que partió desde Los Ángeles, con trescientos pasajeros a bordo, e iba directo hacia México, con su preciosa carga de turistas pudientes a la búsqueda de distracción y emociones. Solo dos o tres de ellos dejaron los lujosos locales del *White Heron*, para correr sobre el puente y escudriñar con inquietud la superficie del océano en bonanza, comentando:

«¡Hombre al agua!»

«¿Quién lo ha dicho?»

«¿Dónde?»

«¿Cuándo ha ocurrido?»

«¡Será un nuevo truco del comandante, para hacernos probar todos los riesgos de las navegaciones oceánicas!»

Cuando la alarma se repitió por tercera vez, Matilde, que estaba en la biblioteca del Puente Promenade, inmersa en la lectura de una novela policíaca, cerró el libro bruscamente, inquieta, y se puso en pie, preguntándose:

«¿Quién sabe qué significan esos largos gemidos de la sirena?»

Miró la hora y exclamó a media voz:

«¡Qué tarde! Es mejor que vaya donde está Pete.»

Salió de la biblioteca y se puso a buscar al hermano, un chiquillo de siete años, muy vivaz, que al subir a bordo, se volvió inmediatamente el jefe indiscutible de una nutrida banda de críos, que correteaban todo el día a través de los salones del gran

barco, a la caza de aventuras sorprendentes, o sumidos en sus juegos desenfrenados.

¡Era siempre un problema conseguir atraparlo!

Por esto, Matilde comenzó, pacientemente, una búsqueda sistemática: primero bajó a la guardería, donde una graciosa canguro estaba ensimismada entreteniéndolos a los invitados más pequeños, con una animada cancioncita; después pasó a la sala de juegos, casi desierta a esa hora; más tarde se asomó a la discoteca, pero Pete no estaba, solo dos o tres parejas de adolescentes ondeaban al ritmo lento de una balada; o bien, sentados en el bar, saboreaban bebidas de bonitos colores, en grandes vasos decorados con espléndidas flores tropicales.

Matilde, entonces, se puso a correr por el barco y le entró, de repente, un oscuro sentimiento de angustia; pero de Pete, ninguna noticia.

«¡Seguro que está en la piscina! ¡Qué tonta he sido por no haberlo pensado antes!» Se dijo a un cierto punto, volviendo a subir hacia el Puente Promenade.

Apareció justo en el momento en el que Teddy, un compañero de juego de Pete, estaba precipitándose por las escaleras.

Lo agarró por un brazo, nerviosa:

«¿Dónde está Pete?»

El chico la miró un segundo, como si no la viese; después negó con la cabeza sin contestar, con los largos y claros cabellos que le cubrían los ojos llenos de angustia. Con un tirón, se liberó de ella y corrió precipitadamente.

Un negro abismo se abrió en el pecho de Matilde, que volvió a bajar y subir, ciegamente, aterrada, sin saber el porqué.

Sobre el Puente Europa vio al comandante dar órdenes febriles a la tripulación. Un bote salvavidas estaba, mientras tanto, descendiendo al mar bajo la mirada de una pequeña muchedumbre silenciosa.

Nadie se dio cuenta de que se estaba arrimando poco a poco a la baranda y miraba fijamente la superficie sangrienta del océano. Solo entonces se acordó que se había hecho un gran silencio: todos los motores del barco habían cesado de funcionar

y el *White Heron* oscilaba, dulcemente, como un inocente pájaro, sobre las aguas que se ennegrecían.

Los ojos de todos seguían ahora cada movimiento del bote salvavidas y Matilde, con las manos agarradas a la baranda, se puso a rezar mecánicamente:

«No es verdad, oh Señor; haz que no sea verdad.»

A bordo del bote salvavidas, dos marineros movían lentamente los remos, explorando cada palmo de la superficie marina, que parecía que se había vuelto, de repente, inmóvil. De pronto, la aleta negra de un tiburón empezó a diseñar círculos avispados alrededor de la embarcación y, al poco tiempo, aparecieron y desaparecieron entre las ondas ligeras sombras y encubiertas presencias, en la oscuridad cada vez más inminente.

En el silencio, aún más denso, Matilde escuchaba, extrañada, los retumbos de su propio corazón, repitiéndose mentalmente:

«¡Que no sea verdad! ¡Haz que no sea verdad, Señor!»

En ese momento, una pareja anciana se apoyó en la baranda, al lado de ella, y se puso a mirar abajo:

«¿Cómo es posible que se haya caído al mar, en pleno día, bajo los ojos de tantas personas?» Dijo la mujer, incrédula.

«¡Sabes bien cómo son los chicos: nunca están quietos! Se habrá resbalado, yo que sé... desde la baranda o mientras jugaba al escondite en un bote salvavidas...» Comentó el marido.

«¡Mira: allí hay tiburones! ¡Se me ponen los pelos de punta!» Murmuró la mujer, señalando con las manos temblorosas la macabra escena.

«¡Ciertas desgracias no pasarían si las madres estuvieran un poco más al cuidado de sus críos!» Dijo el hombre, áspero, desviando la mirada.

«Algunos dicen que no tenía madre; de hecho, parece que viajaba con una hermana, una chica de quince o dieciséis años». Intervino, entonces, una vieja, cerca de ellos, que había escuchado la conversación.

«Y se sabe cómo son de imprudentes hoy, los jóvenes...» Suspiró.

«¡Pete!» Gritó entonces Matilde, pero solo ella oyó su

proprio grito desesperado, porque ni una sílaba salió de sus labios emblanquecidos; después dentro de ella se hizo la oscuridad y la chica se dejó caer poco a poco al suelo.

«¡Una chica se siente mal! ¡Socorro! ¡Una chica se siente mal!»

Un grumete con un cuerpo atlético se lanzó hacia Matilde, la levantó y salió corriendo, hacia la enfermería, dejando tras de sí un murmullo de voces excitadas, un rastro de conjeturas:

«¿Quién es? »

«¿Qué tiene?»

«Pero, ¡aquí pasa de todo!»

«¿Era ella la que se cayó al mar?»

«¿Está muerta?»

«¡Qué dices! ¡Sólo se ha desmayado!»

«¡Habrá sido la emoción, por haber visto todos esos tiburones!»

«¡Oh, Dios mío! ¡Yo también comienzo a sentirme mal: es una cosa horrible, atroz!»

«¡Pobre niño!»

«¿Piensa que lo van a salvar?»

«¿Pero como podéis pensar que se pueda salvar, en estas aguas infestadas de tiburones?»

«¡Cállate, por favor, no quiero escucharlo!»

Poco después, encima de la camilla de la enfermería, Matilde volvió a abrir los ojos y miraba alrededor, perdida.

El doctor Erick, que le tenía la mano, un joven altísimo, todo barba, pelos y gafas, le sonrió, animándola:

«¿Va mejor, ahora?»

Matilde, emergiendo fatigosamente desde las tinieblas de la inconciencia, dijo que sí con la cabeza. Después murmuró, en un suspiro:

«¿Pete?»

«Sí, lo están buscando». Dijo el doctor Erick. «Ya verás como irá todo bien».

Matilde cerró los ojos, pero de repente los volvió a abrir aterrada:

«¡Los tiburones!» Gritó, incorporándose sobre la camilla.

«Cálmate, no hay ningún peligro». La tranquilizó el médico, intentando acostarla. Pero la chica forcejeaba, presa de sus pesadillas, chillando: delante de sus ojos pasaban y volvían a pasar imágenes terroríficas: Pete que se escondía para jugar en un bote salvavidas; Pete que se resbaló; Pete que gritaba pero ninguno lo oía, Pete que desaparecía en el agua roja, llena de tiburones hambrientos, y después volvía a emerger un instante, invocando su nombre; pero ella no estaba para salvarlo; ella no lo había protegido, como había prometido a sus abuelos, cuando embarcaron los dos en aquel bonito barco blanco de nombre gentil, para llegar, a Acapulco, junto con la tía Jenny, la rica propietaria de un lujoso hotel sobre un acantilado. Y Pete estaba muy emocionado, con la idea de un viaje por el mar, ¡tan feliz!

«Pete, Pete, ha sido culpa mía», sollozó, abatida.

«Lo encontraremos». Le dijo suavemente el doctor Erick, siempre apretándole las manos contra las suyas: «Ahora intenta dormir».

Matilde negó con la cabeza, con los ojos cerrados, mientras grandes lágrimas comenzaban a deslizarse, silenciosamente, por su rostro.

Entonces el médico hizo una rápida señal con la cabeza a una enfermera, que estaba al cuidado, al pie de la cama; de pronto la mujer se acercó y puso a Matilde una inyección tranquilizante.

Una gran paz descendió poco a poco al corazón de la chica, la cual, detrás de las pestañas entreabiertas, vio por un momento a Pete, con la carita pecosa toda sonriente: estaba en el jardín de su casa y le decía: «Ven, Tilde, ven a ver cómo es de bonito mi fuerte con los indios».

«Sí, Pete, voy; espérame». Murmuró Matilde, precipitando en un sueño negro, sin sueños.



CAPÍTULO SEGUNDO

Las búsquedas siguieron toda la noche, a la luz de los focos que cortaban ininterrumpidamente la negra superficie. A intervalos regulares se lanzaban al mar los salvavidas y el firmamento sin estrellas se iluminaba por instantes con bengalas, que emblanquecían, por algunos minutos, el cielo y el mar en un último e inútil intento de encontrar al niño.

Sin embargo, en el interior del barco, la vida no había sufrido variación alguna: se bailaba, como siempre, en los cuatro clubs nocturnos; señores con el traje de noche y mujeres enjoyadas se sentaban, como siempre, en la mesa de juegos, mientras los camareros, impecables, iban y venían con bandejas cargadas de bebidas elegantes; como siempre, hubo alguien que, alegre, después de haber bailado mucho, se tiró con su señora, ambos completamente vestidos, a la piscina templada; quien, en cambio se fue al teatro y quien se fue al cine; quien se detuvo en la sala de música, para escuchar, como cada noche, un tenor de éxito; quien prefirió acercarse al *duty free*, para hacer unas compras: en resumen, el bonito barco de crucero, una verdadera ciudad flotante, animada por un perenne carnaval, vivía su ferviente y ficticia existencia de siempre, aunque un niño hubiese desaparecido en el mar.

Pocos pasajeros recordaban el incidente o subían cada tanto, discretamente, a echar un tímido vistazo a la superficie del océano que, en aquella noche sin estrellas y preñada de nubes bajas, estaban negras como la brea del alquitrán y extrañamente inmóvil.

Solo un hombre no se separó del puente, desde el momento del incidente: era un viejecito extravagante, apodado "Dick el loco", por su costumbre de pasarse horas enteras en la barandilla para hablar con los delfines juguetones que seguían alegremente al barco. Estaba siempre allí, desde que habían lanzado la señal de alarma, encorvado, delgado, inmóvil, escudriñando el infinito océano.

Alguien se le acercaba, se apoyaba en la baranda y

comenzaba a mirar abajo, en dirección a las inútiles búsquedas; otro comentaba el acontecimiento en voz baja, casi de mala gana. Solo habían pasado dos días de navegación y todavía no se había creado entre los pasajeros aquella alegre armonía, aquella comprensión un tanto cómplice, típica de los grandes cruceros. Cada uno parecía reacio a hablar de la desgracia. Parecía que ninguno tenía ganas de pensar, de sufrir y sí de buscar fiestas, entretenimientos y distracciones.

Y además, ¿quién los conocía, a aquellos dos? ¿Pete? ¿Un niño inquieto, siempre por medio! ¿Y Matilde? Una chiquilla esquiva y arisca, que estaba casi siempre aparte. ¿Qué derecho tenían de molestar, con sus desgracias, la paz del prójimo? Y casi todos rechazaban el recuerdo molesto, con un efímero:

«¡Es la vida!»

«¡Pobrecita, qué desgracia!»

Quien persistía en el episodio, lo hacía solo por curiosidad, para añadir detalles a aquella tragedia:

«¿Con quién viajaba el niño?»

«Con la hermana».

«¿No tienen padres?»

«Parece que son huérfanos: he escuchado decir, de hecho, que sus padres murieron hace algunos años en un incidente aéreo y que los dos chicos ahora están bajo el cuidado de los abuelos».

Pero con el pasar de las horas, el interés por el acontecimiento disminuyó y, uno tras otro, también los más tenaces y curiosos, se separaron congelados de la baranda para refugiarse en las confortables salas interiores y ahogar sus tristezas, en el murmullo, en las luces, en el calor. Y el loco Dick se quedó nuevamente solo, meditando, en la oscuridad.

Pero aunque inconfeso, un sentimiento de oscura inquietud parecía flotar aquella noche sobre todo el mundo: los grupos se formaban y disolvían, volubles, en los vastos salones inundados de música; si alguno, inadvertidamente, tocaba el tema, de pronto otro intervenía para cambiar de discurso: ¡habían subido a aquel costosísimo barco para divertirse, caramba, no para llorar sobre la suerte de un crío imprudente y desconocido! ¡Pasaban tantas

desgracias en el mundo! ¡No se podía, ciertamente, cargar con todos los males de la tierra!

Y los juegos, las danzas y las extravagancias se volvían cada vez más ruidosas en aquella noche.

Al alba, todos los motores del *White Heron* volvieron a latir y el barco blanco vibró, palpité, se puso en camino, dirigiéndose con seguridad hacia el sudeste; la búsqueda había cesado.

El comandante Fiorilli regresó, cansadísimo, a su camarote. Se sentó, fatigado, delante del escritorio y se quedó allí, por algunos instantes, inmóvil, con la mirada perdida. Entonces volvió en sí, se pasó una mano por la cara, punzante por la barba sin afeitar, y sobre sus ojos enrojecidos; después abrió con un suspiro el diario de a bordo, donde había comenzado a escribir: «Hoy, miércoles, 9 de septiembre, a la hora 18:45, mientras el *White Heron* atravesaba el Cabo de San Lucas, se dio por desaparecido el niño Pete Studtof, de nacionalidad belga... ».

Cogió en la mano el bolígrafo, pero pronto lo posó, como si sintiese repugnancia a redactar las frías crónicas de aquel desastre en el cual un chiquillo de ocho años había perdido la vida, sin un porqué.

“Ocho años”. Pensó, mirando la fotografía de un niño que le sonreía desde el escritorio, con un incisivo menos y una vistosa camiseta de ciclista: su hijo.

También él tenía casi ocho años, ahora, y lo esperaba desde hace más de nueve meses, allá, en Génova.

“Querido Mario, Luigino ha aprobado con buenas notas”, le había escrito su mujer, en la última carta. Debajo, con su alargada grafía infantil, el niño había precisado:

“He tenido todo nueves y solo un ocho en aritmética, papá. Ahora espero que tú vuelvas, porque me has prometido una bicicleta de carrera”.

La bicicleta de carrera: ¡ese es el sueño de Luigino! Llegar a ser un gran corredor, como Gimondi... Y este otro niño, el rubísimo Pete, ¿qué soñaba ser algún día en su vida? Parecía como si lo tuviera todo y no tenía nada, ¡pobre pequeño!

Un golpe discreto que sonó en la puerta lo distrajo de sus pensamientos: era el oficial de segunda que venía a acatar

órdenes; hacía falta, de hecho, arreglar la parte burocrática, redactar el verbal y luego olvidar, mirar adelante, organizar de nuevo fiestas y entretenimientos.

La vida continuaba a bordo, despreocupada y festiva, como siempre.

«Sí: ¡motores a toda máquina! Tenemos que recuperar las horas perdidas». Dijo el comandante, con voz cansada.

«¿Variaciones en el programa de a bordo?»

«No, que todo se desarrolle como estaba establecido; que se ponga, sin embargo, especial atención en cada pasatiempo, en cada entretenimiento: esta gente ha pagado para divertirse, tienen derecho». Concluyó, amargo. Y después, con tono impersonal:

«¿Se ha comunicado el incidente a la policía internacional?»

«Sí, comandante»

«¿Se ha avisado a los familiares?»

«El comisario de a bordo se ha puesto en contacto, a través de un puente radio, con la tía de Acapulco».

«Bien, ¿y la chica?»

«Está todavía en la enfermería, bajo la protección del doctor Erick».

«Gracias, puede irse».

La puerta se cerró sin ruido a espaldas del oficial y el comandante se quedó mirándola, sin verla, pensando:

“¡Barco de lujo, trampa de lujo!”

Después se giró y empezó a escribir, lentamente, en el diario de a bordo.

CAPÍTULO TERCERO

«Buenas, Álex: ¿tienes un momento libre para mí?» Preguntó el doctor Erick a un chiquillo, de barba y cabellos negros, con uniforme de suboficial, que había entrado, en aquel momento, en el equipado gimnasio de a bordo.

«Si quieres correr el riesgo de fracturarte todas las costillas, espérame. ¡Voy a quitarme esta ropa y en dos minutos estoy contigo!» Contestó el joven, riendo. Eran muy amigos, ellos dos, y Álex siempre se burlaba de la delgadez del doctor Erick.

«¡No te hagas el gracioso! Necesito que me ayudes con Matilde, la hermana de Pete; sabes, el pequeño que se ha perdido en el mar...» Explicó el doctor Erick, con la cara seria.

También el rostro de Álex se oscureció:

«¡Una historia desagradable, la de un niño que se cae al mar sin que medio millar de personas se den cuenta!» Refunfuñó.

Se quedaron algunos minutos en silencio. Después el doctor Erick siguió:

«Aquella chica me preocupa. No consigo hacerle superar el shock: desde que ha sucedido la desgracia se ha... ¿cómo decirlo?... petrificado. No se mueve, no mira, no habla, no llora; está siempre agachada en una esquina, escondida, con las manos entrelazadas sobre la barriga. ¡Es una presencia silenciosa, desconcertante, que te incomoda, como nuestra mala conciencia! Y nadie se le acerca.

En cambio, le haría mucha falta el calor humano, la amistad, algo que la sacuda de su entumecimiento...»

«¿Cuántos años tiene?» Lo interrumpió Álex.

«Poco más de dieciséis».

«Y ahora, ¿dónde está?»

«La he dejado hace algunos minutos al lado de la piscina del Puente Promenade. Intentaba convencerla de que se diera un chapuzón, pero me han llamado aquí en el gimnasio: Mac Donald, el “escocés enfadado”, se ha hecho un desgarro muscular».

«¿¡Ya, y qué otro, en este barco, podía producirse un desgarro muscular sino él?!» Rio Álex, pensando en el enjuto

escocés, el cual, no obstante, a sus setenta años cumplidos, se le metía en la cabeza bajar, cada mañana, al gimnasio para practicar deporte físico, junto a los jóvenes atléticos del barco.

«¿Cómo es?»

«¿Quién?»

«¡La chica, la hermana de Pete!»

«No sé: es alta, delgada, con el cabello negro y largo. La considerarías una chica común, si no fuese por los dos magníficos ojos grises...»

«¡Ok, vikingo: le voy a hacer compañía! Pero si me encuentro con un puercoespín que me trata de mala manera, mejor que vayas a otra parte cuando te haga falta alguien que te consuele!» Exclamó el joven, riendo. También el doctor Erick sonrió y le gritó, mientras se alejaba:

«La puedes reconocer fácilmente: lleva pantalones y una camiseta blanca».

Álex asintió con la cabeza y el doctor Erick desapareció. En el cuartito que servía de sala de emergencia, sentado en la camita, el viejo Mac Donald lo miró con los ojos en llamas, agarrándose con una mano el brazo lesionado:

«¡Maldito doctor, has tardado mucho tiempo en venir!» Le riñó, con voz gruñona.

«Vamos a ver: ¿dónde le molesta?» Preguntó pacientemente el doctor Erick, palpándole con delicadeza el brazo.

«¡Me duele por todas partes!» Le rebatió Mac Donald. «¿Qué crees, que el deporte es un juego? ¡Es una cosa seria, muy seria! ¡Ay, doctor, me haces daño!»

Álex, mientras tanto, se dirigía hacia el Puente Promenade, con el paso seguro y elástico de quien está acostumbrado, desde hace mucho, a caminar sobre las tablas de un barco en pleno océano. Encontrando marineros y pasajeros, saludaba amigablemente a derecha e izquierda: era muy popular, sobre el *White Heron*.

Llegado al puente Europa, se encontró con Pulido, un pequeño ascensorista español, muy cumplido, el cual le dijo, ceremoniosamente:

«Señor Álex: la señorita Dolly le reclama».

Y le indicó con el dedo una viejecita menuda, pomposa, con un increíble vestido de seda con enormes amapolas amarillas, la cual paseaba por el puente, protegiéndose la cabeza con una graciosa sombrilla de papel chino.

«¡Muchas gracias, amigo!» Exclamó Álex, guiñándole el ojo y catapultándose hacia el ascensor, para evitar el encuentro con la terrible viejecita.

Pulido sonrió educadamente. Entonces puso en marcha el ascensor, que en un segundo dejó a Álex en el Puente Promenade.

«¡Hasta la vista, Pulido!»

«¡Hasta la vista, señor!»

Álex miró alrededor: la gran piscina azul, con forma de flor, estaba atestada de chicas que se bronceaban sobre largas tumbonas, saboreando perezosamente bebidas de colores, mientras un tropel de jóvenes musculosos se exhibían en el trampolín. Al refugio de la llama del sol, numerosas personas de mediana edad cuchicheaban entre ellos, intercambiándose sonrisas de comprensión y cotilleos. Más adelante, en una piscina más pequeña, con forma de corazón, chapoteaban los niños.

“¿Cómo hago para reconocerla, con la vaga descripción del vikingo? ‘¡Alta, morena, cabellos largos!’ ¡Pero aquí son todas altas, morenas y con cabellos largos! ‘¡Pantalón y camiseta blanca!’ ¿Y si se ha quitado la ropa y se ha tirado al agua? ¡Cómo puedo yo adivinar si estaba vestida de blanco!” Pensó Álex, de mal humor, buscando vanamente con la mirada una chica que correspondiese a las indicaciones del doctor Erick.

Volvió a entrar, con el ceño fruncido, en el porche y se acercó al bar.

«Buenas, Álex». Le dijo el barman, amigablemente, manipulando con destreza sus elaboradas bebidas que echaba en espléndidos vasos de cristal adornados de flores exóticas.

«Hola, Santuccio». Contestó Álex, apoyándose en la barra y mirando alrededor: «¿Todo bien?»

«¡Oh, sí!» Exultó el barman: «¡Hablé ayer por la tarde en la cabina de radio con mi novia!»

Apoyó una flor de color rubí sobre el borde de una copa, donde brillaba un líquido de un vivo turquesa. Sus manos tenían

la velocidad y destreza de las mujeres japonesas que colocan frágiles flores en jarrones preciosos.

«Toma: ¡es un "hechizo del mar"!» Le dijo, ofreciéndosela, con una sonrisa.

Álex elevó la copa, en un brindis silencioso, y tragó el contenido.

«Caray, ¡qué fuerte!» Exclamó inmediatamente, tosiendo.

«¡Hielo ardiente! ¡Aquí lo quieren así!» Respondió Santuccio, riendo y señalando con el dedo a la multitud de bañistas.

«¡Me has quemado las cuerdas vocales!» Se lamentó Álex. Y después, cambiando de discurso:

«¿Cuándo te casas?»

«En noviembre, cuando termine y regrese a casa».

«Me alegro por ti. ¿Y después?»

«Después, ¿qué?»

«¿Qué harás después?»

El rostro de Santuccio se oscureció:

«Tendré que embarcar de nuevo». Dijo en voz baja.

«¿Ninguna noticia desde Génova?» Preguntó, entonces, el joven, sabiendo que Santuccio hacía tiempo que había presentado una solicitud para entrar a formar parte de la marina de una compañía italiana, cuyos cruceros hacían ruta por el Mediterráneo.

El barman negó con la cabeza:

«Son tiempos difíciles». Suspiró. Y después:

«¿Quieres un vaso de leche, para reponer tu preciosa campanilla?»

«No, prepárame un enorme batido de frutas, por favor».

Y Álex se apoyó con los codos en la barra, observando, con admiración, los gestos de Santuccio.

«¡Eres un artista!» Dijo.

El barman se alegró mucho:

«Sí, mi trabajo me gusta, solo que es una tortura estar tantos meses lejos de Livorno. Y después, cuando suceden ciertas cosas, quisiera ponerme alas y volar lejos de esta jaula de locos...»

Se calló y miro fijamente una esquina del bar, en la penumbra. Álex siguió la mirada y entonces la vio: Matilde estaba acomodada en una gran poltrona, los negros cabellos sobre los ojos, con un vaso en la mano. Sentado en el suelo, a sus pies, estaba Johny, el joven grumete, que estaba ocupado hablando intensamente en voz baja; pero la chica daba la sensación que no lo escuchaba.

«Aquella pobre me da mucha pena». Comentó delicadamente Santuccio: «Está siempre allí, en aquella esquina, mirando los cubitos de hielo en el fondo del vaso y...»

Pero Álex no lo escuchaba ya. Había agarrado su batido y ahora se dirigía con paso largo hacia los dos:

«¡Buenas Johny, grumete de oro del *White Heron*!» Lo apodó, con aire burlón. Y después, sabiendo que el chico había recibido el encargo de repintar las letras de la popa del barco:

«¿Es así como revives las alas de nuestra blanca garza?!»

«¡No te ensañes conmigo, también un grumete tiene derecho a darse un respiro, mientras el barniz seca!» Replicó Johnny, para nada impresionado: «¿De verdad quieres que se me derrita el cerebro allí?» Protestó.

Y señalaba con el dedo la superficie del océano, que parecía una cuchilla de líquido de acero, bajo el fuerte sol de verano.

«¡Excusas! ¡La verdad es que somos unos holgazanes!» Insistió Álex, alegremente.

Entonces, Johnny se levantó:

«OK, jefe, me voy». Refunfuñó. Saludó con la mano a Matilde y se alejó, sin prisa, arrastrando los pies.

Álex lo seguía con la mirada, pero de repente lo vio salir a correr y desaparecer en un segundo: de hecho, había aparecido encima de la galería el comisario de a bordo, famoso por su frialdad y su intransigencia. Entonces sonrió para sí mismo, pensando: “Le ha ido bien: ¡si lo pillas, le quita el sueldo!”

Después le dirigió la palabra a Matilde y comentó alegremente:

«¡Esta vez ha escapado bien! ¡Apuesto que el comisario lo habría puesto a pan y agua!»

Matilde, que no se había movido de su posición, levantó

hacia él sus ojos claros, pero sin decir nada. Álex, bajo aquella mirada, se sintió de repente a disgusto y, no sabiendo cómo empezar la conversación, continuó, con aire voluble:

«¿No piensas que Johnny ha recibido un castigo bastante original? Como ha suspendido, su padre, un poderoso empresario de San Francisco, lo ha mandado como grumete en un barco crucero, donde todo su trabajo consiste en abrillantar, de vez en cuando, unos latones o avivar los colores del costado del barco: si no fuera por el comisario, que le infunde mucho canguelo, ¡esto sería una verdadera bendición para él!»

«Lo importante es saber verdaderamente cómo se siente él por dentro». Observó Matilde en voz baja.

«¿Y cómo quieres que se sienta, con quince años, en un barco de lujo: como un señor, no?» Exclamó Álex, un poco superficial, sentándose al lado de la chica.

Esperó un comentario, que no llegó, pellizcándose nerviosamente la barba, bajo la barbilla, y pensando:

“¡Hoy me la ha jugado bien, el vikingo! ¡Mírame aquí, como un bonito maniquí, al lado de esta chiquilla insípida y como un palo, que no ve otra cosa que los cubitos de hielo de su vaso!”

Tuvo que hacer un esfuerzo para resistir la tentación de levantarse e irse. Viendo que Matilde no se había bronceado, le preguntó, para intentar otra conversación:

«¿Nunca tomas, tú, el sol en la piscina?»

Matilde negó con la cabeza.

«¿No te gusta nadar?»

Hizo otra negación.

«¡Yo, en cambio, adoro el sol, el mar! ¡No en vano soy italiano! ¡Por desgracia, tengo poco tiempo para dedicarme a los pasatiempos. Soy un ser nocturno, de hecho: de día duermo, mientras de noche vivo intensamente».

Matilde lo miró:

«¿Por qué?»

«Ay, bonita. Como cantante de Gran Salón, de noche estoy ocupado con la orquesta, mientras de día tengo que dedicar el poco de tiempo que sustraigo al sueño a los ensayos. ¡No hay

forma de ser feliz!» Comentó Álex, íntimamente decepcionado porque la chica no lo conociese.

«Ah, cantas». Dijo Matilde, con escaso interés.

«Sí, es mi trabajo. ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿De dónde eres? Por el acento no me pareces americana».

«No, yo soy belga..., pero he nacido en San Francisco...»

«¡Estamos en la más absoluta internacionalidad!» Rio

Álex: «Fíjate, nos encontramos en un barco que ondea una bandera liberiana, con un capitán y tripulación italiana, personal de a bordo de todos los continentes y con pasajeros de todas las nacionalidades».

La chica no le echó cuenta, inmersa en sus pensamientos; siguió un largo, embarazoso silencio, durante el cual Álex, se prometió mentalmente a sí mismo:

“¡Aquí, si las cosas no mejoran, dentro de un minuto me largo!”

Pero, a un cierto punto, Matilde exclamó, con voz baja, ronca:

«¡Yo odio, con todas mis fuerzas, este barco!»

Esta salida desmontó completamente a Álex, el cual, conmovido por el sufrimiento que leía detrás de aquellas palabras, abandonó el tono superficial, se acercó y le dijo serio, mirándola a los ojos:

«¿Quieres que seamos amigos, Matilde?»

La chica no respondió.

Álex continuó, sin desanimarse:

«Mi nombre es Alessandro, Álex para la humanidad».

Otro silencio.

Entonces, el joven le dijo, bruscamente:

«¿Por qué no hablamos de Pete?»

Los ojos grises se llenaron de angustia, mientras la chica apretaba el vaso con tanta fuerza que se le emblanquecieron los nudillos.

Álex se lo quitó de la mano, con gentil autoridad, y lo puso sobre la mesita:

«¡Tienes que hablar! Hace bien abrir el propio corazón a los amigos». Insistió.

«Yo no tengo amigos». Dijo Matilde, con voz sorda, evitando mirarlo.

Álex le alzó la barbilla con una mano, obligándola a mirarlo a los ojos.

«¡Hay que quererla, la amistad; hay que merecérsele! Es soberbia, la tuya, no dolor. Tienes que aceptar, en la vida, el bien y el mal, mirar adelante, abrirte a los otros, con humildad. Tú no eres ni una heroína, ni una víctima. La realidad es esta: Pete ya no está y tú no tienes ninguna culpa. ¡Tienes que reaccionar!»

Había sido un discurso vehemente, mucho más duro de lo que él quería.

«¡Vete!» Le dijo Matilde, con voz estrangulada, con la cara roja.

El joven la miró fijamente, consternado. Después, sin replicar, se levantó y se alejó, sin volver la cara atrás.

Apenas su alta figura desapareció más allá del porche, Matilde se cubrió la cara con las manos y rompió en un llanto incontenible.

CAPÍTULO CUARTO

El barco escindía la oscuridad de la noche, abriendo una brecha entre las olas negras como la brea del alquitrán; su huella desmesurada resplandecía, a veces, en el negro paisaje y parecía una risa siniestra. Sobre el Puente Promenade todo era sombra y crujido, como de viejas articulaciones oxidadas; dormían, en fila, las tumbonas, abiertas para aquellos pasajeros que quisieran disfrutar del espectáculo marino de la noche tropical, envueltos en cálidas mantas.

Álex apareció silencioso por el ascensor, se puso a recorrer lentamente el puente, agudizando la mirada en la sombra, como si buscase a alguien: en la popa, dos jóvenes miraban en silencio la huella luminosa, agarrándose tiernamente las manos:

“Los novios de Chicago”. Pensó Álex, evitando acercarse, para no molestar su estática felicidad.

Más allá, la silueta negra, inconfundible, del viejo Dick se perfilaba, inmóvil como una estatua, contra la barandilla.

Álex pasó por al lado, sin que el hombre lo notara, y el joven oyó un murmullo, como de plegaria; luego distinguió las palabras:

“...Todesstille furchterlich...” (“...Terrible calma de muerte...”)

Entendió que el viejo “loco” estaba recitando una poesía a la noche oceánica que reinaba, soberana, sobre las aguas, y negó la cabeza, perplejo.

Acercándose a las tumbonas, llamó en voz baja:

«Matilde, dónde estás, Matilde».

Silencio: solo el balanceo del barco y el eco lejano de la música, que venía, en oleadas, desde el Salón de las Fiestas, donde se estaba desarrollando un baile de cotillón.

«Matilde». Llamó otra vez.

Y después, enojado consigo mismo:

“¿Pero qué me he vuelto, su nodriza?!”

Se giró y estuvo a punto de bajar. En ese momento algo se movió, en la densa sombra, encima de una tumbona. Álex se

paró sobre sus dos pies y exclamó:

«¡Matilde, no seas niña! ¡Sé que estás aquí: responde!»

Silencio. Entonces el joven en dos saltos alcanzó a la chica: estaba enroscada bajo una manta y fingió que dormía.

«¿Pero qué diablos haces, aquí arriba, a esta hora? ¿Por qué no bajas tú también al Gran Salón?»

Ninguna respuesta.

Álex esperó un momento, después se recostó cómodamente sobre la tumbona de al lado, entrecruzó los dedos tras la cabeza y miró fijamente al cielo, en silencio. Los dos se quedaron así, por algunos minutos, tensos, hostiles, escuchando el murmullo del barco, el zumbido potente de los motores y los solos de un clarinete que a los dos le pareció una voz solitaria que lloraba en la noche. De repente, Matilde alargó una mano y se la puso sobre un brazo:

«Si no bajas, te ganarás una reprimenda». Le dijo en voz baja y turbada.

«Yo no me muevo de aquí, si no bajas tú también». Declaró Álex, con voz áspera; pero dentro de él algo había vibrado, al tocar aquella mano, con gesto paterno, protector, se la apretó y, sintiendo que estaba helada, estalló:

«¡De verdad que estás loca! ¿No sabes que las noches tropicales son muy frías y húmedas? Te vas a coger una pulmonía, si te quedas aquí».

«No me importa». Dijo Matilde, con voz de nuevo sorda, hostil, retrayendo de prisa la mano.

Pasaron así algunos minutos, de impaciente espera por parte de Álex, de obstinado silencio por parte de Matilde.

Finalmente, la chica tiró la manta y se levantó, de repente: «Vamos». Dijo secamente.

Álex pensó bien antes de contestar y escondió en las sombras una sonrisa. La siguió en silencio por todo el puente desierto.

La luna, enrojecida e hinchada, se había liberado de una maraña de nubes bajas y navegaba ahora en el cielo opresivo, diseminando la superficie ondulada del océano de cascadas de perlas.

Matilde echó una mirada fugitiva a la superficie marina y tembló de frío, instintivamente. Álex se dio cuenta y la cogió de la mano; esta vez la chica se la dejó, confiada.

Pasaron lentamente al lado del viejo Dick, que estaba siempre inmóvil, con los codos apoyados sobre la baranda, mirando la inmensidad de la noche. Cuando se les acercaron, el viejo se giró improvisamente y les dijo, con voz grave:

«Ah, my friend, you do not know, you do not know what life is, you who hold it in your hands!»

Sus ojos, ensombrecidos, parecían ciegos y sus cabellos blancos, despeinados por la brisa nocturna, estaban erizados y espectrales, bajo la luna; los dos jóvenes probaron casi un sentimiento de susto y se apresuraron para alejarse, siempre cogiéndose de la mano:

«¡De verdad que está loco, nuestro viejo Dick!» Exclamó Álex, cuando estaban bastante lejos.

«Quién sabe: quizás sea un sabio». Murmuró Matilde pensativa.

El viejo Dick los había seguido con la mirada, hasta que desaparecieron; luego se giró de nuevo para contemplar la superficie del océano suspirando:

«A current under sea picked his bones in whispers... »

Mientras, también habían descendido al Gran Salón los dos novios de Chicago y el viejo Dick se quedó dueño del puente, barrido ahora por un viento frío, presagio de tempestad.

El salón de fiestas era todo un destello de luces, un palpitar de guirnaldas de colores. Los pasajeros, envueltos en una bulliciosa alegría, se tiraban serpentinas los unos a los otros, tocaban trompetas, llevando graciosos sombreritos de papel; gritaban las señoras, cuando sus caballeros alegres les tiraban confetis por encima, arrastrándolas al remolino danza, donde se exhibían en fantasiosas acrobacias.

El vaivén de los impecables camareros, con enormes bandejas a rebosar de bebidas alcohólicas, era incesante. El comandante Fiorilli presidía la fiesta, con todos sus oficiales, y entretenía amablemente a sus invitados, haciendo bailar a las señoras, reavivando la conversación, tomando parte en los

juegos, atento a que los vasos estuviesen siempre llenos y las bocas siempre abiertas a la sonrisa: ¡que todo funcionase a la perfección!

Álex se abrió camino entre la multitud, arrastrando tras de sí a la reacia Matilde, situándola con autoridad, en los pies del podio, al lado de una mesita baja, y le susurró: «Espérame aquí: el tiempo de cantar tres canciones, y después estoy de nuevo contigo».

Le lanzó una sonrisa alentadora; Matilde asintió con la cabeza y lo siguió con la mirada, mientras se alejaba.

En cuanto Álex llegó al palco, el pianista lo nombró con aspereza:

«¿Dónde diablos te has metido? ¡Es la tercera vez que proponemos los bailes de salón!»

Matilde desvió, entonces, la mirada, con desazón, pensando: “Ha sido mi culpa”

Y en un momento, le vino una gran gana de llorar y de ponerse a gritar:

“¡Basta ya con esta farsa! ¡Sois unos payasos, unos payasos!”

Sin embargo, no hizo nada de esto, pero cogió, con vehemencia, la copa llena de un licor color ámbar que el camarero le presentaba, con aire obsecuente, y la tragó de un sorbo, poniéndose después a toser, medio sofocada por el ataque de fuego que le explotaba dentro.

Álex, sin responder a los reproches del pianista había agarrado el micrófono y se había puesto a cantar: su voz era profunda, caliente y de repente muchas parejas llenaron la pista.

«¡No te lo tomes mal». Le susurró el guitarrista: «Ese ha nacido para la tragedia. Nadie se ha dado cuenta de tu ausencia, gracias a los tres endiablados texanos, que nos han pedido, insistentemente, cuatro veces, “Susanna”, o bien “Siuseena”, ¡como dicen ellos!»

Y rio, señalándole a los tres hombretones que estaban en el centro de la pista y se exhibían ahora en un endiablado baile de *trescone*, dirigiendo a sus damas como si fueran mangos de escobas, entre las risas de los demás.

«Me dolía la cabeza y he subido al puente a tomar un poco de aire...» Comenzó Álex, para justificarse, pero el guitarrista lo interrumpió, riéndose, con aire burlón.

«¡Ya, conozco ese dolor de cabeza!»

Y señalaba la mesa donde Matilde estaba sentada, mirando absorta el fondo de su vaso.

«¡Cierra el pico, pajarito!» Lo intimidó Álex, entre la seriedad y la broma.

El guitarrista estaba a punto de replicar con el mismo tono, cuando el pianista, que era también el director de la orquesta, los calló a los dos, enfadado.

Entonces, los miembros de la orquesta se concentraron en sus instrumentos; las luces se bajaron y los focos de colores empezaron a balancearse sobre la pista, donde las parejas se agolparon, numerosas, en espera de los bailes de salón.

«Te toca a ti, rey de corazones». Susurró el guitarrista a Álex, dándole un codazo.

El joven, que ya estaba empezando con una canción lánguida, lo gratificó con una mala mirada y una patada.

Cantó, una tras otra, las canciones más bonitas de su repertorio, con emoción, con ardor, para que le perdonase el pianista pero, sobre todo, para que lo escuchase aquella silueta que estaba sentada, inmóvil, al pie del palco y de la cual solo entreveía el perfil pensativo. Mecidos por las notas nostálgicas, todos bailaban, ahora, mejilla con mejilla; los dos novios de Chicago se balanceaban, tiernamente abrazados, con los ojos cerrados, sin pensar en nada.

Los tres texanos, sin embargo, abandonados sin agradecimientos por sus damas en medio de la pista porque eran incapaces de coordinar sus grandes pies con las notas lánguidas de la orquesta, habían vuelto a su mesa y se consolaban con abundantes bebidas, intercaladas con risas estrepitosas.

Y el barco blanco seguía su ruta segura, en la noche, mientras los motores ronroneaban dulcemente, como plácidos gatos, para no molestar el baile de los pasajeros.

Cuando Álex había agotado todo su repertorio, las luces se volvieron a encender en la sala y la orquesta empezó con los

vales vieneses. El joven bajó precipitadamente del podio para ir con Matilde; pero, para su desgracia, se encontró con la señora Dolly, que voló hacia sus brazos, exhibiendo un inverosímil sombrero de pinocho, de cartón rojo:

«¡Oh, Álex, my dear: tú divino cantante y tú grande bailarín! Tu joice jeant, alegre gigante... Ahora tú bailar con pequeña Dolly».

Se colgó del brazo y lo arrastró, inexorablemente, al centro de la pista. En vano, Álex, se protegió, intentando la fuga. La terrible viejecita lo forzó a girar con ella en el vals, que él odiaba; después lo agarró de nuevo cuando empezó la polka que los miembros de la orquesta, para burlarlo, tocaron inmediatamente, viéndolo en apuros. Así, Álex tuvo que galopar, con Dolly que estaba colgada a su pecho, toda envuelta en inverosímiles collares tintineantes, y escuchar sus frases estafalarias, y sonreír, con amabilidad profesional.

Al final de la endiablada polka, la infatigable viejita lo arrastró nuevamente hacia el palco, gritando en voz alta y tocando las palmas, llena de entusiasmo:

«Oh, my dear: ¡tú ahora cantar "O sole mio" para pequeña Dolly!»

Y tanto y tanto rogó que Álex tuvo que contentarla. Un estrépito de aplausos acogió el final de la canción. Dolly, conmovida por la melodía, con la cara arrugada toda señalada de lágrimas, negras por el rímel, le estampó un sonoro beso en la mejilla, gritando:

«¡My dear, tu grande Caruso!»

Muchos pedían que la repitiese. Pero Álex dijo, en tono amenazante, en dirección a los miembros de la orquesta:

«¡O empezáis una larga serie de bailes lentos, o yo os descuartizo!»

Y de un salto bajó de nuevo al palco. Pero su Erinia se puso de nuevo a sus espaldas:

«My baby; ¿tu querer bailar tango con pequeña Dolly, please?»

Y Álex se vio obligado a volver al baile, mientras los miembros de la orquesta reían a carcajadas.

Al pasar junto a la mesa de los tres texanos, que tocaban al ritmo las manos y los pies, ruidosamente, Álex golpeó un vaso lleno de whisky y se manchó el pantalón del traje.

Entonces, aprovechó aquel pretexto para arrojar a su dama en los brazos de uno de los texanos y huir.

El texano se levantó, agarró por las caderas a la delgada viejecita y, con ella en volandas, se sumergió en el remolino de la danza, mientras los hermanos aplaudían.

Eran tres ancianos solteros, bromistas, grandes comedores y tremendos bebedores. Llegaron a Los Ángeles con una gran rebaño para vender y, tras haber hecho un óptimo negocio, debido a la gran demanda de carne que provenía en aquellos días de Europa, se habían encontrado en posesión de una gran suma de dinero. Así, para festejar su fortuna con algo extraordinario, en vez de volver directamente a su solitario rancho perdido en la llanura, y convencidos por la faustosa y colorida publicidad de una agencia de viajes, se habían embarcado sobre aquel barco de millonarios para conocer “ese potro loco” del océano, ellos que, toda la vida, habían montado en caballos salvajes, por pistas polvorientas. Y ahora, llenaban cada esquina del barco con su ilimitada alegría, con sus estruendosas risas, con sus numerosas preguntas. Todos conocían ya a tres groseros personajes, las largas piernas arqueadas, las tres honestas caras, cocidas por el sol, en las cuales brillaban los ojos claros, de una desarmada ingenuidad. Dolly, que tenía un corazón de niña, encontró en ellos tres protectores sonrientes y caballerosos e hizo piruetas y bebió con ellos durante el resto de la noche.

Álex, mientras, bajó al camarote para cambiarse el traje, protestando:

«¡Si Choi Ming no me lo arregla pronto, mañana por la tarde tendré que cantar en calzoncillos!»

También había ruido la noche anterior, y, de hecho, durante un endiablado baile de *quadriglia*, un guasón había formado una cadena de bailarines dando vida a un vertiginoso corro; entonces, el improvisado director de baile los había conducido hacia el puente y se había tirado a la piscina, de repente, haciendo caer a todos, incluido Álex.

«Es un manicomio, un verdadero manicomio». Refunfuñó todavía, volviendo a subir rápidamente hacia el Gran Salón.

Ahora los miembros de la orquesta se estaban concediendo una pausa en el bar y todos conversaban animadamente; el aire estaba lleno de humo y de barullo.

«¿Todo bien?» Preguntó Álex cuando se reunió con Matilde, que no se había movido de la mesa.

La chica afirmó con la cabeza, sin apartar la mirada de los cubitos de hielo, que se derretían lentamente en el vaso, y el joven sintió que se le encogía el corazón: estaba deseoso de hacer algo para animarla, para consolarla de aquel sordo dolor que la aislaba y la apartaba de todo, pero no sabía qué decir para no romper de nuevo ese frágil hilo de amistad que estaba intentando, arduamente, entretejer.

«Perdóname por las palabras de ayer: no quería herirte, sino consolarte». Le dijo suavemente.

Matilde levantó sus ojos claros:

«Tenías razón». Dijo. «Soy yo que no sé vivir».

Hubo otro silencio. Después la chica sonrió, tristemente:

«No soy una compañera muy alegre»

Como respuesta, Álex le cogió una mano y se la apretó. Entonces, inesperadamente, Matilde le confió:

«Sabes, tendría que irme de aquí. Tengo siempre la sensación que Pete me está llamando, y que yo, con este estruendo, no puedo escucharlo».

Esa voz baja, priva de tono, produjo un escalofrío en el pecho de Álex, que exclamó, precipitoso:

«¡Matilde, tú te estás machacando! Acabarás perdiendo la cabeza si no reaccionas, si no te resignas: Pete no ya no está y tienes que aceptar la realidad. ¡Debes hacerlo, por ti misma, por los demás!»

«Pete era un niño muy inquieto, muy infeliz: yo tenía que protegerlo, y no lo hice». Continuó la chica, obstinada.

En aquel momento, el director de orquesta le hizo una señal a Álex para que volviera a subir al palco.

«Espérame, Matilde: en pocos minutos puedo volver». Le dijo Álex, levantándose con arrepentimiento.

La chica movió la cabeza:

«No, es tarde y yo estoy muy cansada. Me voy a dormir. Hasta mañana, Álex y... gracias».

Se levantó y se alejó de prisa, dividiendo a la muchedumbre, sin mirar a nadie.

Álex volvió a subir al palco y agarró con rabia el micrófono. Por un momento, tuvo ganas de gritar:

“¡Vergüenza! ¡Sois todos unos monstruos egoístas. Nada os conmueve, ni siquiera la muerte de un niño. Vuestro único objetivo es el de divertirnos, comer mucho, atiborraros de alcohol, para no ver, para no sentir, para no pensar!”

Sin embargo, tuvo que entonar una estúpida cancioncita alegre, que hizo que la pista se llenara inmediatamente de parejas.

Al momento llegó Dolly, con su cómico sombrerito de cartón, puesto ladeado sobre su rizo color estopa, y se acomodó en los pies del palco, con un gesto inexpresivo en el rostro arrugado.

“La pobre, pequeña Dolly, con el corazón de pájaro”. Pensó Álex, con piedad, observándola: “Tu intentas engañar tu soledad de rica solterona y de saciar tu hambre de ternura con las migajas de una alegría artificial, con viajes a países exóticos, con cruceros de lujo, de los que volverás a casa más triste y más sola. ¡Qué absurda condena, la vejez!”

Matilde, saliendo del Gran Salón, se cruzó al doctor Erick, que le preguntó, interesado:

«¿Todo bien?»

La chica afirmó.

«¿Has ido a bailar?»

Otra señal vaga.

«¿Vas a la cama, ahora?»

«Sí»

«¿Conseguiste dormir la noche pasada?»

Matilde agachó la cabeza:

«Tengo siempre pesadillas». Confesó.

«Los tiburones, ¿no?»

«Sí».

«Entonces es mejor te tomes esta pastilla. Tendrás una noche entera de tranquilidad, sin soñar». Le dijo, entregándole un pequeñísimo caramelo rosa.

«¡Oh, gracias, doctor!» Exclamó Matilde, agradecida.

«Pero recuerda, querida mía, que el dolor se vence con la voluntad, no con ansiolíticos». Le advirtió el doctor Erick, serio.

«Sí, doctor, lo sé. Pero es difícil, muy difícil...»

«¿Prometes al menos que intentarás... luchar?»

«Sí, lo haré».

Y la chica se alejó casi corriendo, apretando en la mano el precioso caramelo que le habría regalado, con compasión, un sueño profundo, sin pesadillas.

CAPÍTULO QUINTO

“A esta hora, Choy Ming ya tendría que haber arreglado mi traje”. Pensaba Álex, bajando con paso ágil hacia el vientre del barco, donde se encontraba la lavandería. A medida que profundizaba por la escalera, el ruido de las máquinas se hacía más ensordecedor y el aire, sofocante, parecía cansar y entorpecer también los gestos.

“Aquí no se puede respirar”. Murmuró, secándose la frente húmeda, mientras pasaba delante de la sala de máquinas donde enormes y brillantes mecanismos se movían con estruendo, vigilados por un robusto maquinista, el cual se sentaba atento delante de un cuadro lleno de botones, también él con la cara inundada de gotas de sudor. “Hará, por lo menos, cincuenta grados” Pensó Álex, haciendo un gesto amistoso para saludar al maquinista. “¡Qué vida infernal, es la suya! Casi como la de los reclusos de antes”.

Pasó la sala de máquinas y llegó delante de los pequeños camarotes del personal de a bordo – lavanderas, cocineros, camareros, guardalmacenes, motoristas – oscuros, porque se encontraban bajo la línea de flotación:

“¡He aquí a la humanidad de serie B! Arriba, camarotes de lujo con aire acondicionado, música estéreo, densas alfombras, luces ténues, para la clase de los “ángeles”; aquí, tétricas celdas de segregación, para los esclavos de la era tecnológica, quienes han sido destinados con el deber de trabajar y dormir, dormir y todavía trabajar, eternamente, condenados a vegetar, como animales!”

Más allá se encontraban las cocinas, con muchos mozos trabajando, entre el denso vapor que emanaba de las enormes ollas, con las caras sudadas y pálidas de quienes no ven casi nunca la luz del día.

«¡Cómo pueden resistir, en este infierno, de verdad no lo sé!» Murmuró Álex a media voz, alejándose rápidamente, con la camisa empapada que se le adhería incómodamente a la piel.

Y al final las lavanderías, con sus vapores calientes,

intolerables, y con el agrio olor de los detergentes que se agarraba a la garganta, dando una sensación de mareo. Álex titubeó sobre el umbral, antes de entrar, y leyó, como de costumbre –ya que conocía de memoria el contenido – la frase más usada que el extraño Choy Ming había escrito, con una bonita grafía, sobre un papel de pergamino colgado encima de la puerta:

Si tú pedir a mí préstamo
y no devolver:

¡yo muy enfadado!

Si tú pedir a mí préstamo
y yo no dar:

¡tú muy enfadado!

Entonces yo digo: mejor

¡tú muy enfadado!

«Maldito chino». Dijo riéndose Álex mientras entraba en el cuarto saturado de vapor, como una sauna gigantesca, moviéndose entre las mastodónticas lavadoras automáticas a la búsqueda de Choy Ming, su amigo, el más hábil de los lavaderos de a bordo.

Pero al no verlo en ninguna parte, se acercó a centro de planchado, donde un hombre, de espaldas, estaba inclinado sobre una enorme plancha desde la que salían continuamente soplos de humo.

«¿Sabe decirme dónde puedo encontrar a Choy Ming?» Le preguntó Álex, cuando se le acercó.

El hombre se giró de repente y Álex notó que tenía el rostro inundado de sudor y la mirada turbia; después, sin una palabra, agitó en alto la plancha sobre su cabeza y se le abalanzó, gritando:

«¡Yo os mato, os mato, a todos!»

Instintivamente, Álex retrocedió con un salto y esto fue su salvación, porque se golpeó contra una pila de ropa, amontonada sobre un taburete que se le cayó encima enterrándolo y protegiéndolo así de la terrible quemadura que la plancha le hubiese podido ocasionar.

Entonces el hombre, siempre gritando palabras incomprensibles, lanzó la plancha y se le tiró encima con espuma

en la boca.

Rodaron los dos en el suelo, fundidos en una lucha furibunda.

Mientras, al oír el ruido se habían acercado Choy Ming con otros dos chinos y Salvatore, un joven lavandero napolitano; los cuatro se tiraron sobre los dos luchadores, consiguiendo con esfuerzo librar a Álex de las garras del energúmeno, que parecía dotado de una fuerza prodigiosa.

Finalmente, consiguieron levantarlo en peso, mientras él todavía seguía dando patadas y echando espuma por la boca, hasta que lo inmovilizaron en una silla.

Se había dado inmediatamente la alarma y dos marineros llegaron, lo sujetaron entre sus fuertes brazos y lo arrastraron hacia fuera.

Todo había sucedido con fulmínea rapidez.

Salvatore y Choy Ming se dieron prisa en socorrer a Álex, que estaba herido y tenía una gran brecha en la frente, de la cual salía, de forma abundante, mucha sangre.

Lo sentaron y Choy Ming le taponó delicadamente la herida, mientras Salvatore le daba un vaso de agua:

«Bebe para que se te baje el susto». Lo animó. Y después, gimió:

«¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido? ¡Un chico así de bueno, así de honesto!»

Álex, todavía en shock por su mala experiencia, estaba sentado en silencio, con las piernas temblorosas, cogiéndose con una mano la muñeca, que le dolía.

«¡Oh, pobre chico, tiene que estar verdaderamente loco!» Repitió Salvatore, desolado, sentándose también él al lado de Álex. «¡Se trabaja demasiado, con demasiado calor! Y además, nunca, ni una vez, se puede ir al puente para respirar un poco de aire; nunca se pone el pie en tierra, durante meses, durante años; nunca un poco de diversión: ¡solo esfuerzo y esfuerzo, para alimentar a la familia que está lejos!»

Se puso las manos en la negra y rizada cabeza y continuó, como hablando para sí mismo:

«Con los disgustos, ya se sabe, el cerebro se estropea. Y

al final, la pompa estalla. Mi amigo quería volver a Nápoles algunos meses: lleva años fuera de Italia. Pero en San Francisco le llega una carta de su mujer: Ágata le dice que la vida es cada día más cara en Italia; que Nannina, la pequeña, está enferma; que el dinero que le envía no es suficiente para cuatro criaturas. Y entonces, mi amigo decidió quedarse aquí, renovar el contrato por un año. Y se sabe, la lejanía se siente, la lejanía te mata poco a poco...»

«Ayer por la tarde escuchó decir, por la radio, que el barco donde trabaja su hermano se ha dado por desaparecido en el mar de Sicilia. ¡Son sufrimientos capaces de sacar de quicio a un Santo!»

«¿Y yo? ¿Qué tenía que ver yo? ¿Es que no estoy yo también lejos de mi casa? ¿Es que no trabajo, no me canso yo también?» Explotó Álex, con amargura, taponándose la frente, donde la sangre salía dolorosamente.

Salvatore alargó los brazos, con gesto desolado.

Entró en ese momento el doctor Erick, que se puso a examinar la herida:

«Es sólo un corte superficial, por fortuna. ¿Eres capaz de mantenerte en pie?»

«Sí, creo que sí.»

Álex se levantó, pero las piernas le temblaban y un velo le ofuscó la vista. Viendo que estaba a punto de desmayarse, el doctor Erick lo agarró y dijo a Salvatore:

«Rápido, ayúdame a sostenerlo. Y tú, Choy Ming, ve a avisar a la enfermera.»

El chino, obediente, desapareció silenciosamente.

«Un loco, un asesino...» Gimió Álex.

«Ahora cállate. Luego, más tarde, me lo contarás todo.»

Dijo el doctor Erik, sujetándolo por los hombros.

En la enfermería tumbaron al joven encima de la camilla y el médico, con hábiles gestos, le vendó la frente y la muñeca dislocada:

«Ya está: por esta vez no morirás». Se burló.

«¿Por qué tenía que atacarme ese energúmeno? ¿Le he hecho yo algo malo? ¡Ni lo conocía!» Continuaba repitiendo

Álex, que todavía no conseguía entenderlo.

«Ha sido, probablemente, un raptó, debido al cansancio, al exceso de calor. En ese momento habría golpeado a cualquiera que se le hubiese puesto delante» Comentó el doctor Erick, palpándolo por todas las partes del cuerpo, para comprobar que no tuviese nada roto. «¡Más bien agrádecele a tu ángel de la guarda que no te haya pasado nada malo: hubiese podido abrirte la cabeza, con un solo golpe!»

«¿Pero por qué me tenía que ocurrir a mí?» Repitió Álex, con tono lamentoso, casi infantil: «¿Cómo haré para cantar, esta tarde, con un monumental turbante en la cabeza y una cuffia de alfileres en el cráneo?»

«No lo pienses: ahora te ayudo a desvestirte y a meterte en la cama. Más tarde veremos lo que hay que hacer».

«¿En la cama? ¿Estás loco? Yo tengo que ir a ensayar con la orquesta las canciones nuevas. ¿Cómo podré cantarlas, cuando me las pidan, si no ensayamos? No puedo, de ninguna manera, quedarme en la cama. ¡Además, lo has dicho tú mismo, que no tengo nada!» Protestó Álex, sentándose sobre la camilla.

Pero un dolor agudo en la cabeza le emblanqueció el rostro. El doctor Erick lo ayudó a tumbarse de nuevo:

«¿Ves que no estás en condiciones de ponerte en pie? Y además, estás todavía en estado de shock y es más prudente que te quedes aquí, tranquilo, en la oscuridad. Por una tarde tu orquesta se la arreglará sin ti».

«¿Y ahora, qué haces?» Se alarmó Álex, viéndolo armarse con una jeringa.

«Te pongo una inyección para sedarte, así al menos te quedas tranquilo para dormir y no cometes ninguna imprudencia».

«¡Yo no quiero dormir! Pero mira las cosas que me pasan». Se quejó Álex, mientras el doctor Erick, indiferente a sus protestas, le ponía con destreza una inyección intravenosa.

Finalmente el joven se relajó, vencido, sobre la almohada.

«¡Y ahora, un buen sueño! Más tarde vendré a hacerte compañía».

Dijo el médico, mientras un benéfico sopor invadía todas

las partes del cuerpo de Álex, que cerró los ojos, agotado, pero de repente los volvió a abrir, para preguntar, entre preocupado y bromista:

«Eh, vikingo, escucha: ¿dónde han metido a aquel energúmeno? ¿No vaya a ser que, mientras yo duermo bajo el efecto de tu maldito somnífero, él venga a escondidas hasta aquí y... complete la obra?» E hizo el gesto elocuente de uno al que degüellan. El doctor Erick rio:

«¡No tengas miedo: un enfermero lo vigila! Y además, ahora él también está durmiendo».

«¿Está aquí cerca?» Preguntó Álex, alarmado, señalando las finas paredes del camarote.

«Anda ya, no, no». Lo tranquilizó el médico.

«Después de lo que me ha pasado, no puedo fiarme de nadie, tampoco de ti...» Suspiró Álex, con la voz embriagada por el sueño: «Estas paredes son muy frágiles...: un golpe, y se desploman como... un castillo... de papel...»

Las últimas palabras se perdieron en un susurro y Álex entró, de golpe, en un sueño profundo.

Entonces, el doctor Erick salió silenciosamente de la habitación, inmersa en una penumbra azulina, pensando: “Y ahora, vamos a ver cómo está el otro”.

CAPÍTULO SEXTO

Alex durmió profundamente durante algunas horas. Fuera, un día caluroso caldeaba el cielo y el mar; pero allí, en la quieta penumbra, todo era fresca y silencio y una luz azulina, de acuario, conciliaba el sueño e infundía serenidad al espíritu.

A la tarde vino a visitarlo el comandante Fiorilli, quien visiblemente preocupado por el acontecimiento, quería que le contase con pelos y señales la dinámica del incidente y se fue meditando, después de haberlo animado paternalmente.

Después le tocó a los miembros de la orquesta, que entraron todos juntos, ruidosamente:

«¡Saludos, al gran visir!» Se burló el guitarrista, aludiendo al blanco turbante que tenía en la cabeza.

«¡Se inventa cualquier cosa, este holgazán, para no trabajar!» Insistió, riendo, el saxofonista.

«¿Cómo estás? ¿Te sientes mal?» Preguntó, sin embargo, el pianista, frunciendo el ceño.

«Si no fuese por una muñeca torcida y un dolor de cabeza feroz, podría decir que me siento en óptima forma!» Replicó Álex, un poco irónico, alzándose sobre los codos. Pero un dolor agudo en la frente le hizo palidecer.

La expresión severa del pianista se dulcificó:

«No te muevas y procura reposar. Por esta tarde, nos las arreglaremos sin ti».

Álex se volvió a acostar despacio sobre la almohada, acentuando la expresión de sufrimiento, para causar lástima al director, quien añadió, hacia los miembros de la orquesta:

«Ahora es mejor que subamos para ensayar. Para esta tarde escogeremos una fantasía de canciones napolitanas: ¡funcionan siempre!»

«Gracias». Dijo Álex, con voz débil.

Le saludaron y se alejaron, rápidos, detrás de su severo jefe que estaba en la puerta. Llegaron al umbral, y su amigo guitarrista se giró para mirarlo y le guiñó el ojo, amenazándolo

de broma con la mano. Después se giró y alcanzó corriendo a los demás.

Álex sonrió:

“Ese zorro de Elio está convencido de que estoy fingiendo”.

Pensó mientras se acomodaba sobre la almohada.

“Cierto que, si no fuese por este atroz dolor de cabeza, podría casi estar contento de unas vacaciones inesperadas...” Estaba por quedarse dormido, cuando entró el comisario de a bordo, que se sentó a su lado y le dijo, seco:

«Necesito hacerte algunas preguntas».

Álex afirmó con la cabeza, pensando:

“No puedo creer que me vaya a hacer un interrogatorio. ¡Apuesto que se siente un héroe, el protagonista de una película policíaca!”

No obstante, se esforzó para esconder la instintiva antipatía que probaba por aquel hombre rechoncho, con el rostro rojo, siempre sudado, que sacó del bolsillo una libreta y se puso arduamente a trabajar:

«¿Conocía a su agresor?»

«¿Quién yo? ¡No lo había visto en mi vida!»

«¡Y, sin embargo, esto no es cierto, no es la primera vez que usted bajaba a la lavandería!»

«Es verdad. Pero yo, a aquel hombre, no me lo había encontrado nunca hasta esta mañana. Y además, yo me dirijo siempre a Choy Ming. Más bien es la mayoría de las veces es Choy Ming quien sube a recoger la ropa y me la entrega doblada, en mi camarote».

«Y entonces, ¿por qué esta mañana has bajado personalmente a la lavandería?» Objetó el comisario, mirándolo fijamente con ojos sospechosos.

«Porque me había quedado sin traje y tenía prisa de que se me entregara limpio».

«¿Cómo es posible? ¿No se le han dado dos trajes?»

«Sí; pero hace dos tardes, durante el baile, un chico muy guasón me ha tirado, todo vestido, a la piscina. Esta noche, después, se me ha caído encima un vaso de whiskey sobre el traje de sustitución; ¡así que me he encontrado en calzoncillos!»

Exclamó Álex, frenando a duras penas la intolerancia que crecía en él, de frente a un interrogatorio que le parecía inútil.

El comisario frunció el ceño:

«No se haga el gracioso y responda con precisión a mis preguntas: ¿A qué hora bajó a la lavandería?»

«No lo sé con exactitud, creo que eran las nueve... Y además, ¿qué importancia tiene todo esto?» Contestó impaciente.

«Aquí las preguntas las hago yo». Reprochó severamente el comisario.

«¡Por supuesto, sabemos que eres el policía con más talento de la tierra y que, sobre el barco, después de Dios y el comandante, vienes seguidamente tú!» Pensó Álex, rabioso, mientras el comisario llenaba de apuntes su libreta, con aire de concentración.

Finalmente, el hombre alzó los ojos y dijo:

«Ya está. En cuanto escuche el testimonio y redacte a máquina el informe, vendré a verle para que pueda firmar su denuncia».

«¿Qué denuncia?» Se alarmó Álex.

«La denuncia que usted debe poner contra su agresor».

«Pero yo no sé si quiero denunciarlo...» Dijo el joven, titubeando. En la mente, le zumbaban, todavía, las palabras de Salvatore:

“La lejanía te mata poco a poco”. “Nannina, la pequeña, está malita”. “Mi amigo quería volver a Nápoles”. “Lleva años fuera de Italia”. Respiró profundamente y luego añadió, con voz segura:

«Yo no tengo ninguna intención de poner una denuncia».

El rostro del comisario se puso rojo como un tomate del enfado:

«¡Pero es su deber hacerlo!»

«¿Y por qué? ¿Quién me obliga a mandar a galera a un pobrecito?»

«¡Jovencito, no tenga tanta piedad! ¡Acuérdese que aquel “pobrecito”, como usted lo llama, por poco no lo manda al otro mundo!»

Álex, abatido, no respondió.

Entonces, el comisario se levantó:

«Piénselo. Mientras, yo, preparo el informe».

«¿Qué sucede... si no lo firmo?»

«¡Usted lo tiene que firmar! Si no es así, se le acusará como cómplice de su agresor». Lo amenazó el hombre.

«Yo no quiero meter en problemas a nadie». Murmuró, Álex, obstinado.

«¡Usted es un estúpido sentimentalista, un chiflado, está sometiendo a una dura prueba mi paciencia!» Dijo bruscamente el hombre, con ira.

Y salió apresuradamente, para ir a pedir explicaciones al comandante Fiorilli.

Un poco después, asomó silenciosamente por la puerta la cabecita afilada de Choy Ming. El chino descubrió, con una gran sonrisa, una hilera de dientes ennegrecidos:

«¿Se puede?»

«¡Oh, ven, ven, Choy Ming!» Exclamó Álex, aliviado, al verlo.

El hombrecito avanzó de puntillas hasta su cama y le mostró, con orgullo, los dos trajes, impecablemente planchados, que tenía colgado en el brazo:

«Ves, todos tus uniformes están listos, yo ahora llevar a tu camarote».

«Gracias, Choy Ming: tú eres un verdadero amigo».

El hombrecito inclinó la cabeza, con modestia y se puso a hacer cosas, a recoger y a organizar la ropa de Álex, que yacía desordenada sobre una silla. La examinó atentamente, con ojo crítico, moviendo la cabeza; entonces, sonrió: «Dentro de poco también estas estará perfecta». Prometió, poniéndosela sobre el brazo libre.

«Choy Ming, por favor: resuélveme una duda: ¿según tú, por qué aquel hombre me ha agredido?» Le preguntó Álex, con voz ansiosa.

La cara brillante del hombrecito se puso seria, concentrada:

«¡Pensamiento fijo es como gusano dentro de manzana!»

Sentenció. Le regaló otra sonrisa, retrocediendo hacia la puerta, después desapareció silenciosamente, cerrando poco a poco la

puerta a sus espaldas.

“¡Qué simpático hombrecito!” Pensó Álex, escuchando, en la penumbra, el rumor de los motores del bonito barco, que caminaba seguro, sobre el océano en bonanza.

“Quizás Choy Ming tenga razón: un pensamiento fijo es como la carcoma: te devora entero por dentro...” Suspiró. Y, después de un instante:

“Aquel hombre no sabía qué hacía...”

Cerró los ojos, con alivio, y se adormeció. Un pataleo discreto en la puerta se los hizo abrir era de nuevo Choy Ming, que ondeaba triunfalmente su traje, perfectamente limpio y planchado:

«Ya está hecho». Dijo dejándolo delicadamente sobre la silla y dándole un par de suaves golpecitos con sus pequeñas manos expertas.

«¡Eres un verdadero artista, Choy Ming!» Exclamó Álex, admirado.

El rostro amarillento del chino se arrugó, del placer, y el hombrecito hizo un pequeño gesto de agradecimiento:

«Demasiado bueno». Dijo.

«¿Por qué trabajas sobre este barco, Choy Ming?» Le preguntó, entonces, sin rodeos, Álex.

El chino lo miró, estupefacto, sin entender.

«Quiero decir: ¿por qué entre tantos trabajos que existen en el mundo has elegido precisamente este?» Aclaró Álex.

El hombrecito sonrió: «Toda familia Ming lavaderos, desde tantas generaciones. Mi hermano propietario de cadena de lavandería, en China Town».

«También yo un día, quizás, propietario de lavandería, en Stockon Street de San Francisco».

Y los ojos le brillaron de alegría, con aquella idea.

«¿Pero cómo eres capaz de resistir, en ese infierno de lavandería?»

«¡Oh, yo acostumbrado: yo ni sentir, ruido y calor!»

«¿No pisas nunca tierra?»

«¡Oh, no! Yo no más capaz de estar de pie, sobre tierra parada, quizás. Yo demasiado acostumbrado al balanceo del

barco». Se defendió, tímidamente, el hombrecito.

«¿Desde cuánto tiempo no coges vacaciones, Choy Ming?»

El hombrecito reflexionó diligentemente, durante algunos segundos y su cara se arrugó por el completo del esfuerzo de recordar:

«¡Con precisión, siete años, nueve meses, y once días!»

Anunció.

«¡Pero es una eternidad!» Se asombraba Álex.

El hombrecito abrió los brazos:

«¿Qué ser siete años, en comparación a estrellas del firmamento?» Sentenció.

«¿Has estado alguna vez en China?»

Choy Ming lo miró, con estupor:

«No, nunca: yo nacido en América. ¡Yo americano!»

«¿Tu no conoces nada de China? ¿No sabes nada de los acontecimientos que han cambiado la vida del pueblo chino?»

Se extrañó Álex.

Choy Ming negó con la cabeza:

«Mis antepasados huyeron de China hambrienta hace tantos, tantos años... Yo tener a veces noticias de mi gran país, a través Choy Chong, mi lejano primo de Cantón; él soldado de la guardia rosa; él muy entusiasta de progreso del pueblo chino; él muy feliz de su vida y yo contento por él y por el pueblo de grande China. ¡Pero yo ser chino americano, como decir, chino capitalista!» Mostró con una sonrisa entrañable su fila de dientes negros. Después concluyó serenamente:

«...Y trabajar como negros, para ahorrar dinero para mi lavandería en Stockon Street».

Álex rio divertido y admitió:

«¡Eh, sí de verdad que eres un empedernido capitalista, hambriento de dinero! Pero dime una cosa, Choy Ming, ¿cómo has hecho para resistir durante tantos años en una carreta que surca el océano? ¿No te sientes cómo un maldito, un condenado para toda la vida?»

«Si tu tener semillas de lino dentro de tu mano, pacientemente, eso un día germinará, y echará flores. Pacientemente».

Y retrocediendo hacia la puerta, según su costumbre, siempre con su radiante sonrisa sobre el rostro, desapareció, silenciosamente.

«Maldito Chino». Suspiró Álex, cerrando los ojos: «¡Quiere su lavandería a cualquier precio, y estoy seguro de que la tendrá! Lo importante es tener las ideas claras en la vida. Eso es: las ideas claras».



CAPÍTULO SÉPTIMO

Cuando más tarde volvió a abrir los ojos, estaba Matilde al lado de su cama: sentada, cómoda y lo miraba. Álex, confundido, se incorporó de repente para sentarse sobre la cama, pero el dolor de su cabeza le hizo palidecer y torció el gesto.

«¿Estás muy mal?» Preguntó la chica, interesada, ayudándolo a acostarse poco a poco sobre la almohada.

Álex, afirmó con la cabeza, emocionado; después preguntó:

«¿Estás aquí desde hace mucho?»

«No, acabo de llegar». Alargó la mano y le rozó la frente vendada: «Tte duele mucho?»

«¡Estoy moribundo!» Intentó bromear Álex, escondiendo bajo una actitud burlesca la emoción que probaba sintiendo el tacto de aquella mano ligera. Y, después:

«¿Cómo has sabido que estaba aquí?»

«Me lo ha dicho el doctor Erick».

«¿Y te ha contado toda mi... desventura?»

«Sí».

Se quedaron callados, un poco turbados por estar juntos, en aquella penumbra discreta, y temerosos de apagar, con una palabra o con un gesto equivocado, aquella pequeña llama de amistad y de comprensión que había comenzado a brillar, frágil, entre ellos.

Solo el lejano roncar acompasado de los motores rompía el silencio, con su voz familiar, reconfortante. Matilde comentó con voz baja:

«Ahora, el barco avanza a todo vapor».

Álex afirmó, en silencio.

«¿Quién sabe si ya habremos superado el último pico de California?»

«Yo creo que sí».

Otro silencio; después la chica le preguntó, sin rodeos: «¿Por qué estás aquí?»

Álex la miró fijamente estupefacto:

«Oh, bonita ¿No lo sabes? ¡Porque un energúmeno, a quien probablemente no le gustaba mi cara, se me ha tirado encima y ha intentado cambiarme los rasgos!»

«Eso lo sé... Quería decir: ¿Por qué estás en este barco?» Se corrigió Matilde.

«Oh, es una larga historia». Suspiró Álex, cerrando los ojos, con aire abatido.

«Si me la cuentas, después, quizás te sentirás mejor». Dijo Matilde, con aire serio, imitando, sin darse cuenta, el tono que había usado Álex, la tarde anterior, con ella.

Álex abrió los ojos, emocionado, y la miró: de repente la chica le parecía otra: estaba relajada, sonriendo, con una halo de simpatía y de conciencia en la mirada que lo desarmó y le hizo sentir en un momento, muy vivo, la necesidad de hablar, de confiar, de abrir el corazón a aquella muchachita esquivada y con un humor impredecible:

«¿Qué quieres que te cuente?» Preguntó delicadamente, cauteloso.

«Todo».

«Pero mi inglés es un desastre: ¡no conseguirás entenderme!» Tergiversó el joven, todavía dudoso.

«Lo intentaré».

«Así, de momento, de verdad que no sé por dónde empezar...» Murmuró Álex, perplejo, rascándose un mechón de pelo negro que emergía de la venda. «¿Por qué no pruebas a hacerme tú las preguntas?»

«Ok. Entonces, comienzo desde el principio: ¿Dónde has nacido?»

«Oh, en una casa de campo, una vieja casa rosa, franqueada por dos álamos... mis padres trabajaban la tierra y desaparecían desde el alba hasta el atardecer, entre el verde del campo... Yo no los veía casi nunca... Había largas hileras de vid, y cuadrados de manzanos y melocotoneros, perfectamente alineados, y prados de trébol donde yo, de pequeño, me hundía, hasta la barbilla...»

«¿Y qué más?»

«Mis dos hermanas me vigilaban por turnos, pero me

dejaban muy libre para jugar en medio del heno y de los pajaros, en compañía de nidadas de pollitos, o en un arenal, cerca de la casa, entre las filas interminables de hormigas negras... Tía Alice, una anciana solterona, dulce y esquiva, venía a recogerme y me metía en la cesta, cuando era el tiempo de la cosecha y de la vendimia y ella tenía que ir hacia el campo, a llevar de comer y beber a los trabajadores... El abuelo, después, cuando salía para la henificación con Gina, la burra grisácea, me montaba en el carro, entre el heno oloroso, con Fragola, un minúsculo perro blanco con la cola negra, agarrado sobre el pecho... Todo, en aquel entonces, era ilimitado para mí: el corral, emblanquecido por el sol, pululante de gallinas; el campo de girasoles, en medio del cual yo me perdía, como en una jungla susurrante; el prado de tréboles, donde yo fantaseaba, boca arriba, siguiendo con la mirada las golondrinas que volaban bajo, encima de mí, gorjeando. ¿Has chupado alguna vez una flor de trébol? Es dulcísimo, perfumado, y te llena el corazón de una sensación de paz, de belleza, de poesía. ¡Oh, perdóname, estaba divagando! Me hacían compañía, en mis juegos solitarios Lisa, la vieja gata, que tenía un ojo amarillo y otro azul, y Fragola, que era todo pelo, y ligero como una pluma. Era tan ligero que yo algunas veces lo "ahorcaba", impunemente en la rama de un manzano. ¿No te lo crees? Le hacía una lazada alrededor del cuello, pasaba la cuerdecita sobre una ramita baja, después lo tiraba hacia arriba: Fragola, asustado, la primera vez lloriqueaba, andaba a tientas con las patas en el aire. Después entendió que era solo un juego y aceptaba la tortura, sin rechistar, esperando pacientemente que me cansase y lo pusiese en el suelo...»

«¡Qué crueldad, pobre bestia!»

«¿Por qué? ¡Mira que no le hacía daño! La lazada era ancha y Fragola, que era todo pelo, volteaba en el aire como una libélula. ¡Al contrario, yo creo que, en el fondo, también él se divertía al hacer aquel juego, porque no se escapaba nunca, cuando me veía armarme con el cordel!» Rio Álex, ahora perfectamente a sus anchas.

«¿Y después?»

«Cuando fui un poco más grandecito, mi hermana Lilita,

cuatro años más grande que yo, se volvió mi asidua compañera de juegos. A Amelia, sin embargo, la veía poco: la habían enviado a la ciudad, a estudiar a un colegio de monjas, y volvía a casa solamente durante las vacaciones; pero estaba siempre sola, bajo un árbol, ocupada leyendo, escribiendo, y no se preocupaba nunca de los críos... Con Lilita, sin embargo, era diferente: cada día inventábamos juntos nuevos juegos: por ejemplo, habíamos encontrado el modo de hacer las... ¡granadas con los melocotones! ¡Sí, has entendido bien: hacíamos “explotar” los melocotones! ¿De qué te ríes? Íbamos a recoger una gran cantidad de melocotones inmaduros; después, sin que nos viera nadie, las poníamos con cuidado alrededor de los surcos de la polvorienta carretera; entonces nos tumbábamos en la zanja, esperando: apenas aparecía, en el límite del horizonte, un carro chirriante, a nosotros nos asaltaba una enorme felicidad al pensar en las ruedas que “ametrallarían” nuestros melocotones en todas las direcciones, con gran estupor del carretero. Y nosotros abajo, en la zanja, con las manos en la cabeza, riéndonos maliciosamente, mientras el carretero, dándose cuenta de que éramos nosotros, nos amenazaba desde lo alto del carro, haciendo chasquear el látigo en el aire. ¿Te ríes? Entonces, escucha también esto: cada año, cuando llegaba el verano y los frutos empezaban a madurar, Lilita y yo recibíamos oficialmente el encargo de vigilar los melocotoneros, que abarcaban desde detrás de la casa hasta la orilla del río...»

«¿La guardia?»

«¡Sí, la guardia, para que nadie viniese a robar los bonitos melocotones aterciopelados que enrojecían tras las hojas, apetecibles! Eran días maravillosos para nosotros, libres de estar fuera de casa, de atiborrarnos de fruta inmadura, de inventar los juegos más fantasiosos entre los viejos troncos nudosos; de escalar en los olmos, para espiar a los pajaritos tras las ramas, dentro de sus nidos... ¡libres! Un día, cansados de jugar, nos adormecimos en el gran calor del mediodía, en la sombra de un melocotonero. Un chirrido de pedales nos hizo levantar la cabeza: dos mujeronas avanzaban, en bicicleta, por una calle estrecha, que rodeaba los melocotoneros, conversando tranquilamente,

con el manillar lleno de grandes cestas de la compra. Venían derechas hacia nosotros, que nos hacíamos pequeños, pequeños, aplastándonos contra la tierra morena, para que no nos vieran. Ellas, entonces, bajaron de la bicicleta, las escondieron entre las hierbas de la zanja, sobrepasaron sin problemas, la hilera de espinas, que dividía el melocotonero de la calle, y se adentraron entre los árboles, llenando rápidamente las cestas de la compra, sin dejar nunca de conversar tranquilamente entre ellas».

«¿Y vosotros?»

«¿Nosotros? ¡Oh, nosotros dos estábamos callados como ratoncitos, aplastados y sin respirar, por el temor que se dieran cuenta de nuestra presencia! Después las dos mujeres, con las cestas de la compra llenas hasta arriba, sobrepasaron de nuevo la hilera de espinas, volvieron a coger las bicicletas, se montaron con dificultad y se alejaron, serenas, entre un rítmico chirrido de pedales. Solo cuando desaparecieron detrás de la curva, nos atrevimos a salir al descubierto y nos pusimos a jugar».

«¡Divertido! Cuéntame ahora otra de tus proezas». Le suplicó.

Álex se rascó de nuevo la cabeza, perplejo:

«Vamos a ver: ¿qué te puedo decir ahora? Recuerdo que comencé a ir a la escuela, pasando por el sendero de hierbas; por el camino, capturaba siempre algún grillo, que después metía en la manga de mi compañero de pupitre...»

«¡Pobrecito! ¿Y por qué?»

«Quizás, para centrar la atención sobre mí; o puede ser para que me riñesen y me echasen fuera del aula, donde, después de algunas horas, me sentía sofocado; de hecho, la maestra, una santa viejecita, me mandaba al patio a “liberar” a los grillos, y así me “liberaba” a mí y a mis compañeros. Yo, de hecho, me quedaba en el patio para jugar a las canicas, siempre solo, hasta que terminaba la clase. Cuando volvía a casa, la mayoría de las veces había olvidado la mochila por la calle, en el borde de una zanja, donde me había parado para molestar, con un palo, un nido de avispas; o al pie del pedregal, donde me había divertido haciendo ascensiones y carreras acrobáticas, con la bicicleta... Pero mi madre había grabado el apodo de nuestra familia,

“Pirro”, y todos la reconocían. Así, cuando a la tarde, mi padre se montaba en la bicicleta y bajaba al pueblo para hacer la compra en la pequeña reventa, encontraba, siempre, mi mochila colgada en un gancho, entre la chacina y el jamón, esperando».

«¡Un verdadero estudiante modelo!» Rio Matilde.

«¡Oh, sí! Pero tenía muchísimos amigos entre los gamberros del vecindario. De hecho, venían todos los niños de los campesinos, desde un radio de varios kilómetros, a jugar conmigo, a la ribera del canal del desagüe, donde crecían, densos, los espárragos, o debajo de los álamos de nuestro herboso patio. Algunos de ellos, como Sante, un pequeño albino, dulce y sumiso, que nutría por mí una verdadera adoración, no querían nunca volver a casa. Por la tarde, llegaban sus madres enfurecidas, que los levantaban en peso y los azotaban durante todo el camino.

«Yo adoraba el agua. Cuando, en el periodo de lluvias, el canal del desagüe estaba lleno, la corriente pasaba, impetuosa y llevándose consigo un trozo de tierra herbosa, troncos de árboles y la carroña de los animales muertos, yo estaba horas y horas mirándola, fascinado, y soñaba con navegar hacia los mares lejanos. Mi sueño era construirme un barco, botarlo en el canal y seguir la corriente hasta la desembocadura, donde el abuelo decía que había valles y cañaverales, poblados de patos; donde las anguilas se enredaban, vagas, entre el fango; donde pasaban, silenciosos los barquitos de los pescadores de contrabando, entre el vuelo de una bandada de gaviotas. Así, un buen día empecé a trabajar, escondido detrás de una cabaña: cogí una caja robusta, de las que el abuelo usaba para llevar la fruta al mercado; estuqué con cuidado cada hueco; entonces me busqué los remos, que eran dos palas con las que la abuela movía el maíz, cuando estaban en el corral, para secarlo, al sol; finalmente, escondí mi barco sobre el fondo del canal, anclándolo entre las hierbas, para que el agua me la “secara”, a la espera de mi partida. Y llegó así el día fatídico: mi barco flotaba, tranquilo, entre las cañas y aunque estuvo allí varios días, no le entró ni una gota de agua entre las fisuras».

«Entonces, exultante, llamó a todos sus amigos y los puso

en fila, en el borde del canal, para que, con Lilita a la cabeza, asistieran solemnemente a la partida. En aquel momento, bajé poco a poco dentro de una caja; quitando con mucho esfuerzo los amarres, comencé a mover las palas, hice un poco de maniobras, para despejarme de los juncos, alcancé el hilo de la corriente y... ¡me fui a pique! Si Lilita no se hubiese tirado rápidamente al agua y mis amigos no hubiesen formado, desde la orilla, una cadena para llevarme a salvo, aquella hubiera sido la primera y última vez que hubiese... ¡navegado!» Concluyó Álex, uniendo sus risadas a las de Matilde.

«Y después, ¿qué ocurrió después?» Respondió seguidamente la chica, divertida.

«Después abandoné la idea de navegar, porque el sagrado fuego de la música me cautivó. La vocación me nació fulmínea el día en que descubrimos, Lilita y yo, en la buhardilla, un acordeón en ruinas, que quizás habría pertenecido al bisabuelo Giovanni, porque era muy antiguo. Lo llevamos al prado, lo limpiamos de telarañas, limpiamos el fuelle del polvo del tiempo e intentamos, estremecidos, tocar las teclas: salió un sonido débil, similar al gemido del viento invernal entre los marcos abiertos de las puertas. Entonces, nos miramos con ojos chispeantes: ¡el instrumento tenía todavía una voz! Triunfantes, nos pusimos manos a la obra, dividiéndonos las tareas: yo, el artista, improvisaría, al teclado; Lilita, la ayudante, sin embargo, movería el fuelle con cuidado. De hecho, teníamos que actuar en... sintonía, ya que el instrumento era tan pesado y monumental, que ninguno de los dos habría conseguido manejarlo solo. Así, después de un rápido conciliábulo, decidimos que lo mejor sería tocar teniendo el acordeón tirado en el suelo: después de un comienzo horripilante, hecho de sonidos estridentes y de lúgubres gemidos, conseguimos finalmente ponernos de acuerdo sobre las arias de "la paloma". ¡Fue entonces cuando la llama de la música encendió también a Lilita, irresistible! Tocábamos todo el santo día, en el melocotonero, lejos de oídos indiscretos, afanados, doloridos, obstinados. Luego, cansados de un solo instrumento, volvimos a rebuscar en la buhardilla y encontramos, en un viejo baúl, la mandolina de mi padre y un

banjo que había sido del tío Angello, muerto joven, en la guerra, antes de que yo naciera. Entonces, abandonamos en la cabaña el acordeón, que volvió a ser un nido para los ratones, y me puse a rascar nuevos instrumentos, mientras Lilita, que perdió de golpe la vocación, se dedicó a la escultura y me abandonaba para recluírse todo el día detrás de la casa a fabricar angelotes de arcilla, con las mejillas enormes, que ponía después en fila, a secarse, al sol. »

«Amelia, la hermana mayor, quitaba a veces los ojos de la lectura y nos contemplaba desde lejos con una mirada atenta, sin decir nada. »

«Sin embargo, por la noche, cuando había luna llena y ni siquiera un soplo de viento movía las cimas de los álamos, si yo me ponía a tocar la mandolina, sentado sobre el umbral de la casa, llegaban silenciosamente mis dos hermanas y se improvisaban coros a tres voces, donde a veces se unía también mi madre y la tía Alice, con sus bonitas voces de soprano, un poco temblorosas...»

«¿Y después?»

«Luego comencé a frecuentar la escuela secundaria, pero con modesto éxito. Estaba siempre “hambriento” de música y empecé a estudiar con pasión las notas, para poder, finalmente, componer mis canciones. Tenía buena memoria y una gran imaginación: no me fue difícil llegar, también sin que me esforzara mucho, a las puertas del instituto. Fueron años intensos, aquellos, llenos de fervores, de discusiones con los amigos, de impulsos. Nos reuníamos cada tarde para tocar; pero después se abandonaban los instrumentos para discutir sobre política, filosofía, religión, y nos exaltábamos hasta llorar, hasta pelear. Después cada uno volvía a casa, exhausto, sin voz; yo me tiraba sobre la cama, exultante, convencido de haber alcanzado una meta, de haber encontrado un objetivo a mi existencia, seguro de que, al día siguiente, mis amigos y yo haríamos cosas maravillosas. Pero al día después nos encontrábamos, con los ojos hinchados y la mente despejada de las ilusiones de la tarde anterior, enfrentándonos con los problemas de siempre, con la rutina de siempre. ¡Hasta que un día dije que se acabó a esa vida

cómoda, hecha solo de palabras, mistificadora! Dejé la escuela, con la enorme tristeza de mis abuelos y, sobre todo, de Amelia, la hermana devota al estudio y a la investigación, y me puse a buscar un trabajo. Conocía ya alguna pequeña orquesta: me uní a ellos y comencé a cantar en las salas de baile, sobre las plazas; después en alguna sala de noche... y aquí estoy».

Su voz había perdido de repente toda su alegría y Álex calló, tapándose con un brazo los ojos.

«¿No vuelves nunca a tu casa?»

«¿A casa? Oh, no... La vieja casa rosa ya no existe... se vendió, fue demolida para hacer hueco a las grises naves industriales... También mi padre, mi madre y la tía Alice no están allí. Mis hermanas, como se suele decir, se han “integrado en el sistema”: viven acomodadas, tienen una profesión que las absorbe completamente y, quizás, las satisface. Cuando estaba todavía mi madre, yo iba a visitarla una vez al año, y la encontraba cada vez más pequeña, más blanca, pero siempre a la espera, con una valiente sonrisa sobre los labios. Entonces, le contaba mis mil aventuras de trotamundos y me quedaba a su lado durante algunas semanas, disfrutando del calor de la familia, de los viejos muebles con las esquinas gastadas, de las sábanas ásperas de la cama, del vago aroma del membrillo; después me iba. Y ella, de pie sobre el umbral, con su manos pegadas al pecho, como rezando, miraba cómo me marchaba, sin lágrimas. Ahora no está y yo no tengo raíces... ».

«¿Por qué?»

«Porque soy un desadaptado, un intranquilo, sin ayer y sin mañana. Yo ahora viajo, viajo, sin tregua, con el afán de descubrir qué está “detrás de la fachada”; yo quiero *ver con mis ojos*. Sabes: ya he hecho más de una vez la vuelta al mundo, he estado en Oceanía, en Alaska, en Sudáfrica: he visto de todo, he visto gente morir – por la violencia, por las guerrillas, por las drogas, por los vicios, por aburrimiento, por la desesperación – ¡y no me ha afectado! Al refugio de todos estos males, estoy ganándome fácilmente la vida, sobre este barco de lujo, yo lo veo todo, ¡como un privilegiado! ¡Yo no tengo raíces: sigo el barco!»

«¿Hasta cuándo seguirás con esta vida que no te gusta,

que no te llena de verdad?»

«No lo sé: todavía tengo que entender muchas cosas; todavía no me siento maduro para una elección definitiva. Verás: cuando el océano se alborota y el *White Heron* se balancea por los golpes del mar como una cáscara de nuez, a mí me entra el pánico y me digo a mi mismo que he nacido campesino, que volveré allí, a mi tierra, donde podré encontrar mis raíces, allí donde el ritmo de la vida está marcado por el jadeo de las estaciones...

Después el océano se calma y el barco continúa directo su ruta.

Entonces, yo me digo que es pronto para tomar una decisión, que lo tengo que pensar y que lo pensaré...».

«Y... ¿eres feliz alguna vez?»

«¿Feliz? ¿Y quién lo sabe? ¿Conoces tú que es, de verdad, la felicidad?»

Matilde negó con la cabeza.

CAPÍTULO OCTAVO

Se quedaron los dos en silencio, escuchando, en la penumbra, el ruido del barco, que se había inclinado de repente y parecía luchar contra enemigas corrientes subterráneas, ahora que avanzaba hacia el último pico de la península de California, castigada por los vientos.

Después Alex preguntó:

«¿Cómo eras tú de pequeña?»

Matilde sonrió:

«Oh, bastante endeble, insignificante... antipática, creo: siempre sola, siempre silenciosa... Yo no he sido nunca protagonista, como tú... yo siempre he sido una espectadora...»

Suspiró, mirándose las manos entrelazadas sobre la barriga:

«No tengo muchos recuerdos que contar. Mis padres trabajaban en Hollywood, en el cine; pero no eran actores: mi madre era la secretaria de producción de una importante casa cinematográfica, mientras que mi padre se ocupaba de la escenografía.

«Al principio, mucho antes de casarse, mi madre había intentado ser actriz – ¡era muy guapa, sabes! –; pero luego conoció a papá, que la convenció de que eligiera una profesión “más digna”, como decía él. Pero creo que mi madre no se rindió nunca y siempre siguió soñando en su corazón con llegar a ser una gran diva. Luego nació yo y me dejaron a cargo de una niñera. Mi infancia ha estado siempre guiada por institutrices que iban y venían... Vivíamos en una pequeña villa, en la periferia de los Ángeles, sepultada en la vegetación de un vasto jardín... Yo estaba siempre sola, cuidada por la niñera de turno. De hecho, mis padres volvían a casa por la noche, la mayoría de las veces seguidos de un grupo de amigos; y hacían ruido, hasta el amanecer. Yo, despierta, en mi habitación, escuchaba con atención las risas, los cantos, la música, con los puños cerrados; y esperaba, esperaba, luchando contra el sueño, hasta que papá y mamá entraban a darme el beso de buenas noches. Recuerdo que

papá, en ese momento, tenía las piernas temblorosas y los ojos rojos e hinchados; mamá me daba un beso deprisa y me quitaba los brazos, frenéticamente unidos a su cuello fino y enjorado: “¡duerme – me decía riendo – duerme, monita!”. Yo, entonces, me relajaba en la almohada, cansadísima, y de repente caía en un sueño profundo.

«Por la mañana, cuando me despertaba, papá y mamá nunca estaban. Muy a menudo no volvían durante días, y yo, que tenía el terror de dormir en esa enorme casa vacía, llena de crujidos y susurros, me agarraba a la niñera, histérica, y me negaba a dormir, por miedo a las pesadillas que siempre poblaban mis sueños, cuando papá y mamá no estaban. En ese momento, la niñera se resignaba y me acostaba en su cuarto, en una camita improvisada al lado de la suya; después también ella se iba a la cama y me cogía de la mano. Solo así conseguía conciliar el sueño: ¡teniendo toda la noche su mano pegada a la mía!

«Cuando comenzaban a rodar una película, papá y mamá daban una gran fiesta y venía mucha gente a nuestra casa: los actores, el director, el productor, los figurantes. Y había una juerga enorme, en todas las habitaciones, durante toda la noche. En esas ocasiones, sabía que papá y mamá no vendrían a darme las buenas noches – ¡estaban demasiado ocupados con los invitados! – y me metía bajo las mantas, con los puños tapándome las orejas, para no oír nada. Muchas veces lloraba.

«Al día siguiente encontraba vasos sucios y colillas de cigarros por todo el jardín, en los jarrones de las flores, incluso dentro de la cesta de mis juguetes, en el mueble de las medicinas, y me enfadaba furiosamente contra todos.

«Durante esas fiestas, papá se emborrachaba regularmente y los oía discutir a menudo e insultarse, a él y a mamá, cuando los invitados se habían marchado. Papá quería volver a Europa, pero mamá gritaba que no y que no, que ella no dejaría nunca Hollywood, su mundo, sus amigos, su tierra. Y le gritaba, con una voz irreconocible: “¡Vete, vete! Déjame en paz de una vez”. Yo, entonces, loca por el terror, me ponía a morder mi osito de peluche, para no ponerme a gritar.

«Después, a un cierto punto, como por un milagro, volvió la paz entre mis padres y mamá dejó de ir a Hollywood, para quedarse en casa. Recuerdo que estaba en el jardín, tendida boca arriba en una larga tumbona, con las manos en la barriga y una expresión muy dulce en el rostro. Yo bajaba todas mis muñecas y jugaba a poca distancia de ella, en silencio, casi reteniendo la respiración, para no romper el encanto de su extraordinaria presencia a mi lado. Después, un día, papá vino de puntillas a la sala de juegos donde, un poco febril, me divertía con mis juguetes y me susurró con aire misterioso, mirándome a los ojos:

“Sabes, Thilde: pronto tendrás un hermanito”.

«Entonces me levantó al peso y me condujo hacia el jardín, donde estaba mamá, que sonrió y me hizo apoyar una mano sobre su barriga: “¡Mira, hace ya volteretas, tu hermanito!” Dijo.

«Una ola de calor me sumergió, y de repente, adoré a aquel ser desconocido, que había realizado el milagro de mantener a mi madre cerca de mí. Papá se ausentaba menos, ahora, a menudo también él holgazaneaba en el jardín, fumando en pipa, trazando extrañas señales sobre un enorme álbum. Y yo siempre allí, en éxtasis, acomodada en sus pies, para no perder una sílaba de lo que se decían: hablaban a menudo de una villa, que habría adquirido sobre la colina de Hollywood, para estar “cerca de los niños”; y yo me sumergía en una ola de infinita felicidad.

«En aquellos meses maravillosos, los amigos de mamá no aparecían casi nunca y en los días de fiesta papá nos llevaba a pasear por la orilla del océano, que gritaba tras los riscos, y mamá corría con los pies descalzos sobre la arena, riendo, con su enorme panza, mientras papá salpicaba con el agua sobre su inseparable álbum, la pipa agarrada entre los dientes, los ojos encendidos de entusiasmo.

«Después nació Pete y yo toqué el cielo con un dedo. Estaba siempre allí, de pie al lado de su cuna, y vigilaba ansiosa su sueño, insistiendo en ayudar a la niñera a cambiarlo, lavarlo, mecerlo: Pete se había convertido en todo mi mundo.

«Cuando mamá volvía, me agarraba con desesperación a su falda y le decía, tímidamente:

“¡Pete ha llorado mucho esta noche! ¡Pete te quiere cerca!”

Entonces, Mamá sonreía y me acariciaba el pelo, un poco distraída, diciéndome: "Pete es todavía demasiado pequeño para echarme de menos. ¡Y además estás tú, para hacer de mamá!"

«Y se iba, dejándome con un nudo de angustia, dentro. Para no sufrir demasiado la soledad, convencí a la niñera para que pusiera la cuna de Pete en mi habitación y desde aquel momento no tuve más pesadillas; pero el llanto frecuente de Pete me hacía sobresaltar muchas veces en el corazón de la noche y bajar de la cama con los pies descalzos, para correr hacia su cuna. Comencé a adelgazar. Papá se asustó y dijo que así no podía continuar, que mamá tenía que "tomar su decisión". Mamá reaccionó con vehemencia y hubo una gran pelea, en el estudio. Mientras agarraba con los brazos la cuna de Pete, escuchaba sus voces furiosas, con el corazón encogido, y murmuraba: "Pete, Pete, no tengas miedo, pequeño; ¡no es nada, no es nada!". Después no pude más y me puse a gritar: "¡No, no, basta, basta!", revolcándome por el suelo, presa de una crisis histérica.

«Recuerdo que estuve muy mala y que poco después llegó de Bruselas Sophie, la abuela paterna, la cual decidió estar con nosotros, hasta que me pusiese mejor; me inscribió, todavía pálida y grácil, a un curso de gimnasia artística y a dar clases de piano.

«En aquel periodo, hice algunas amiguitas; mi carácter sombrío, esquivo, de repente me alejaba, una detrás de otra; y yo me encontraba siempre sola, en mi basto jardín, soñando que vivía con mamá y papá, en una de aquellas maravillosas villas sobre la colina de Hollywood, con la piscina en forma de corazón, con las palmeras que daban sombras, como tenían las actrices amigas de mi madre.

«Pero mis padres no hablaban nunca de la villa sobre la colina. En aquel tiempo, Pete tenía poco más de tres años y yo diez, papá y mamá trabajaban en una gran producción, sobre la trata de esclavos, y se ausentaban durante semanas. Después el equipo cinematográfico se transfirió a Nigeria, para grabar las escenas en el exterior y papá me explicó que se tenía que alejar durante algunos meses. Entonces tuve una nueva crisis histérica y papá convenció a mamá para que nos llevara a África también

a nosotros. Así, la abuela Sophie volvió a Bruselas y nosotros cuatro nos transferimos a Nigeria. Recuerdo que estábamos en una espléndida villa, de estilo colonial, que se erguía, blanca, en los bordes de un bosque, con un vastísimo jardín salvaje, donde Pete y yo nos encontrábamos de nuevo solos, con Betty, la niñera, y con una muchedumbre de chicos negros que se ocupaban de las tareas del hogar y tenían el deber de protegernos y de acompañarnos a bañarnos en el océano. Y aquí...»

La voz de Matilde tremó y la chica se interrumpió un momento; entonces se armó de valor y continuó contando:

«Dos chicos entraban en el agua antes que nosotros y hacían de guardia para que no nos atacaran los tiburones, que grandes redes de acero, tensas a una breve distancia de la orilla, mantenían alejados... Pete era muy feliz: el jardín pululaba de flores exóticas y de pájaros multicolores; había también una dócil iguana, que los chicos veneraban, porque “alejaba a los malos espíritus de la casa”. En la noche, la iguana entraba en casa por la puerta de la cocina y se ponía a dormir plácidamente, con la cabeza hacia abajo, pegada sobre el techo. Era fea y mansa, y Pete jugaba con ella como con una mascota, durante horas en el jardín; o pasaba por la casa con la paciente bestia adormilada sobre su hombro.

«De noche yo no conseguía dormir: con los ojos de par en par, en la oscuridad, escuchaba aterrorizada todos los misteriosos ruidos de la calurosa noche africana, y cada crujido, cada graznido de los pájaros me inundaban la frente de sudor, me daban visiones horripilantes de serpientes que se arrastraban, de insectos enormes, de leones que se comían a los hombres, que habrían entrado a escondidas, para devorarnos.

«Por mis gritos, se acercaba la cocinera negra que, aunque Betty protestase, diseminaba amuletos por nuestra habitación, que tenían que protegernos contra los asaltos de los demonios nocturnos: dientes de león, un cola de cebra, una garra de chacal...

«Cuando el equipo cinematográfico tenía que desplazarse más adentro, en el desierto, yo me puse mala y papá y mamá sin preocuparse de mis llantos, decidieron enviarnos a América. De

este modo, nos metieron a Pete y a mí en un avión, con Betty, y nos expidieron a Acapulco, donde vivía Jenny, la hermana mayor de mamá. Jenny estaba casada con un rico mexicano, propietario de una cadena de hoteles de lujo, que se había muerto hacía muy poco, dejándola como dueña de una enorme fortuna. Entonces fuimos invitados en un gracioso apartamento del hotel Koatzu, encajonado en las rocas, asomado a las olas del océano, entre altas palmeras. Allí, en aquella cala, llena de riscos insidiosos, de noche, *los clavadistas* hacían espectáculos: cuando los clientes del hotel estaban todos reunidos en el jardín, para disfrutar la brisa nocturna, y la luna llena iluminaba la superficie del océano, avanzaba Sadko, un joven atleta indígena que se decía que tenía sangre azteca en las venas. Él aparecía a la luz de la luna, semidesnudo, con un taparrabo blanco sujeto a la cadera, la piel lúcida, los músculos se deslizaban con cada movimiento como serpientes, el rostro impenetrable como el de un ídolo de piedra; lentamente rodeaba el jardín. Con su aparición, se creaba un profundo silencio: todos lo miraban fijamente, como si estuviesen encantados, su figura poderosa y remota. Después, Sadko agarraba una antorcha, se inclinaba y, retrocediendo rápidamente, cogía fuerza para bajar corriendo las gradas esculpidas en las rocas, que llevaban hacia la playa. Mientras, su compañero había encendido una hoguera sobre el acantilado donde se tiraría, desde una altura vertiginosa, lleno de rocas que florecían en el breve espejo de agua, donde las olas rompían. Otro fuego brillaba sobre la playa, entre las rocas, donde Sadko volvía a aparecer, después de su temerario vuelo.

«Sadko superaba nadando el pequeño trozo de mar, sosteniendo sobre la cabeza, la antorcha, para que todos pudieran seguir su movimiento; después trepaba sobre el acantilado y se quedaba algunos instantes inmóvil, iluminado por el resplandor de la hoguera. Un largo murmullo nacía entre los espectadores y un escalofrío recorría las espaldas ante aquel joven indiferente que jugaba con la muerte. Muchos corrían a la baranda del jardín, para verlo mejor. Entonces, Sadko abría los brazos como un gran pájaro listo para alzar el vuelo, estirando su cuerpo hasta llegar al espasmo, entonces se tiraba fulmíneo desde el acantilado,

de cabeza, en el agua negra. Yo cerraba los ojos, aterrorizada, mientras algún grito de mujer se elevaba de las mesas.

«Un ¡ohhhhh! de alivio me los hacía abrir: un compañero de Sadko, que se había quedado para esperar sobre la playa, estaba agitando su antorcha, como señal de victoria. Poco después, Sadko reaparecía en la luz del jardín, el cuerpo brillante, el rostro impenetrable; se inclinaba profundamente y desaparecía, mientras un compañero pasaba a recoger las monedas que tintineaban sobre las mesas.

«Así cada tarde: Sadko, con rostro de esfinge, desafiaba a la muerte para dar un escalofrío a los turistas ricos...»

Se calló de nuevo, absorta.

«¿Y después?»

Le dijo Álex.

«Después llegó la noticia que el avión sobre el que viajaban papá y mamá se había caído en la sabana...» Apretó las manos sobre la barriga, hasta que se las emblanqueció. «Después no hay mucho más que contar: vinieron los abuelos de Bruselas y se establecieron en nuestra casa de los Ángeles...»

«Entonces Pete se había vuelto muy inquieto y los abuelos no sabían cómo frenarlo. Y yo, que tenía que hacerme cargo de él, no he sabido hacerlo feliz, no he sabido protegerlo...»

Un nudo de llanto le cerró la garganta.

«¿Por qué estabais en este cruce?» Preguntó Álex.

Matilde hizo un gesto vago:

«Los abuelos han decidido establecerse definitivamente en América y tenían que volver a Europa, para organizar sus quehaceres. Así tía Jenny nos propuso pasar con ella el verano. En verdad, tía Jenny quería que fuésemos en avión; ¡pero los abuelos se opusieron porque era muy “peligroso”! ¿Irónico, no?» La voz se había vuelto áspera.

Álex se levantó sobre su codo y le puso una mano sobre la barbilla, para encontrar su mirada:

«¡Tú no eres culpable de lo que ha pasado!» Dijo con vehemencia.

«Yo *tenía* que protegerlo». Murmuró Matilde, buscando quitar la mirada.

«¡Todos, sobre este barco, tenían la obligación de protegerlo, de impedirle que se pusiera a jugar en una barca de salvamento y que acabara en el mar! *Somos todos culpables*, Matilde: ¡intenta convencerte de esto! El doctor Erick dice siempre que cada uno de nosotros va dejando en su propio camino en la vida *cadáveres*. Oh, no temas: ¡no es que seamos criminales, no todos nos manchamos las manos de sangre! ¡Esto no! Pero cada uno de nosotros comete, antes o después, ciertas culpas, negligencias, omisiones: eso es, estos son nuestros “cadáveres”. Hasta que nosotros no nos demos cuenta y no aceptemos nuestras humanas miserias, hasta que no dejemos de sentirnos puros, perseguidos por el destino, no tendremos la humildad necesaria para vivir, para acoger a los demás como nuestros “prójimos”».

Matilde no respondió, pero pareció sobrecogida por aquellas palabras; entonces Álex continuó:

«Una vez – era todavía pequeño – vi cerca del río una piedra azul, con líneas rosas, muy bonita: estaba escondida entre las yerbas y parecía resplandecer con luz propia. Con esfuerzo la arranqué de allí, para llevármela a casa y jugar. Y bien, el terreno que estaba debajo, pululaba de gusanos asquerosos. Así somos a veces: por fuera una magnífica manzana; pero por dentro está “el inquilino”».

«¿Quién te ha enseñado tantas cosas?» Se asombró Matilde.

«¡Oh, el ejemplo de la manzana con el gusano lo he aprendido de Choy Ming!»

«¿Y quién es?»

«Un amigo mío de China, el jefe de la lavandería»

«¿El que te ha roto la cabeza?»

«No, no: ¡pobre Choy Ming, él que es muy dulce, y muy tranquilo! Y siempre está sonriendo. Desde generaciones, en su familia, son lavaderos. El agua es su elemento natural y tal vez no sea extraño: sus antepasados seguro que nacieron en un sampán, mecido por las aguas de los grandes ríos chinos».

Matilde sonrió; después le cogió la mano y dijo tímidamente:

«Gracias, Álex».

El joven sintió el pecho invadido por un calor agradable;

pero se protegió, rudamente:

«Anda, Matilde, no te dejes impresionar por mis palabras.

Yo soy muy guasón, ¿sabes?»

«Hasta pronto». Dijo la chica, levantándose y huyendo.

La puerta se cerró, velozmente, detrás de ella.

Cuando se quedó solo, se rascó la cabeza, pensativo; entonces sonrió y declamó a media voz:

*“Matilde: toute grace et toute nuance
dans l'éclat doux de ses seize ans”¹*

«Parecen versos hechos para ella». Murmuró, afectado; y después, con ironía: «¡Amigo mío, el golpe en la cabeza te está haciendo muy poético! Cuidado a no crearte peligrosas ilusiones... Matilde es casi un niña, todavía».

¹ Mathilde: toda gracia y toda claroscuro, en el dulce esplendor de sus dieciséis años.



CAPÍTULO NOVENO

Al día siguiente, el tiempo empeoró rápidamente: las nubes bajas que se condensaron sobre el océano en un momento cogieron el color del acero; después el viento comenzó a gritar y, como el lomo de los monstruosos animales prehistóricos, las olas se levantaron, se propulsaron, se sobrepusieron, hasta que a lo largo de la extrema península de California explotó el huracán. Entonces, a merced de las olas, el *White Heron* se puso a cabecear como un pájaro herido, entre violentos estruendos de lluvia, mientras olas de una gran violencia barrían los puentes desiertos.

Todos los pasajeros, asustados, habían encontrado un refugio seguro en los confortables salones, o se habían escondido en las salas de cine, en la discoteca y hasta en la biblioteca; nadie quería estar solo en su camarote, oyendo cómo gritaba el viento, y todos, instintivamente, buscaban a un amigo, un compañero, con quien esperar, con una ansiedad mal reprimida, el final de aquel infierno.

El comandante Fiorilli, para distraer a sus invitados, que algunos ya daban señales de nerviosismo, había comunicado al personal de a bordo órdenes precisas para que siempre ofrecieran bebidas y exquisiteces y se improvisaran espectáculos sorpresa en cada local del gran barco. Así, hubo quien se divirtió enormemente, como los tres alegres hermanos de Texas, al asistir a los habilidosos trucos de un mago; quien, al contrario, se cansó con agotadoras carreras de resistencia en el gimnasio; quien jugó con los puzles, a las partidas de bridge o al ajedrez. Tampoco faltaron algunas intrépidas viejecitas que, insensibles al miedo y a la fatiga, se pusieron en círculo en un salón a tejer rápidamente, con enormes madejas de lanas de colores sobre la barriga, dándose consejos de vez en cuando, sin quitar los ojos del trabajo.

Y llegó poco a poco la tarde, temida por todos porque, al calar las tinieblas, el océano enfurecido tenía un aspecto más terrorífico.

Aquella noche danzaron en todos los puentes, pese al balanceo del barco, y Álex, todavía pálido y con aire de sufrimiento, quiso bajar al gran salón a exhibirse como siempre, a pesar de que el doctor Erick se lo desaconsejara.

La aparición del joven, con un vistoso apósito sobre la frente, suscitó un caluroso aplauso, y Dolly, con un fantasioso sombrero con la forma de una tarta, con un contorno de pequeñas rosas salvajes, se precipitó sobre él, conmovida, abrazándolo con efusión:

«¡Oh, Álex, my Álex, my joice jeant!»

Le dio un beso sonoro sobre sus dos mejillas, dejando caer encima una lágrima de ternura y, por primera vez, Álex se sintió un poco conmovido por las manifestaciones de afecto de la terrible viejecita, en honor a la cual se puso a cantar "O sole mio", extasiándola.

«¡El golpe en la cabeza te ha esclarecido la campanilla!» Se burló el guitarrista, mientras le oía hacer un agudo final; y Álex sonrió.

Pero el rumor de la sala le retumbaba dolorosamente en el oído y los golpes de la batería le daban náuseas y una sensación de mareo; más de una vez tuvo que apoyarse en el piano para no desmayarse. Viéndolo muy pálido, el pianista le dijo en voz baja:

«¿Eres capaz de continuar?»

Álex afirmó en silencio.

«¿Entonces hacemos todo el repertorio de canciones napolitanas?»

Hizo otra señal de afirmación.

«Pero cuando terminemos, es mejor que vayas a echarte en la cama», lo exhortó el pianista, «¡que aquí, dentro de poco se baila!»

El viento había doblado su intensidad y el barco se inclinaba en cada nuevo estruendo de lluvia, que azotaba el puente. Todos los pasajeros comenzaban a sentir un malestar y espiaban, con ojos inquietos, las fisionomías imperturbables de los oficiales y de la tripulación, para descubrir un temblor, una señal de alarma: pero ellos estaban bien adiestrados y sabían esconder muy bien, debajo de una sonrisa profesional, el

ansia y la angustia, y nada se dibujaba en sus rostros. Incluso el comandante Fiorilli, con una sonrisa convencional, sobre la cara, daba la sensación de que se divertía mucho y daba vueltas sobre la pista, con una señora madura, envuelta en un ruidoso raso verde.

Pero a veces, durante un brusco balanceo del barco, como animado por un misterioso, alegre duende, una mesita se movía silenciosamente de su lugar y comenzaba a resbalarse sobre el suelo lúcido, casi bordando un paso de danza, para después deslizarse dulcemente hacia su sitio; después, los sillones, que avanzaban despacio, compactos, desde la pared, como si se preparasen para una faustoso baile.

Y las señoras, asustadas, se miraban, con los ojos rodeados de sombras oscuras; y los hombres reían, ruidosamente, para esconder la aprensión.

Mientras, los camareros continuaban yendo y viniendo entre las mesas, portando grandes bandejas, con una habilidad de equilibristas profesionales, milagrosamente inclinados por cada vaivén del barco, que amenazaba con catapultarlos contra las paredes.

Solo los vasos tintineaban en algunos momentos, como sacudidos por una risotada incontrolable.

A un cierto punto, la situación se desbordó: primero una pareja, después dos, después diez bajaron de la pista, mareados, desaparecieron, furtivos. Justo después, fue un éxodo en masa, el gran salón se despobló.

Solo un demacrado grupo de valientes, entre los cuales destacaban los tres texanos con la indomable Dolly, continuaba bailando en el centro de la sala; y todos reían, excitados como niños, de las desaventuras de los demás.

También las salas de juegos se vaciaron rápidamente: todos se escondieron en sus camarotes a sufrir, lejanos de los ojos indiscretos.

Los tres texanos se quedaron solos por un momento en medio de la pista, abandonados a toda prisa por sus damas; entonces se sentaron, con Dolly, sobre los taburetes del bar, y pidieron en voz alta whiskey, para "regar aquel potro loco que

era el océano". Y Dolly, que tenía un estómago de hierro, bebía de un trago y reía, con una vocecita aguda.

Pero de pronto, los tres emblanquecieron al mismo tiempo, y de repente huyeron precipitosamente, comprimiéndose el estómago.

Dolly los miró un momento, consternada; entonces también ella se levantó, un poco incierta sobre las piernas, con el vaso en la mano lleno de whiskey y el sombrero torcido y fue a sentarse sobre un sillón vagante; vislumbró a Álex mientras bajaba del palco y atravesaba rápidamente el gran salón, desierto, elevó el vaso hacia él, en un brindis silencioso; entonces intentó ponerse en pie para alcanzarlo, pero sin conseguirlo cayó de culo; luego se colocó el sombrero sobre el pelo de estopa y se rio sola, con ojos que se volvieron pequeños y brillantes.

"¡Pobre pequeña Dolly!" Pensó Álex haciéndole un gesto de saludo y alargando el paso: "¡Con una borrachera como la suya yo estaría mal durante un mes!"

La cabeza le dolía furiosamente y tenía la sensación de desmayarse de un momento a otro. En el pasillo se topó con el doctor Erick que, viéndolo tan pálido se le acercó, atento:

«¿Te encuentras mal? »

«¡La cabeza!» Gimió Álex.

El doctor sonrió:

«Lo sé; pero si te puede consolar te diré que todos los pasajeros están tumbados en sus camarotes, mareados, maldiciendo el día en el que subieron a este barco. Tranquilízate y duérmete: ¡durante algunas tardes nadie querrá escucharte cantar!»

El comandante Fiorilli, que estaba pasando y había oído las últimas palabras, movió la cabeza:

«Será difícil cerrar los ojos, en una noche como esta. ¡Nunca he escuchado un viento como este!»

«¿Has visto a Matilde?» Preguntó Álex al doctor Erick, que lo acompañaba por los pasillos desiertos.

«Sí, se ha ido hace poco a dormir. Le he suministrado un tranquilizante...»

«¿Por qué? ¿Se encuentra mal?» Se alarmó el joven.

«No, sólo le dolía un poco el estómago...»

«Voy a verla».

«No cometas imprudencias: sabes que el reglamento lo prohíbe».

Lo amonestó severamente el doctor.

«¡El reglamento, siempre el reglamento!» Se impacientó Álex.

«¿Qué hay de malo si voy a darle las buenas noches? ¿Cuando estaba en la enfermería, no vino, ella, a hacerme compañía?»

«No es lo mismo».

«¡Deja de hacer de consejero!» Estalló Álex, molesto; pero en el fondo tuvo que darle la razón al amigo, que ahora lo había cogido por un brazo y le decía, evitando mirarlo a la cara:

«Si de verdad no tienes ganas de meterte ahora en la cama, hay otra persona que deberías ver».

«¿Y quién sería?»

«Abajo, en la enfermería, Peppe Cardillo te necesita».

«¿Y quién diablos es Peppe Cardillo?» Preguntó el joven sorprendido.

«Vale. ¿Te estás quedando conmigo? Es el hombre que te ha agredido en la lavandería».

Álex se liberó impetuosamente de su brazo:

«¡Ah, se llama Cardillo, aquel tipo! ¡Cierto, por como pega, no se diría que tiene un corazón de jilguero!» Dijo sarcástico.

«Es un hombre muy infeliz». Dijo el médico.

«También yo soy infeliz; pero eso no me autoriza a ir por el barco, rompiéndole la cabeza a unos y a otros». Replicó Álex, duro.

«Ha perdido un hermano en el mar, tiene una mujer e hijos oprimidos por las necesidades...»

«¿Y entonces? ¿Quién le ha dicho que tenga tantos hijos?»

«La miseria, la ignorancia».

«¿Y yo, qué tengo que ver yo, en todo esto?» Dijo Álex agresivo.

El médico cambió de repente de táctica y preguntó, con voz indiferente:

«¿Has denunciado lo que pasó?»

«¿Quién? ¿Yo? No, no quiero problemas... También lo sabe el comisario de a bordo...»

«Entonces vamos a decírselo». Lo cogió de nuevo por un brazo y lo arrastró contra su voluntad hacia el puente Bahamas, donde se encontraba la enfermería.

El balanceo del barco había aumentado y muchas veces, durante el camino, tuvieron que agarrarse en algún apoyo, para no golpearse contra las paredes.

«¿Qué diablos te pasa por la cabeza, maldito vikingo?» Murmuró Álex, resignado ya a seguir al amigo, que resistía imperturbable, todos sus insultos.

«¡Verdaderamente esto es violencia, el secuestro de personas!» Le gritó; el médico rio, con su gran barba rubia alborotada por el viento.

«¿No serás, por casualidad, un miembro del ejército de salvación?» Bromeó Álex en el estruendo de las olas.

«¿Pero qué ejército de salvación? ¡Mis antepasados descienden nada menos que del temario Erick, el Rojo!» Replicó el médico.

Llegaron así delante de la enfermería y Álex sintió, a pesar de todo, un sobresalto en el corazón, siguiendo con malas ganas al doctor Erick, por las habitaciones silenciosas, donde el grito del mar llegaba debilitado y donde brillaba, irreal, una luz azul.

Cuando aparecieron, la joven enfermera que estaba sentada al lado de la cama del enfermo, se alzó y, con una señal del médico, salió, cerrando sin ruido la puerta a sus espaldas.

Álex miró sin prestar mucha atención al hombre que estaba sobre la cama y cuyo cuerpo parecía no tener consistencia, debajo de las mantas. La cabeza estaba hundida en la almohada, medio escondida por la bolsa del hielo.

«Tiene todavía fiebre alta». Susurró el doctor Erick.

Peppe, oyó el sonido de su voz y giró lentamente la cara, llena de mechones de barba gris, hacia ellos. Miró primero al médico, después a Álex, con aire asustadizo.

«No te reconoce». Dijo en voz baja el doctor Erick a Álex, que miraba a ese rostro color tierra y con ojeras, pensando:

“¡Aquí está el hombre que quería matarme! Qué tendrá: cuarenta años como mucho y parece ya un viejo. Y yo, ¿qué le digo ahora? ¡Muchas gracias por haber intentado mandarme al otro mundo! ¡Perdóname solo si mi cabeza es muy dura y no lo has conseguido!”

Pero sentía que toda su cólera estaba cayendo, como una vela abandonada por el viento, frente a aquel naufragio humano. A disgusto se balanceó con un pie, después sobre el otro, combatiendo el sentimiento de piedad que se abría camino dentro de él.

Fuera, el océano gritaba siempre, y la luz azul se apagaba poco a poco, mientras el vientre del barco estaba recorrido por crujidos, como si el abrazo de las olas estuviese por aplastarlo: “Somos un naufragio a la deriva, hormigas dispersas de un hormiguero enloquecido”. Pensó a su pesar.

Peppe tuvo que intuir quien era el joven que lo miraba, porque a un cierto punto, giró la cabeza contra la pared y dijo lentamente, con una voz ronca, en la que vibraba una desesperación ilimitada:

«Soy un desgraciado, un hombre arruinado».

Siguió otro silencio, dramático.

Ahora la luz era tan débil que el rostro del hombre era una mancha oscura en la almohada.

El doctor Erick rozó el codo de Álex:

«¿Por qué no se lo dices, que no lo has denunciado?»

El joven se envalentonó, aclaró la voz:

«¿Por qué estás arruinado?» Preguntó, despacio.

«¿Quién dará de comer a mis hijos?» Gimió Peppe, contestando.

Entonces Álex le agarró impulsivamente la gran mano llena de callos, abandonada sobre la manta:

«¡Tú, darás de comer a tus hijos!» Exclamó.

El hombre, muy afectado pareció que retenía la respiración, entonces movió la cabeza desoladamente:

«Yo terminaré en la cárcel... o en el manicomio...» Dijo.

«Y yo... Sin embargo, te digo que te recuperarás, te pondrás a trabajar...» Dijo Álex. Después se calló, tergiversando,

avergonzándose de él mismo, de sus palabras, de la gran mano que apretaba, todavía, contra la suya y que no sabía cómo soltarla, deseando estar a millas de allí: "¡Maldito vikingo, en qué lío me has metido!" Pensó, con ira. Pasaron algunos segundos, que parecieron interminables; finalmente, el hombre giró la cabeza hacia el muro, se llevó una mano a la cara y rompió en un llanto incontenible.

«Vamos, ahora». Susurró el doctor Erick.

La puerta se cerró silenciosamente cubriendo los sollozos de Peppe.

«Se curará pronto». Añadió el doctor Erick; y tenía en los ojos una misteriosa sonrisa.

Álex no respondió: se alejó de prisa, aliviado y abatido, llegó a su camarote y se tiró sobre la cama, así, todo vestido, cayendo inmediatamente en un sueño profundo.

CAPÍTULO DÉCIMO

Alex dormía desde hacía algunas horas, cuando tuvo un extraño sueño: de repente se le presentó el camino del campo, que llevaba a la vieja casa roja, entre un mar de amapolas púrpuras, que reían entre el trigo maduro y llenaban el borde de la zanja; el sol estaba alto en el cielo y el sendero parecía una cicatriz blanca, deslumbrante, que serpenteaba entre la densa cabellera de los campos. Poco a poco, un inmenso fragor se elevó delante de él, que se acercaba despacio por el sendero de casa; y de pronto, en la luminosidad impalpable del horizonte, se vislumbró la forma de un coche, enorme, quizás era una trilladora, que venía derecha hacia él, erguida sobre monstruosas ruedas cortantes. Estaba a punto de atropellarlo y él no podía esquivarla, porque las amapolas lo agarraban por la cadera como un seto vivo... No, ya no eran amapolas, sino unas llamas rojas, altísimas, que se propagaban por todo el campo, tiñéndolo de sangre...

Álex se cubrió instintivamente el rostro con la mano, mientras una horrible rueda venía hacia él velozmente... No: ya no era una trilladora, sino una gigantesca máquina de lavar ropa, con el cesto rotante... ahora se abría la puerta de la lavadora y él se resbalaba hacia dentro... Gigantescas olas se apoderaban de él y comenzaban a golpearlo de aquí a allí, de aquí a allí, sin fin... Una sirena había comenzado a aullar, desde alguna parte, desgarrando la oscuridad, y, de pronto, la máquina se paró. Álex se quedó un instante flotando sobre un agua negra, emblanquecida por espumas siniestras; pero, de repente, se dio cuenta, con terror, que el agua había comenzado a subir, silenciosamente, como una marea... un poco más, y él se quedaría aplastado contra el cesto de brillante acero. Abrió la boca para respirar, para ponerse a gritar pero no salía ningún sonido; entonces forcejeó y se golpeó con la frente en el metal, sintiendo un dolor agudísimo. La sirena aullaba, ahora, más fuerte y más cerca.

Se despertó sobresaltado, en un baño de sudor, con

la cabeza contra la esquina de la litera. Se sentó de un salto y miró a su alrededor, desorientado: la luz de la lámpara, que se había olvidado apagar, le llovía encima, despiadada, haciéndole daño en los ojos, la sangre le golpeaba duramente las sienes con punzadas dolorosas. La litera de al lado, donde dormía el guitarrista, estaba vacía, intacta.

Álex se pasó una mano por los ojos:

«¡Menos mal que era solo una pesadilla! ¿Cuánto habré dormido?»

Se miró el traje arrugado, estaba a punto de desnudarse, cuando la sirena de la nave comenzó a aullar, siniestra, marcando la señal:

“¡Incendio a bordo!”.

Entonces se tiró de la cama, refunfuñando:

«¡Una maravillosa idea, hacer una simulación en mitad de la noche, en plena borrasca!»

Se puso a rebuscar en el fondo de su taquilla, para encontrar su salvavidas; entonces se precipitó fuera del camarote:

«¿Quién sabe desde cuando está sonando la sirena? ¡Si me ve el comisario de a bordo, enfadado como está, después de lo de la denuncia, esta vez me tira al mar!»

Durante el recorrido, se puso su salvavidas, y se dirigió hacia el puente Promenade, que era el centro de cada simulacro. Pero sobre la escalera, de pronto la luz desapareció y Álex tuvo que avanzar a tientas, yendo hasta allí, se cruzó con alguien que subía de prisa y que gritó:

«¡¿Quién es el cretino que no sabe dónde tiene los pies?!»

¡Siempre mejor que no saber dónde se tiene la cabeza!»

Replicó inmediatamente Álex, que había reconocido la voz de Johnny, el grumete. Y luego:

«¿Se puede saber qué diablos sucede esta noche?»

«Pon en marcha los pistones, viejo mío: hay un incendio en la sala de las máquinas... quizás sea un cortocircuito...», le gritó Johnny, subiendo jadeante en la oscuridad. «En esta ocasión también los pícaros como tú pueden ser útiles...» Su voz se perdió en alto, en el rumor del mar.

“Entonces esta vez la cosa es seria”. Pensó Álex con un

escalofrío, corriendo hacia el puente de recogida: “¡Cierto que, si se presenta la necesidad de abandonar el barco, en una noche como esta, es una verdadera tragedia! ¡Una catástrofe!”. Se detuvo, meditativo: “Un momento: un salvavidas de reserva, en casos como estos, no puede estar de más”. Retrocedió rápidamente, y volvió hacia su camarote, a coger un segundo salvavidas, que había pertenecido a Joe, el cantante costarricense que le había precedido sobre el *White Heron* y que se había visto forzado a interrumpir su crucero y a desembarcar en el primer puerto, porque no conseguía vencer su mareo. Equipado hasta los dientes, volvió a subir atrevido sobre el puente Promenade, donde el comandante Fiorilli, rodeado de todos sus oficiales, estaba organizando rápidamente un plan de emergencia:

«Haced salir a todos los pasajeros de los camarotes y juntadlos en el puente, equipados con los salvavidas; mantened la calma más absoluta y no deis ninguna señal de pánico, pero estad preparados para bajar los botes salvavidas; ocupaos antes de los enfermos, de los ancianos, de los niños, de las mujeres...»

El comandante hablaba con voz segura, los oficiales obedecían inmediatamente; todo inspiraba orden y eficiencia. Y Álex, llegando a la luz, se avergonzó de su salvavidas de reserva y buscó con los ojos una esquina donde poder esconderlo, pensando sin embargo:

«Al final he hecho bien en cogerlo: nunca se sabe si, en la confusión, alguien pierde el suyo. ¡Y entonces yo, le ofrezco el salvavidas!»

Puso el salvavidas detrás de una tumbona y se acercó al comandante Fiorilli, para recibir órdenes.

Mientras todos los pasajeros se estaban reagrupando sobre el puente, más o menos vestidos o envueltos con mantas. Bajo la luz de los generadores de corrientes, sus rostros aparecían pálidos, deshechos. Pero nadie daba señales de pánico, cuando vino el momento de ponerse el salvavidas: cada uno realizaba automáticamente, en silencio, la operación, y después se apresuraban para unirse a los demás. Álex ayudó a una señora de mediana edad a ponerse la áspera chaqueta sobre el vestido de noche repleto de lentejuelas, que todavía llevaba; y la mujer,

aunque temblaba de frío y de ansiedad, encontró la fuerza para ironizar sobre su vestuario. Los miembros de una misma familia estaban agarrados como un racimo en silencio, y los niños, despertados con un sobresalto, envueltos en bufandas y mantas, miraban la muchedumbre con ojos aturcidos. A los tres texanos, alejados de sus profundos sueños de borrachos, no les había dado tiempo a vestirse; y ahora resplandecían, bajo la luz, las largas rayas de sus vistosos pijamas.

En medio de ellos estaba Dolly, que todavía no se había recuperado de la borrachera, con su gracioso sombrero torcido y el rostro color tierra más rugoso que nunca.

Mientras tanto en la bodega, se trabajaba rápidamente para controlar el incendio, que era, por fortuna, de reducidas proporciones. El cuadro de comandos electrónicos funcionaba todavía y la tripulación tenía bajo control la situación.

Pero sobre el puente los minutos pasaban muy lentos y, superado el shock inicial, la multitud se había puesto a rumorear. Algún niño muerto de frío, lloraba. El viento había cesado, y mientras, surgía un alba lívida sobre la negra superficie, que se iba aplacando, y emblanquecía los rostros de todos.

“¡Mira, el progreso tecnológico: un sincronismo perfecto de máquinas y de artilugios! ¡Pero basta que un palillo de dientes se insinúe en los elaboradísimos engranajes, y todo salta!” Pensaba Álex, corriendo de aquí a allí para ayudar y asistir a los pasajeros.

«¡Oh, Álex my dear!» Exclamó Dolly con los ojos miopes llenos de lágrimas, cuando lo vio. Álex se agachó sobre la viejecita entumecida, le cogió las manos, se las calentó afectuosamente con las suyas:

«¡Valor, my beautiful princess!» Le dijo bromeando.

«¡Oh, oh, princess!» Rieron los tres texanos.

Rio también Dolly, con voz trémula, mientras dos lágrimas negras de rímel le arañaban las mejillas.

El joven se alejó, pensando:

“¿Dónde estará Matilde? ¿Quién habrá cuidado de ella?” Y casi cayó en la tentación de ir en su búsqueda, pero otro pensamiento se insinuó en su mente y el joven intentó,

inútilmente descartar esa idea. Al fin suspiró, vencido, a media voz:

«¡Y bien! ¡Si las cosas fueran mal, quiere decir que le llevaré el otro salvavidas a Peppe!»

Después de esa decisión, un gran alivio se adueñó de él. En aquel momento, casi para subrayar su estado de ánimo, la luz eléctrica volvió a resplandecer en todo el barco, deslumbrando, después del rojizo destello de los fotoeléctricos, y un ¡ohhhhhh! de alegría irrumpió en los corazones. Los aires acondicionados comenzaron inmediatamente a zumbar; volvieron a resplandecer los colores de la esperanza sobre los rostros de los pasajeros, mientras los camareros hacían lo imposible para distribuir, a derecha y a izquierdas, bebidas altamente alcohólicas y ponches calientes.

Álex se cruzó al guitarrista y le preguntó:

«¿Por qué no has bajado al camarote?»

«¡Y quién ha tenido tiempo, en esta noche maldita, de ver, aunque sea solo de lejos, la cama!» Dijo bruscamente el amigo, de mal humor.

«¿Qué diablos haces con la guitarra?»

«Sabes: he visto una película sobre la tragedia del Titanic, los miembros de la orquesta, con la pechera de la camisa blanca, continuaron tocando, heroicamente, hasta que la nave se hundió... ¡Así que yo también estaba preparado para hacer el héroe!» Bromeó el joven, pero su voz sonó incierta y Álex no estuvo seguro de que estuviera bromeando.

Entonces comentó riendo:

«¡Será mejor que los pasajeros no sepan nada de tus intenciones!»

El amigo alargó los brazos y se alejó. Álex lo siguió con la mirada y entonces vio a Matilde, que estaba en medio de un grupo de mujeres, y miraba la superficie del océano, en silencio, remota, en el murmullo general. Intentó acercarse a ella, pero en aquel momento, se levantó, alto, en el aire, el grito de la sirena que anunciaba que la alarma había cesado; la muchedumbre se movió, se balanceó, con exclamaciones de alivio, irrumpió hacia los ascensores, se precipitó sobre las escaleras, para alcanzar

finalmente los confortables camarotes y entrar en un sueño restaurador, aunque tardío.

Álex, en el gentío, perdió de vista a Matilde y, aunque le dolió, renunció a seguirla:

“Más tarde”, se dijo a sí mismo: “la encontraré más tarde”.

Mientras tanto, el *White Heron* retomó, poco a poco, la navegación y, encontrándose con los motores averiados, se dirigía directamente hacia el este, para hallar refugio en las tranquilas aguas de la rada de Mazatlán.

Hacia la hora del mediodía, el comandante Fiorilli habló. Había esperado a posta que todos los pasajeros, agotados por el malestar de una noche sin dormir, tuviesen el tiempo de recuperar las fuerzas y de reponerse comiendo, antes de hacer su comunicación.

Su voz era muy clara y se multiplicó por los numerosos altavoces, colgados en todos los lugares, ahora nuevamente, llenos de murmullos.

Él informaba a los ilustres pasajeros de que, después del incendio acontecido durante la noche en la sala de las máquinas, incendio rápidamente controlado, gracias al trabajo de todo el personal de a bordo, el *White Heron* tenía dos motores averiados y por lo tanto no estaba en grado de proseguir la ruta; ¡no, que los señores pasajeros no se alarmen! De aquí a pocas horas, el barco entrará en el puerto de Mazatlán, donde se procederá inmediatamente a su reparación. Sin embargo, como consecuencia, era necesario una variación del itinerario establecido por la compañía de navegación; pero esta variación era de poca importancia, porque dentro de unos días, alcanzaría Mazatlán el *Blue Gull*, hermano gemelo del *White Heron*, para llevarse a aquellos señores pasajeros que quisieran seguir el itinerario preestablecido, o bien tuviesen una imperiosa necesidad de recuperar los días de aquella parada forzada.

El *Blue Gull* era absolutamente idéntico al *White Heron* y los señores pasajeros habrían encontrado en él el mismo alojamiento, la misma, idéntica calidad del servicio, la misma comodidad; la única variante: cambiaba el capitán – y aquí la voz del comandante Fiorilli se veló sabiamente – y también el

personal de a bordo sería diferente. Pero todo, absolutamente *todo* funcionaría sobre el *Blue Gull* como sobre el *White Heron*... ¡O incluso mejor!

Por lo tanto, con una pequeña variación sobre el itinerario inicial, que preveía tocar, en el siguiente orden, Puerto Vallarta – Acapulco – Zihuatanejo – Mazatlán, el *White Heron*, apenas reparado, haría escala, después de Mazatlán, en Zihuatanejo – Acapulco – Puerto Vallarta.

Los señores pasajeros que no tenían demasiada urgencia por respetar los tiempos de la ruta y desearan quedarse “fielmente” sobre el *White Heron* podrían bajarse en Mazatlán, esperando la reparación del barco, alojados en hoteles de lujo.

Mientras, se les ofrecería también la posibilidad de visitar, a bordo de confortables autobuses, puestos a disposición de la compañía, las espléndidas localidades del interior del país, ricas de colores, folclore y tesoros artísticos, escondidos en la frondosa vegetación todavía virgen y primitiva. En caso de que las reparaciones requiriesen un número de días superiores al previsto, siempre mediante autobuses acomodados para largos viajes, a los señores pasajeros se los llevarían a visitar la ciudad costera prevista por el itinerario; también aquí, tratamiento de primerísima calidad y reservas en los más fabulosos hoteles de la costa mexicana. Además, se ofrecerían interesantes excursiones por el interior de la península de Yucatán, para admirar los legendarios tesoros del arte maya. No habría ningún suplemento para tales excursiones facultativas, ofrecidas por la Compañía, como señal de agradecimiento por la valentía, el sentido de responsabilidad y el civismo demostrado por los señores pasajeros durante el embarazoso incidente – que no había ocurrido nunca antes de aquella noche.

Finalmente, a los señores pasajeros se les rogaba señalar, con la habitual rapidez, sus propias decisiones a las diferentes oficinas y al personal encargado...

Cuando la voz del comandante se calló, emergió un enorme murmullo sobre todo el barco y el *White Heron* zumbó como una colosal colmena cuando la reina de las abejas decide abandonar, con “las fidelísimas”, el panal: los grupos se

componían y se descomponían continuamente, excitados. Se oían voces, reclamos, protestas, reproches. Después, como por encanto, volvió la calma y todos se sentaron a la mesa, antes de decidir qué hacer.

Una pequeña minoría de pasajeros – generalmente los más ancianos, los hombres de negocios, los criticones – optó por el transbordo sobre el *Blue Gull*, la gaviota azul que, refunfuñaba entre los dientes, amarillos de impaciencia y descontenta, se esperaba que quizás estuviese mejor equipado y que fuese menos desafortunado que el hermano; sin embargo, la mayoría, alegre y festiva, encontró mucho más divertido cambiar el itinerario y los programas para probar el escalofrío de las emociones improvisadas y las nuevas aventuras para contárselo a los amigos, que se quedaron para aburrirse en la rutina cotidiana de siempre.

También entre estas personas estuvo quien expresó alguna duda sobre la eficiencia del *White Heron*, y sentenció que el tiempo era dinero, pero los entusiastas lo mandaron a callar inmediatamente. Y sobre todos tronaban las voces alegres de los tres hermanos texanos que, valientemente decididos a quedarse sobre el *White Heron*, gritaban, con una descortés sabiduría campestre:

«¡Ya al barco le ha pasado de todo y lo ha pasado!»

«¡El rayo no cae dos veces en la misma encina!»

«¡Desde el momento que se está fuera varios días de más y sin gastar un céntimo más de lo previsto, es de estúpidos quejarse!»

Y la pequeña Dolly, con la cara empolvada y más rugosa de lo normal tocaba las palmas eufórica.

Así el almuerzo se desarrolló en una atmósfera de excitación general.

Sentado en la mesa del comandante, Álex no conseguía estarse quieto, deseoso como estaba de salir corriendo, para localizar a Matilde y preguntarle qué decisión había tomado.

Pero el comandante, después de tanta ansia, aquel día parecía otro: hablaba y hablaba y no se decidía a dar a sus comensales la señal del final del almuerzo.

Finalmente, cuando ya la sangre de Álex se freía de impaciencia, el comandante se levantó; entonces el joven salió disparado como una flecha, seguido por los ojos atentos del doctor Erick.

Encontró a Matilde sobre el porche del Promenade, mientras escribía una carta. La superficie del océano era una lastra de plata bajo el sol, y a Álex le pareció no haber visto nunca tanta luminosidad.

«¡Matilde, al fin te encontré!»

«Oh, hola, Álex».

Álex tuvo la impresión que el rostro de la chica se había enrojecido, cuando él apareció:

«¿Has tenido miedo, esta noche?»

«No demasiado: ¿Y tú?»

«Yo sí». Confesó Álex, riendo.

«A decir verdad, tampoco yo estaba tranquila... Admitió la chica. Siempre me da miedo el océano...»

«Entonces, ¿qué has decidido hacer? ¿Te quedas en el *White Heron* o haces transbordo?» Le preguntó Álex.

Matilde elevó sobre él sus ojos grises y pensativos:

«Tía Jenny me ha teleografiado esta mañana, desde Acapulco, para decirme que, apenas llegue a tierra, tengo que subir al primer avión y encontrarme con ella...»

El corazón de Álex se saltó un latido:

«¿Y tú... lo harás?»

Matilde sonrió y sus ojos parecieron por un momento azules, en la gran luz:

«Ahora que Pete no está, mi sitio está al lado de los abuelos».

«Entonces, ¿cogerás el vuelo para los Ángeles?» Preguntó Álex con una voz que se esforzaba para permanecer firme.

«No, me quedaré con vosotros... ¡seguiré vuestro destino!» Dijo la chica, con un tono solemnemente cómico; pero también su voz traicionaba una remota emoción: «Estoy escribiendo a los abuelos para informarles de mi decisión y tener el permiso de reservar el resto del viaje... Como ves, también yo estoy aprendiendo poco a poco a elegir de forma responsable...»

Álex le agarró las manos, lleno de entusiasmo:

«Verás: ¡será fantástico! Te llevaré conmigo a explorar los alrededores de Mazatlán: hay pantanos llenos de aves tropicales, con colores maravillosos; acantilados, donde duermen, bajo el sol los leones marinos... ¡qué contento se pondrá Felipe!»

«¿Quién es Felipe?»

«Es un chico mexicano que conocí en uno de mis viajes anteriores; ¡es muy simpático y me ha prometido que me llevará a ver la colina de las iguanas! »

«¿La colina de las iguanas?»

«Sí: hay un punto remoto de la costa, más allá de los pantanos, un promontorio rocoso extendido sobre el océano, donde miles de iguanas van a dormir la siesta, durante el calor; todo el acantilado está recubierto...»

«¿Qué profesión tiene?»

«¿Quién, Felipe? Oh, miles de cosas: el vagabundo, el limpiabotas, el vendedor de palomitas. Se busca la vida, como la mayor parte de los niños mexicanos. Pero no quiero decirte nada más, para no quitarte el gusto de la sorpresa. Verás: ¡será bonito!»

SEGUNDA PARTE

“... la vida es decir la muerte:
es decir, la vida”.

Pablo Neruda



CAPÍTULO PRIMERO

El *White Heron* entraba lentamente en la rada de Mazatlán, regio, escoltado por un enjambre de barcas, de lanchas motoras y de pequeños botes, atestados de mexicanos entusiastas, que saludaban con gritos de alegría moviendo sus sombreros. Los pasajeros estaban asomados a la baranda y sobrecogidos por la emoción.

También Álex miraba la multitud, desde lo alto del puente Promenade, y agudizaba la vista hacia el embarcadero, donde se condensaba una marea de cabezas, que esperaba, bajo el deslumbrante sol, el precioso cargamento de turistas que animarían durante algunos días, como una especie de molinete de fuegos artificiales, la calma soñolienta de la pequeña ciudad.

“¡Felipe estará seguro allí, en primera fila, esperando algún pollo adinerado, para desplumarlo alegremente!” Pensó Álex con una sonrisa, mientras alrededor de él los pasajeros se apiñaban, con alegres exclamaciones, y las cámaras giraban sin parar.

Después, el *White Heron* se paró y se balanceó, como un blanco cisne, sobre el esplendor del agua, de repente fue “atacado” por todos lados por una nube de embarcaciones mexicanas, que llegaban para dar su ruidosa bienvenida a los turistas.

«¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!» Gritaban los niños – algunos de ellos muy pequeños – todos morenos, todos semidesnudos y sonrientes, agitando banderas de colores.

«¿Qué haces? ¿No vienes?» Gritó a Álex el doctor Erick, pasando a su lado y viéndolo absorto en la contemplación del espectáculo.

«¡Oh, sí: espérame, voy contigo!» Exclamó Álex, despertándose. Se puso la mochila sobre la espalda y persiguió al amigo.

Los pasajeros estaban ya bajando por las escaleras y el personal de a bordo les ayudaba a montarse en las embarcaciones que les llevarían a tierra. Alrededor de ellos, como alegres, incansables mosquitos, siempre revoloteaban las barcas

atiborradas de pequeños mexicanos entusiastas.

Álex se encontró con el doctor Erick sobre la lancha donde ya habían bajado los tres texanos, con la inseparable Dolly, cuya cara estaba oscura como una manzana cocida; y todos, muy alegres, ensordecían a los vecinos con incesantes carcajadas y exclamaciones de admiración.

Después las lanchas se movieron, una tras otra, y la multitud variopinta que esperaba sobre el embarcadero, trépidamente, explotó en un "¡Hurra!"

Mientras poco a poco las lanchas se acercaban al embarcadero, el agua se llenaba de cabecitas morenas de niños, que esperaban la llegada de los turistas, para mostrar sus proezas: algunos pedían, con gestos, a los pasajeros que tiraran al agua las monedas, que ellos pescarían, al vuelo, con la boca.

«El truco funciona siempre». Comentó un poco amargo, el doctor Erick, viendo al más joven de los hermanos texanos lanzar una moneda al agua. De repente, un niño gordito se sumergió para pescarla, emergiendo en pocos instantes con la moneda entre los dientes; la elevó en alto, con una sonrisa. Los tres texanos aplaudieron, llenos de entusiasmos, y le lanzaron otra. Entonces todos los niños se sumergieron a la misma vez, el agua hirvió, mientras sus acrobacias no tenían límites ni de agudezas ni de fantasías.

Al final de sus peligrosas acrobacias, el niño gordito se agarró a la lancha, ahora casi parada, para descansar y miró fijamente a Álex con sus grandes ojos brillantes.

«¿Cómo te llamas?» Dijo Álex.

El niño rio, mostrando los pequeños dientes agudos; pero no respondió.

«¿Cómo es tu nombre?» Repitió el joven.

El niño negó con la cabeza llena de rizos, desde los cuales el agua bajaba en riachuelos:

«Quién sabe». Respondió alzando los hombros.

Entonces, las otras tres cabecitas emergieron al lado de la suya.

Álex repitió la pregunta:

«¿Tu nombre?»

«Gordito, Gordito». Respondieron en coro los demás niños.

Y Gordito afirmó con la cabeza; ¡sí su nombre era Gordito, porque todos lo llamaban así!

Entonces, la pequeña fiera criatura se despegó de la barca y empezó de nuevo a incitar a las personas a lanzar las monedas al mar para que él, Gordito, pudiese demostrar lo bueno que era sumergiéndose y agarrándolas con los dientes y dejándolas caer en un bolso de cuero que le colgada encima del pecho, atado con un cordel.

Cuando acabe el juego de los despreocupados pasajeros, Gordito volverá arriba y llevará sus moneditas a casa, para saciar a su numerosa familia.

«Tendrá aproximadamente cinco años» Comentó el doctor Erick, siguiendo con los ojos las acrobacias de aquel pequeño elfo del mar. «Tiene que arriesgar que sus pulmones exploten para sobrevivir».

Álex afirmó con el corazón pesado.

¡Querido mío, lindo, lindísimo!» Gritaba Dolly con los ojos brillantes por la conmoción, cada vez que Gordito emergía con la moneda entre los dientes.

Entonces, el más anciano de los hermanos texanos, para divertirla, se puso a tirar al mar manojos de monedas, con un gesto largo como si estuviese sembrando; y los niños parecían que enloquecían del entusiasmo.

Las lanchas, esquivando con trabajo entre un mar de cabezas, procedían despacio; cuando finalmente alcanzaron el embarcadero, un fragor ensordecedor las alcanzó: bajo el sol, sobre el muelle les esperaban, de hecho, toda un orquesta de hombretones panzudos, con los rostros brillantes por el sudor, adornados con enormes bigotones, armados de requintos, cornetas, trompetas, tambores y violines, que tocaban alegres marchas y corridos.

«¡Mira, los mariachis!» Exclamó Álex contento, observando el festivo grupo que exhibía enormes sombreros que brillaban por las lentejuelas de platas y llevaba fantasiosos trajes negros, con pantalones llenos de tachuelas y broches decorativos

resplandecientes. El director de la banda musical, un hombretón con el pecho hercúleo y con una enorme papada, inundado de sudor, gesticulaba con los brazos para coordinar sus orquestitas, mientras la muchedumbre se acumulaba alrededor de ellos, poco a poco, mientras las barcas tocaban, una tras otra, el embarcadero.

Puso un pie en tierra, Álex no echaba cuenta a los mariachis: su mirada estaba fija en una lancha que en aquel momento abordaba y donde se encontraba Matilde. Cuando la chica lo vio, agitó un brazo, saludándolo y Álex se precipitó hacia ella.

La banda tocaba siempre sus marchas festivas, rodeada por la multitud y por una miríada de chiquillos fastidiosos. Arrastrado como un tapón de corcho en el mar en tempestad, Álex se puso a meter codazos y consiguió hacerse hueco y alcanzar el muelle, justo en el momento en el que Matilde, sostenida por Johnny, el joven grumete, consiguió bajar.

«¡Oh, Álex: es todo fantástico aquí!» Exclamó la chica.

«¡Esto no es nada!» Dijo Álex cogiéndola de la mano: «Verás cuando conozcas a Felipe».

La arrastró; Johnny los siguió un momento con la mirada; después se giró y se puso a trabajar con rabia alrededor de la embarcación.

«Ven, vamos a buscarlo». Le dijo Álex, haciéndole hueco entre la multitud.

«Pero... Tenemos que subir con el autobús para llegar al hotel». Dijo Matilde un poco preocupada.

«Oh, puedes estar tranquila. Antes de que terminen las operaciones del desembarco, pasará al menos una hora. ¡Se lo toman con tranquilidad aquí! Culpa del sol tropical. Y además Felipe “trabaja” siempre en los parajes del puerto: no puede estar lejos».

Arrastró a la chica, un poco trastornada, a través de un callejón saturado de velas y obenquillos, con olor a nafta y a alquitrán.

Poco a poco los sonidos y las voces se atenuaron, desaparecieron y alrededor de ellos se hizo casi el silencio.

Costearon otro embarcadero, donde una multitud de yates lujosos se balanceaban dulcemente en el agua turbia. Uno estaba atracado justamente en aquel momento, sin ruido, mientras un mexicano elegante y engalanado, esperaba a los adinerados invitados, al lado del autobús del "Camino Real", el hotel más suntuoso de la costa mexicana.

También aquí una pequeña orquesta esperaba para dar la bienvenida: cuatro chicos estaban en fila, sobre el embarcadero, todos armados con trompetas. Al más pequeño, un muchacho de cuatro o cinco años, lo habían metido encima de una caja vacía de Coca Cola, para que pudiese llegar a la boquilla de su trombón.

Desde el yate bajaron dos hombres y una joven mujer rubia y los cuatro se pusieron inmediatamente a soplar, con todas sus fuerzas, en las trompetas.

«Mira aquel pequeño: ¿¡No es un portento, con aquel trombón que podría tragárselo entero!?» Exclamó Matilde.

«Ah, lo conozco». Dijo Álex: «¡Es un músico!»

Emprendió una breve carrera y fue a desordenarle el pelo rizado. El niño elevó encima de él dos ojos negrísimos, con las cejas similares al ala de un cuervo: lo reconoció, despegó por un instante los labios de su instrumento:

«Buenos días, amigo». Le dijo.

Entonces comenzó a soplar, impávido, sin darle importancia al hecho que los demás miembros de la orquesta habían continuado con sus himnos, y que él desentonaba mucho.

Todos reían, alrededor de la pequeña orquesta; después la joven mujer dijo algunas palabras en inglés a un marinero que vino rápidamente a distribuir algunas monedas a los intrépidos músicos, los cuales dejaron de soplar, y se echaron sobre sus espaldas sus trombones y de prisa, a lo largo del embarcadero, fueron a la búsqueda de otros invitados, a quienes dar su sonora bienvenida.

«Se ganaban la vida así». Comentó Álex, volviéndose hacia Matilde, que se había quedado aparte observando.

«Pero son todavía muy pequeños». Dijo la chica, turbada.

«A pesar de todo consiguen mantenerse, con este pequeño truco, no solo a ellos mimos, sino también a sus numerosas

familias».

«¡Pobres chicos!» Dijo Matilde. «¿Pero sus padres no los pueden mantener, llevarlos a la escuela...?»

«Sus madres, la mayoría de las veces no trabajan ni siquiera en casa, agotadas por su excesiva maternidad. Y los hombres son a menudo parados crónicos...»

Un enjambre de niños semidesnudos, apareciendo de un pequeño callejón maloliente, los arrollaron y los rodearon; y todos gritaban con voz aguda:

«¡Señor, señor, te limpio los zapatos!»

«Pero los zapatos están ya limpios». Se protegía Álex.

«Yo te los limpio otra vez». Insistían, agarrándose a sus pantalones.

Dos de ellos llevaban una cajita, colgada al cuello con una cinta; los demás agitaban los cepillos negros grasientos.

Inmediatamente se acomodaron sobre los pies de los dos jóvenes y comenzaron a limpiar los zapatos, con saña, sin escatimar ni siquiera los dedos de la chica que sobresalían de las sandalias, ni los talones de Álex.

«¡Basta, basta!» Se defendía Álex, riendo e intentando liberarse de aquellos asaltos; pero de repente otro muchacho lo “atacaba” por la espalda, mientras una niña pequeña, con el pelo insólitamente rubio, arrodillada delante de él, con su vestidito rosa agitaba concienzudamente el borde de sus pantalones blancos.

Entonces Álex, para desistieran, sacó algunas monedas y las distribuyó: solo cuando cada mano morena se cerró alrededor de su óbolo, el grupo de muchachos desistió al asalto. Álex dejó por último a la niña, que lo miraba fijamente con aquellos ojos negros que caracterizaban a los traviesos mexicanos, que los hacían parecer todos hermanos.

«¿También quieres tú una moneda?» La cabeza color mazorca afirmó.

«¿Cuánto?»

«Una perra chica». Dijo la niña con voz juvenil.

«¿Quieres una moneda más grande?» Propuso Álex, mostrándole un billete.

Le hizo una señal de negación:

«¡Una perra chica!» Insistió, desconfiando de esas maniobras.

Álex abrió la mano mostrándole la moneda que la niña agarró inmediatamente:

«¡Muchas gracias, señor!»

Retrocedió y se puso a perseguir al resto de la banda, que ya había desaparecido por el sendero; pero, antes de desaparecer se giró hacia atrás y sonrió. Después se esfumó, entre un ondear de trapos de colores.

«¿Por qué no ha aceptado el dólar?» Preguntó Matilde maravillada.

«Quizás no se fiaba o no quería privilegios... Quizás le parecería que, dándole una suma más alta que a sus compañeros yo le quería dar una limosna. Dijo Álex. «Tienen una extraordinaria dignidad, estos niños, en su miseria».

«¿Pero qué pueden conseguir con un peso?»

«Oh, un manojo de frijoles, un puñado de harina de grano turco para hacer una tortilla, una rodaja de sandía: lo suficiente para saciarlos por un día...»

«¡Pobres criaturas...!»

«A su modo, quizás son felices, incluso teniendo que satisfacer sus necesidades elementales: viven la jornada, como los pájaros, siempre sonriendo, siempre disponibles, siempre en grupo...»

Allí, aparecieron del callejón los tres texanos, que se acercaban poco a poco, con la nariz respingona mientras Dolly les hacía foto, con grititos entusiastas.

«¡Si los ven, para ellos es el final!» Rio Álex.

«¡Y también para sus zapatos!» Añadió Matilde.

Se alejaron rápidamente, para no unirse al grupo. Mientras giraban en una calle llena de agujeros, vislumbraron a Felipe: estaba sentado sobre un alto taburete, al lado del muro, tenía la frente recta, y la dignidad de un antiguo soberano sobre el trono. A sus pies y a sus dos lados, bien alineados a lo largo del incoherente adoquinado, hacían bonitas exposiciones de sí mismos los cepillos, los lazos, tubitos de crema para los zapatos:

¡todo un rico arsenal de “limpiabotas” profesional!

Sentados sobre los taburetes más bajos y más modestos, cuatro muchachos, dos por cada lado, a las órdenes de Felipe, atendían al cliente.

En cuanto el chico vio a Álex, alargó sus delgadas piernas, saltó de su caballete y corrió a su encuentro, gritando alegremente:

«¡Buenos días, amigo!»

«¿Pero qué haces viejo canalla?» Rio Álex, desordenándole afectuosamente su pelo rizado. «¿Has abierto un negocio? ¿Qué son todas aquellas cosas?» Y él indicaba el muestrario, bien expuesto sobre la acera, mientras los cuatro ayudantes los miraban, desde lejos, atentos y serios bajo sus grandes sombreros.

Felipe mostró con una sonrisa sus dientes blanquísimos:

«Si, señor, tengo muchos negocios». Confirmó con orgullo.

«¿Y cómo lo has hecho?»

«Es simple, señor: he hecho fructificar mi capital: tres dólares para la adquisición del material; cepillos para limpiar los zapatos; cremas, trapitos, taburetes; tengo también un cepillo de terciopelo, para la ropa, y el necesario para coser un botón, remendar, planchar, cortar el pelo, lavar la cabeza, afeitar. ¡Los niños son mis obreros!» E indicaba a sus cuatro ayudantes inmovilizados sobre sus taburetes.

«¡Si continuas así, llegarás a ser un gran capitalista!» Se burló Álex.

Y Felipe rio con él, alegremente.

«¿Y cómo consigues encontrar clientes en este callejón apartado?» Preguntó Matilde, que estaba escuchando en silencio, observando con ojos asustados los cuchitriles que estaban por caerse y que se alineaban en los lados de las callecitas, perdiéndose en el infinito, con un felpudo de fibra que cubre el hueco de la puerta. De vez en cuando, salían desde allí algunos chiquillos semidesnudos y, cuando levantaba el felpudo, se entreveían, en la penumbra, a mujeres acurrucadas, con niños encima del pecho o envueltas en los rebozos de colores, y a algunas gallinas que escarbaban, tranquilamente, en el suelo de tierra.

Felipe guiñó el ojo y contestó:

«Yo no voy a buscar a los clientes. Los clientes vendrán espontáneamente para fotografiar...En tal caso tendrán los zapatos muy sucios...»

«¿Sucios? ¡Pero si no hay ni un hilo de agua!» Exclamó Álex.

«Es suficiente un poquito de fantasía». Explicó Felipe, cándidamente, señalando con un dedo a un niño que, quizás, tenía tres años, mientras que, algunos metros más adelante, iba y venía desde el cuchitril hasta la calle, llevando un cubo que perdía agua: un riachuelo de agua negra bajaba lentamente hacia el puerto, entre cáscaras de sandías, papeles y tapones de botellas de Coca-Cola.

«Los turistas miran siempre al aire: no es difícil que sus zapatos se ensucien...» Explicó Felipe, alegremente.

«¡Ingeniosa idea!» Se rieron los dos jóvenes.

Entonces, el niño, dándose cuenta de que lo estaban observando, dejó el cubo en medio de la calle y se fue veloz como un rayo para esconderse detrás del felpudo; pero, poco después, su carita aparecía de nuevo, para ver si los intrusos se habían ido.

De repente, salieron desde dentro de la curva los pequeños limpiabotas ambulantes e inmediatamente se acercaron a Felipe, que adquirió inmediatamente una actitud seria y grave; uno tras otro, encabezados por la niña rubia, le entregaron sus monedas. Felipe las contó y las volvió a contar, y luego devolvió una moneda a cada uno de los críos. Ellos se fueron pronto, mientras que Felipe se metía en el bolsillo las que quedaban.

«¿Qué van a comprar con aquellas monedas?» Preguntó Álex.

«De comer para todos los hermanos».

«¿Y tú que vas hacer con el dinero ganado?»

«Yo doy los pesos a Concha. Conchita es mi novia». Explicó Felipe. Y luego, iluminándose por completo, y cambiando de tono: «¿Sabes? ¡La he visto otra vez!»

«¿El qué?»

«¡La ballena! ¡La ballena blanca!» Los ojos de Felipe brillaron de entusiasmo; agarró a Álex por un brazo y continuó, excitado:

«¡Juro, señor, que es la verdad: la ballena estaba allí, tras la roca de los lobos del mar, un monumento blanco, espumoso! ¡Después desapareció!» El chico concluyó con los ojos centelleantes: «¡Era hermosa, luminosa, como un sol! ¡Si quieres verla, mañana vamos a la roca de los lobos marinos!»

«¡Oh, sí me apetecería mucho!» Exclamó Álex.

«Yo también quiero ir a ver la ballena blanca». Dijo Matilde.

«Sí, señorita, con mucho gusto». Dijo Felipe, caballero.

«Entonces mañana volveremos aquí». Propuso Álex. Y después: «Sabes Felipe: el *White Heron* está averiado y se parará algunos días en Mazatlán. Los turistas se alojarán en “El Camino Real”...»

El rostro de Felipe se iluminó y el chico realizó un silbido de admiración.

«¿“El Camino Real”, arriba en la playa, cerca de la Punta del Sóbalo? Es el hotel más lujoso e internacional de México».

«¡Sí: los del *White Heron* hacemos las cosas bien! » Se rio Álex. «¡Hasta la vista, Felipe!»

El chico hizo una señal de aprobación; entonces, volvió a sentarse encima de su alto caballete.

Mientras, dos de sus cuatro ayudantes, a ambos lados de los pies de un panzudo señor, le limpiaban rápidamente los zapatos, en silencio y medio enterrados bajo los grandes sombreros.

CAPÍTULO SEGUNDO

«Es mejor que aceleremos el paso, de lo contrario llegarán sin nosotros al “Camino Real”, “el hotel más lujoso de México”» Dijo Álex a Matilde mientras miraba con preocupación el reloj.

«¡Sí, cierto, sería muy grave no ver esta maravilla!» Rio la chica, de buen humor, siguiendo la larga zancada de las piernas de Álex.

Llegaron al embarcadero, justo en el momento en que algunos autocares azules con las ventanillas llenas de caras de turistas se ponían en movimiento lentamente, entre el gentío. Álex se lanzó a la carrera, arrastrando a Matilde; consiguieron agarrarse al vuelo al último autocar, un paquidermo rojo flameante, suntuoso como un transatlántico, que emprendió la marcha perseguido por una caterva de críos semidesnudos y vociferantes: la llegada del navío había despertado el frenesí en el corazón de los niños y de toda Mazatlan, cuya pobre economía de subsistencia encontraba alimento en los recursos del turismo, se preparaba para vivir una multitudinaria, ruidosa y efímera existencia durante los pocos días de permanencia del *White Heron*, antes de volver de nuevo al silencio y al inmovilismo a su partida.

El autocar superó una vasta plaza, bañada por el sol, sobre la que despuntaba la mole suntuosa de una iglesia barroca, enfiló temerario un laberinto de callejuelas, rozando a cada curva los muros agrietados de las casuchas, llenando con su estruendo la calma somnolienta de barrio.

A su paso, ojos negros de niños y caras morenas de mujeres afloraban entre las esteras. Acurrucados junto a los muros, en un pequeño recorte de sombra, con las rodillas entre las manos y el sombrero caído cubriendo el rostro, dormían grupos de mendigos y peones desocupados.

Después la ciudad quedó atrás y apareció la vista del océano, que se abrió, turquesa, con un sol cegador, orlado de blancas playas, rodeado, en el horizonte, de rocas con forma de pan de azúcar.

En la ensenada brillante se mecían, entre las verdes palmeras, innumerables yates blancos.

«¡Es magnífico!» Exclamó Matilde.

«Sí, es magnífico» Repitió Álex.

Después el paisaje se convirtió bruscamente en salvaje y triste; la superficie del océano tomó tonalidades verdes, la carretera se volvió desolada y pedregosa y serpenteó entre rocas ardientes de sol. De tanto en tanto se cruzaban con un carro tirado por un asno, que avanzaba con la cabeza agachada, bajo la canícula, cargado de odres y cocos, conducido por un muchacho oscuro, que se resguardaba bajo una rudimentaria estera de henequén.

«¡Pero si solo hay niños en este pueblo!» Se sorprendió Matilde.

«Sí, la natalidad es muy alta en este sitio... y también la mortalidad». Confirmó Álex, mientras se le ensombrecía la cara. Y después, como si quisiera cambiar de tema: «¡Mira, Matilde: esa es la Punta del Sobalo de la que hablaba Felipe! Dentro de poco veremos aparecer “El Camino Real”».

En una curva, de hecho, la playa se pobló de repente de chozas cónicas, cubiertas de fibras vegetales, con forma de tucul, a la sombra de las cuales, tumbados indolentemente sobre hamacas de colores, jóvenes mujeres bronceadas y robustos jóvenes atléticos dormían la siesta o sorbían bebidas exóticas.

Dos caballeros, un hombre y una mujer de largos cabellos rubios abandonados al viento, pasaron en ese momento al galope, sobre la orilla, para desaparecer pronto en la lejanía, entre los altos salpicones de la espuma.

Más allá de la playa, allá donde una verde colina de agaves gigantes descendía hasta el mar, emergió un buzo, que pronto se liberó de las bombonas y de la máscara, ayudado por una joven mujer, la cual lanzó una enorme exclamación de estupor, viendo el enorme pez que su compañero había arponeado.

Después se perfiló suntuoso “El Camino Real”, encastrado en la roca viva, con sus azules piscinas, los paseos de mármol blanco ensombrecido por las verdes palmeras, su embarcadero para los yates, cercado, a lo ancho, de mallas de acero contra los

tiburones.

Sobre la superficie calmada del océano, numerosas lanchas motoras dibujaban elegantes movimientos, remolcando esbeltas muchachas que se exhibían haciendo esquí sobre agua; una pareja de enamorados caminaba lentamente por la playa, agarrados de la mano, engalanados en pareos de colores; en el horizonte, blancas velas palpitaban bajo la suave brisa.

«Es verdaderamente encantador». Susurró Matilde, aguantando la respiración. «¡Parece que estamos viendo una película!»

«Sí; ¡Y todo esto está reservado para los turistas! Ellos, los mexicanos, se conforman con una propina o simplemente mirando». Comentó Álex, un poco sombrío, señalando a un hombre de mediana edad envuelto en un manto de colores vivaces, con un rostro moreno excavado de arrugas, que permanecía acurrucado a los pies de la escalinata que daba acceso al área privada del hotel: inmóvil, sentado sobre los talones como hacen los indígenas y con la mano extendida los veía venir, con el rostro impenetrable y la mirada ausente.

«¡Qué tristes sus ojos!» Dijo Matilde.

«Probablemente a esta hora ya está borracho de pulque, una pésima bebida que hace arder el estómago y atonta el cerebro». Observó Álex, volviéndose hacia atrás para mirarlo, mientras el autobús giraba la esquina e iba a aparcar en la plaza del árbol, junto a los otros que lo habían precedido.

Todos los pasajeros se apiñaban, ruidosamente, hacia las salidas e invadieron el patio del hotel, lleno de flores tropicales de colores vivaces.

Aquí los dos jóvenes se despidieron, entre un vaivén de camareros de vistosas camisas:

«Hasta pronto, Matilde».

«Adiós, Álex y... gracias».

En ese momento apareció entre la multitud el doctor Erick, que se acercó a ellos y recriminó a Álex con una cierta dureza:

«¿Se puede saber dónde diablos os habíais metido? El comandante necesitaba hablar con Matilde para saber si pretende unirse a los turistas que irán de excursión al interior,

en autobús».

«Le he enseñado los callejones que rodean el puerto...» Se excusó Álex.

«¿Cree que no hay puesto ahora para mí en el autobús?» Preguntó la chica, con la secreta esperanza de permanecer en tierra, con Álex.

«Ven, vamos a informarnos a la oficina». Dijo el doctor Erick, agarrándola por la mano

«¡Mira si hay también sitio para mí!» Les gritó detrás Álex, medio en serio, medio en broma.

«¿Y dónde querrías ir tú?» Dijo una voz tras de él.

Álex se volvió y vio al comandante Fiorilli, que lo miraba con gesto divertido.

«Lo decía por decir...» Masculló Álex, molesto.

«Entonces nos hemos metido en la cabeza convertirnos en pasajeros, en holgazanes, ¿no?» Insistió el comandante con tono jocoso.

«Jefe: yo lo he intentado. Me ha ido mal, ¡paciencia!» Exclamó Álex, alargando los brazos con aire de cómica resignación.

«Eso es, así está mejor». Rio el comandante. «En cambio, será mejor que vayas a tu habitación y te prepares, porque esta noche tendrás que exhibirte: nuestros pasajeros, de hecho, después de tantas emociones, se mueren de ganas de engalanarse y bailar, mecidos por el timbre cálido de tu voz...»

«O.K., jefe». Murmuró Álex, resignado. Y después: «¿Qué haremos nosotros, los de la tripulación, mientras ellos, los pasajeros, están de excursión por México?»

«La tripulación no tiene elección: tendrá que quedarse conmigo en el barco. Tú, en cambio, afortunado mortal, eres libre de alojarte aquí, en el hotel, y hacer turismo... ¡en los parajes cercanos, se entiende!»

«¡Oh, gracias, comandante!» Exultó Álex, pensando: «Esta es la buena para descubrir con Felipe todos los secretos de México».

Pero al momento, mientras el comandante se alejaba, un pensamiento molesto ofuscó su alegría:

«¡Hubiera sido bonito si también Matilde se hubiera quedado aquí conmigo! Todo me parecería extraordinario a través de sus ojos».

Con un suspiro, se echó la chaqueta amarillo canario sobre el hombro y subió una escalinata, donde gruesas alfombras amortiguaban el sonido de sus pasos. Un joven camarero lo escoltó a una bonita habitación, con vistas al océano, y su corazón exultó; por poco tiempo, sin embargo, porque vio, en el suelo, junto a una de las camas, la maleta del pianista:

«No doy una». Masculló, desnudándose rápidamente. Y después, con aire resignado: «¡Una buena razón para alejarme de esta jaula de lujo!»

Se cambió de prisa, delante de la ventana abierta, admirando los movimientos lejanos de algunas velas blancas y manteniéndose a distancia de un enorme ramo de flores tropicales de colores sanguíneos, cuya sola visión le producía enormes ganas de estornudar y que le parecía monstruoso:

“Parecen las fauces de una bestia hambrienta!” Pensó, observándolo. Y después:

“¡Quizás el golpe en la cabeza me ha dejado el cerebro dando vueltas! Tal vez un buen baño me aclare las ideas”.

Salió de la habitación y caminó por los inmensos pasillos. Una música exótica, emitida por aparatos estereofónicos, inundaba dulcemente cada esquina; en todas partes reinaba una penumbra fresca y atenuada.

“¿Y quién se daría cuenta aquí que se encuentra bajo el sol del trópico? Han conseguido desnaturalizarlo todo con la tecnología!” Pensó Álex, apareciendo por el hall, todavía lleno de gente que conversaba tranquilamente reclinada sobre mórbidos sofás color crema. Fuera, un túnel de palmeras y de esteras multicolor, extendidas para proteger a los huéspedes del fuego solar, llegaba hasta las piscinas con forma de orquídea, alrededor de las cuales se exhibían jóvenes hercúleos y espléndidas chicas con bañadores pequeñísimos.

«Parece que todas las divas y los play-boys de la tierra se han reunido aquí». Masculló Álex, a media voz, avanzando entre la multitud medio desnuda y bronceada y lanzándose

inmediatamente. El agua azul y templada lo envolvió como una caricia; emergió y, con pocas brazadas, se dirigió a la escalerilla. Pero una risa lo clavó en el primer escalón: miró hacia arriba, molesto, y vio, sentado al final de la escalerilla, con el cuerpo pálido sobre el que se dibujaban, nítidas, las costillas, la barba desarreglada y los pies colgando en el vacío, al doctor Erick, que lo miraba, riendo, tras sus gafas.

«¿De qué te ríes?» Preguntó Álex, ofendido.

«He visto cómo has hinchado el tórax para hacerte el fuerte» Se burló el doctor. «Querías hacerle la competencia a esos, ¿eh?»

Se quitó la pipa de la boca y señaló a los jóvenes hercúleos, que se exhibían en el trampolín.

«¡Eres el mismo burro vikingo de siempre!» Estalló Álex, subiendo la escalerilla y sentándose junto a él.

El doctor no se inmutó: se rascó la barba, después dijo:

«Matilde te buscaba».

«¿Y me lo dices ahora? ¿Dónde está?» Estalló Álex, impaciente, poniéndose en pie de un salto.

«¡Eh, qué bríos! Estaba a punto de salir y quería despedirse de ti... aunque eso vaya contra el reglamento». Dijo el doctor Erick, burlón.

«¡Deja ya las bufonadas! Dime dónde está».

«Hace dos minutos estaba en una sala-bar color langosta, rodeada de espléndidos especímenes»

«¡Podías habérmelo dicho inmediatamente!» Se enfadó Álex, dispuesto a largarse corriendo, mordido por los celos.

«¡Pero déjame terminar, loco! Rodeada de espléndidos especímenes de... palmeras!» Rio el doctor Erick, ampliamente, tras sus gafas centelleantes.

«¡Burro vikingo!» Repitió Álex, riendo él también, aliviado, y salió corriendo.

«*Ve, ve, pobre untadorcillo*» Le gritó desde detrás el doctor Erick, en italiano, haciendo que muchas cabezas curiosas se giraran. Pero Álex ya no lo escuchaba: se vistió de nuevo como un rayo y corrió a buscar a Matilde. La encontró en el bar, hablando con Dolly.

«¡Oh, dear, my dear». Gorjeaba la viejecita, cuando lo vio. Corrió hacia él y lo abrazó, con los ojos que reían de alegría, tras el estrafalario velo rojo del sombrero. «Nosotros vamos todos a Acapulco, mañana; todos, todos». Hizo con un amplio gesto de entusiasmo; después batió las manos de la alegría:

«Yo no, yo me quedo aquí». Dijo Álex.

«¿Tú no salir con nosotros? Entonces también Dolly no salir» Su cara arrugada perdió toda alegría.

«¡Pero esta tarde yo cantaré para ti, Dolly, porque you are, tú eres la mujer más bonita del mundo, the most beautiful girl!» Le dijo Álex, besándole la mano, con gesto caballeresco. Y Dolly se iluminó toda de nuevo.

En aquel momento apareció el mayor de los hermanos texanos, todo engalanado en una bata de playa con grandes cuadros rojos y verdes, y Dolly echó una carrerita para llegar a su lado y colgarse de su brazo.

Salieron juntos, él altísimo, con largas piernas, ella pequeña y dando saltitos.

«Es como una niña». Comentó Álex, siguiéndola con la mirada.

«Me da mucha pena». Dijo Matilde.

«¿Por qué pena? Dolly, a su manera, es feliz, como un gorrión: le basta con revolotear un poco por aquí, un poco por allí, para recoger una brizna de simpatía, de afecto. Yo pienso que, en la soledad de su vejez, Dolly consigue ser feliz, porque es ingenua y quiere a todo el mundo».

«Yo no conseguiré jamás aceptar la idea de la vejez. Le tengo pánico al decaimiento físico». Dijo la chica, con la voz temblorosa.

«Lo sé, la vejez es una enfermedad terrible – lo dice siempre el doctor Erick –. Nos corresponde a nosotros hacernos fuertes contra la soledad, aceptando con serenidad la distinta dimensión existencial... ¡Pero ya basta con los discursos tristes! Dime tú, ¿es verdad que te vas mañana?»

«Sí: el doctor Erick me ha dado un puesto en el autobús que tocará Puerto Vallarta, Zihuatanejo, Acapulco... Dedicaremos una jornada al interior, para ver los templos maya...»

«Me sentiré solo, sin ti»

«Yo también...». Confesó Matilde; pero rápidamente apartó la mirada, enrojeciendo.

«¿Pensarás en quién... se queda esperando...?» Preguntó Álex, lentamente.

La cabeza de Matilde hizo el signo de sí y el corazón del joven se puso a dar saltos de alegría.

Después los dos, avergonzados, se volvieron para mirar a un grupo de bailarines indígenas que estaban entrando en la sala-bar, envueltos en pintorescos trajes de colores vivaces: habían sido llamados por la dirección del hotel para que, a medianoche, alegraran, con su música y sus bailes folclóricos, las fabulosas vacaciones de los pasajeros.

CAPÍTULO TERCERO

Aquella noche llovió; una lluvia estrepitosa, torrencial, que inundó de golpe las calles y cesó pronto, alejándose tan rápido como había llegado, dejando tras de sí la tierra pesada, las palmeras brillantes, la arena lisa.

Cuando Álex salió temprano por la mañana del “Camino Real”, el sol ardía de nuevo implacable en el cielo terso y la tierra fumaba.

Los autocares con los pasajeros del crucero habían salido al amanecer y todo estaba en paz y en silencio en el hotel, donde los ricos veraneantes dormían todavía para recuperarse del cansancio de una noche de bailes y juerga; bajo el tucul, las hamacas se balanceaban dulcemente con la brisa que venía del mar. Álex respiró a pleno pulmón el aire limpio de la mañana y se dirigió hacia la calle principal, buscando un transporte que lo llevase a la ciudad.

Por la frondosa colina, todavía reblandecida por la lluvia, vislumbró, pasando, a *crazy* Dick: iba todo vestido de blanco, a la mexicana, con un ancho sombrero en la cabeza, y estaba “hablando” tranquilamente a un enorme pelícano que, con las alas abiertas, el pico al aire, inmóvil, lo miraba atentamente.

«¡Querido viejo loco!» Se enterneció Álex, alejándose. Se volvió alguna vez más para mirar: el hombre y la bestia seguían allí, inmóviles, mirándose: dos extrañas figuras blancas recortadas en el cielo turquesa.

«¿Qué se estarán diciendo?» Se preguntó Álex, perplejo, rascándose la cabeza.

Pasaba en aquel momento, tocando la bocina, un autobús destartalado: en cuanto el conductor lo vio le hizo un gesto amigable de saludo y frenó bruscamente; el autobús se encabritó como un caballo desbocado, y fue a parar a pocos milímetros de Álex, que se montó. El hombre rio, bajo los bigotes negros, y se volvió completamente para decirle:

«¡Buenos días, amigo! Yo soy Celerino Fuentes!»

«¡Buenos días y gracias!» Respondió Álex, manteniendo el

equilibrio con dificultad, mientras Celerino, alegre y sonriente, lanzaba a una velocidad loca su trasto, a esa hora vacío, por las calles desiertas.

Después la ciudad les salió al encuentro, con sus callejones tortuosos, fétidos, que la reciente lluvia había inundado, dejando atrás enormes charcos. Fumaban los techos de las casas al salir el sol, mientras una miríada de niños semidesnudos chapoteaba en el fango, entre cerdos que gruñían y gallinas que aleteaban. Bajo la luz del día, todos los colores de la tierra, del cielo y el mar, ya de por sí cálidos y violentos, parecían más ruidosos, deslumbrantes.

En la esquina de uno de esos míseros callejones, sentada en el umbral de una tienducha de frutas tropicales, la niña de los cabellos color panoja comía una gruesa rebanada de sandía.

En cuanto Álex la vio, gritó al conductor para que parara. Celerino Fuentes asintió gravemente con la cabeza y, con una frenada de infarto, clavó el autobús, entre un revoloteo de gallinas asustadas, despidiéndolo con un sonoro:

«¡Hasta la vista, amigo!»

«¡Hasta la vista, Celerino!»

El autobús reemprendió la marcha como un rayo, con un clamoroso chirriar de neumáticos, mientras Álex se acercaba a la niña, que levantó los ojos, lo reconoció y le sonrió, tímidamente. Por el suelo, juntos a ella, había un canasto lleno de saquitos de palomitas de maíz.

«Hola». Le dijo Álex, alegremente.

«Hola». Le dijo la niña, seria.

«¿Cómo te llamas?»

«Alicia». Y después, mostrándole con un gesto de la cabeza las palomitas de maíz:

«¿Quieres?»

«Sí».

Rápida, Alicia puso en el suelo la rebanada de sandía, que de inmediato fue divisada y asaltada por una gallina famélica que comenzó a picotear la olorosa pulpa; después se limpió las manos en el vestidito rosa y se puso a hurgar en el canasto:

«¿Cuánto?»

«Dos».

Con un grácil gesto, la niña sacó dos saquitos de palomitas de maíz:

«Un peso». Dijo.

«No tengo pesos. Tengo solo un dólar». Dijo Álex, extrayendo el dinero del bolsillo. La niña lo miró fijamente y negó con la cabeza:

«Un peso». Repitió.

«¡Pero un dólar es más que un peso!» Trató de explicarle Álex, poniéndole el billete en la mano. Después cogió dos saquitos húmedos y se alejó, a paso ligero, para no dar tiempo a la niña de pensárselo. Había recorrido pocos metros cuando escuchó tras de sí el arrastrar de unos pies: Alicia, con el gran canasto en equilibrio sobre la cabeza, lo estaba siguiendo. Lo alcanzó, lo agarró por un brazo, mientras que con la otra mano intentaba volcarle el contenido del canasto en los bolsillos.

«¿Qué haces?» Rio Álex, protegiéndose. «¿Te has vuelto loca? ¡No quiero todas estas palomitas!»

La niña dijo, seria:

«Tú has pagado estas palomitas; ¡estas palomitas son tuyas!» Y se lo volcó literalmente encima. Después se fue, altanera como una pequeña reina ofendida, dejándolo de piedra, todo rodeado de saquitos de plástico, que se mojaban dulcemente en un charco.

«¡No dejarán nunca de sorprenderme estos pequeños mexicanos!» Masculló Álex, alejándose rápidamente.

Al girar la esquina, sin embargo, una nueva escena insólita le hizo detenerse de nuevo: frente a una tienducha de suvenires estaba aparcado un lujoso coche americano, rodeado por una muchedumbre de niños mexicanos, que se esmeraban por lavarlo: uno le echaba agua encima, otro secaba el parabrisas, otro daba brillo al parachoques, otro limpiaba las ruedas. El más pequeño – un crío de no más de tres años – era usado como... ¡limpia techos! Como ninguno de los otros del grupo conseguía llegar al techo del enorme paquidermo gris-plata, levantaban al niño por turnos y lo izaban sobre la capota donde, bocabajo, se afanaba por limpiar el techo; resbalaba de una parte a otra,

donde innumerables manos le esperaban para cogerlo y volver a empujarle en la dirección opuesta: ¡de aquí a allá, de aquí a allá, como un cepillo humano!

Cuando el propietario del coche salió de la tienda, la bandada de niños lo asaltó con descaro:

«¡Coche limpio, señor!»

«¡Un peso, señor!»

«¡Un peso!»

«¡Un peso!»

Álex se alejó riendo, mientras el hombre, incordiado, intentaba en vano desembarazarse de los críos. Solo el más pequeño, el “cepillo humano”, no se preocupaba por la propina: apoyado en la puerta, acariciaba dulcemente la manilla, con aire de adoración.

Álex reía todavía para sí, cuando apareció por el callejón donde Felipe tenía su banco de limpiabotas: lo encontró acurrucado en su taburete, como un rey en el exilio.

En cuanto lo vio, Felipe bajó de su caballete y corrió hacia él, con una gran sonrisa:

«Buenos días. ¿Estás solo?»

«Solo, sí».

«¿Y tu hermosa señorita?»

«Se ha ido».

«Te esperaba». Dijo Felipe, serio: «Y he dado licencia a los otros para que trabajen en el puerto, por su cuenta».

Escondió con rapidez su taburete entre la maleza, tras un muro; después se puso a ordenar sus cepillos – el blanco para los zapatos de piel de cabra, el de terciopelo para la ropa de las ocasiones especiales – los cordones, los tubos de crema, las cuchillas, bajo la atenta mirada de Álex, quien observó, en un momento, con pena:

«Pero si tú vienes conmigo, perderás las ganancias de una jornada. Yo te puedo dar solo un dólar».

«Me conviene». Respondió Felipe, cargándose al hombro sus instrumentos. «Para hoy Poco tiene pescado para todos».

«¿Quién es Poco?»

«Mi amigo».

«¿Y mañana?»

Felipe entreabrió los labios con una sonrisa espléndida:

«¿Quién sabe?» Dijo alegremente.

Y después, con aire preocupado:

«¡Vamos, amigo! A las iguanas no les gusta la lluvia. Si el terreno es húmedo, se ocultan». Calló durante un momento, pensativo. De nuevo su cara se iluminó de nuevo: «No importa: subiremos encima de la colina: ¡Allá estarán seguro, las iguanas!»

Y se encaminó, decididamente, por callejuelas empedradas, seguido por Álex.

El sol subía rápidamente en el cielo y un calor intolerable emanaba ahora de la tierra oscura.

Hombres y mujeres, entorpecidos por el bochorno, estaban acurrucados frente a sus pobres casas y levantaban la cabeza a su paso. Una vieja, envuelta en un chal azul, hurgaba entre las cenizas de una hoguera del día anterior e intentaba reavivar la llama, soplando sobre un puñado de ramas para cocer, sobre la hoguera, una tortilla de harina de maíz.

Más allá, un hombre pequeño y moreno, sentado sobre sus talones en el umbral de casa, con los pies desnudos en las sandalias hechas girones y la camisa blanca bañada en sudor, comía tranquilamente una tortilla enrollada, rellena de frijoles, mojándola de vez en cuando con un sorbo de pulque. Un perro callejero, con el lomo contraído por la codicia de la comida, lo vigilaba; pero ni siquiera una migaja cayó de las manos del hombre y la pobre bestia volvió la cabeza y se puso a seguir atentamente con la mirada el vuelo bajo de dos palomas.

Algunos niños jugaban silenciosamente en los umbrales, entre cúmulos de inmundicia; las esteras, pesadas por la lluvia, estaban levantadas en dirección al sol para secarse.

«Allí está mi casa». Dijo Felipe, indicando una casucha informe, idéntica a las que estaban alrededor.

En cuanto lo vio, una vieja con el rostro moreno, arrugado, envuelta en una mantilla gastada, que un día debió tener colores muy vivaces, se levantó del umbral, donde estaba sentada, y les salió al encuentro, toda doblada en dos, hundiendo los pies delgadísimo en el fangal, con los ojos que le brillaban con

una luz extraña en lo profundo de las órbitas. Cogió la mano de Felipe y le habló con voz ronca, emocionada, en un lenguaje incomprensible. Felipe le respondió en la misma lengua y la vieja, iluminándose por completo, hizo un rápido adelante y atrás y corrió, cojeando, hacia el cuchitril cercano. Felipe entonces lanzó un silbido; al momento la estera se levantó y un chico, alto y menudo, apareció por el umbral.

«Poco, ¿has pescado ya?» Le preguntó Felipe.

El chico le hizo un gesto afirmativo.

«¿También para la abuela Inés y para Pollito?»

Otro signo de asentimiento.

La vieja, escuchando que había pescado también para ella, dejó ver con una sonrisa las encías desdentadas y se quedó esperando junto al umbral.

Poco salió un momento después, con un gran pez, y se dirigió hacia un claro, donde había restos de numerosos fogatas, con la vieja siguiéndolos. Algunos niños, viéndolos, dejaron inmediatamente sus juegos y se amontonaron alrededor del chico, que intentaba encender el fuego para asar el pescado.

«¡Hoy Poco; mañana, yo!» Explicó Felipe, simplemente. «El pez es grande».

El fuego había empezado a chisporrotear y un agrio olor de humo se expandía por el aire inmóvil. Todos callaban ahora, la abuela y los críos, absortos en la contemplación del pez que se doraba, lentamente, en la llama.

En esas apareció por el umbral de la casa de Felipe una mujer todavía joven, pero gorda y marchita, que miró a Álex con grandes ojos negros, velados de cansancio.

Tenía envuelto en el pliegue de un chal a un niño con la cabeza inusualmente grande. Felipe le dijo algunas palabras y la mujer asintió. Mientras tanto, el pequeño había vuelto la cabeza hacia el patio: vio al grupo que permanecía atento a toda fase de la cocción del pescado y se puso a patalear con fuerza para que la madre lo pusiera en el suelo; entonces, caminando a cuatro patas, con el culito desnudo al viento, corrió a gatas hacia el claro.

«Pollito, Pollito». Llamó Felipe.

Pero ni el pequeño ni la madre se inmutaron. Inmóvil

sobre el umbral, apoyada en el estípite, los brillantes cabellos negros divididos en dos colas compactas alrededor del rostro, con las manos apoyadas en el vientre, la mujer miraba y callaba.

Felipe se echó a reír:

«Tiene una nariz infalible para el pescado, Pollito. ¡Ah, aquí está Conchita!»

Álex se volvió en la dirección en la que Felipe estaba mirando y entonces vio a Conchita, una chica alta, muy guapa. Estaba entera vestida de blanco y tenía el pelo liso y negro, como su madre, que le caían divididos en dos, engalanados con lazos y flores.

Avanzaba con paso altivo y agraciado a la vez, y toda su persona emanaba un aire de superioridad y de real indiferencia.

«Parece una divinidad antigua». Pensó Álex, sorprendido.

«Concha, mi hermana». Explicó Felipe, señalándola.

Después la llamó y la chica se dirigió hacia ellos, sin aligerar el paso.

«¿Qué quieres?» Preguntó al hermano, con un susurro, seca.

«Este es Alessandro, mi buen amigo italiano». Explicó Felipe sonriendo, mientras señalaba a Álex, que intimidado por la mirada altiva de Concha, gruñó, de mala gana:

«Buenos días, señorita».

Conchita hizo un ligero gesto con la cabeza:

«Encantada».

En ese momento apareció de nuevo Pollito, siempre caminando a cuatro patas, con la carita manchada y sonriente; Concha se agachó, lo cogió en brazos y entró con él en la casa, seguida por su madre.

La estera roja cayó tras de ellas y a Álex le pareció que, una vez que había desaparecido la chica, la luz del día había disminuido.

«¡Es muy bonita, tu hermana!» Dijo con admiración.

Felipe asintió, orgulloso.

«¿Qué hace tu hermana?»

El chico lo miró como si no entendiera.

«Quiero decir: ¿En qué trabaja?» Explicó Álex.

«¿Quién? ¿Conchita? ¡Nada! Conchita es hermosa. Conchita es una muchacha. Su novio la sustenta». Y después, viendo que Álex no entendía, añadió, con seriedad: «Su novio es rico, es licenciado. Concha tiene una casa “media”, con mucho mobiliario. Solo la señora Engracia, la primera mujer, tiene una casa “grande”, mayor y confortable.

Mientras decía esto dejó sus instrumentos junto al umbral de la casa y exclamó:

«¡Y ahora, vámonos! El sol ya está alto». Le indicó un sendero que serpenteaba entre las casuchas, adentrándose en una especie de ralo bosquecillo, y añadió: «Por allí el camino es más corto!»

Dieron la vuelta a la casa y fue entonces cuando Álex se dio cuenta de la presencia de otro niño, de cinco o seis años: estaba tirado por el suelo con aire cansado, bajo un agave, y parecía que dormía. Llevaba una camiseta pequeña, que le dejaba al descubierto el vientre moreno e hinchado, unos vaqueros gastados y una par de enormes zapatillas de tenis deshilachadas. Cuando estuvieron cerca, Álex se dio cuenta de que el niño no dormía: brillaban, en la cabeza demasiado grande, dos ojos, negrísimos, brillantes de fiebre. Tenía la cabeza apoyada en un hombro y seguía con la mirada a dos hormigas que le paseaban por el ombligo.

Al escucharlos llegar, movió un poco los ojos y los observó con una mirada profunda, que parecía ver más allá de las cosas.

«Es Jesús». Explicó Felipe, señalándolo. «Mi hermano enfermo».

«¿Qué tiene?» Preguntó Álex mirando al niño, que había apartado la mirada y seguía el camino de las dos hormigas con el dorso de la mano.

Felipe se encogió de hombros y dijo, simplemente:

«¿Quién sabe? Jesús tiene siempre fiebre. Jesús morirá pronto».

Un escalofrío recorrió la espalda de Álex, que miró consternado a Jesús, que levantó por un momento su vista adulta, consciente: después volvió a concentrarse en las hormigas.

«Pero... ¿no habéis llamado a un médico? ¿No lo vais a

curar?» Preguntó, espantado.

Felipe se encogió de hombros de nuevo:

«No tenemos dinero... Y después aquí muere un gran número de niños...» Observó tranquilamente. Se inclinó sobre el hermano y le sonrió afectuosamente; después le tocó el costado y levantó una pequeña cosa con pelo:

«Es un chihuahua, de raza». Dijo, mostrando a Álex un minúsculo perro de pelo leonado, en el cual sobresalían dos grandes ojos tristes.

El perrito, contrariado, apretó los dientes, minúsculos como granos de arroz, y emitió un pequeño gruñido amenazante. Entonces Felipe lo dejó sobre el pecho de Jesús y el chihuahua se acomodó, calmado. Jesús, sin volver la cabeza, posó su mano sobre la bestiecilla, casi como para protegerla, y cerró los ojos. También el chihuahua cerró los ojos, y ambos se adormitaron bajo la gran luz del día.

«Vamos». Dijo entonces Felipe.



CAPÍTULO CUARTO

En aquel momento se oyó un petardeo iracundo y un autocar, conducido peligrosamente por un mexicano de mediana edad, pequeño y moreno, apareció por la callecita: a bordo, sepultados bajo enormes y brillantes sombreros bordados de plata, reían, a carcajadas, las caras alegres de los tres hermanos mexicanos. En cuanto vieron a Álex, se pusieron a gritar al conductor:

«¡Alto, alto!»

El hombrecillo asintió con la cabeza y de inmediato clavó su transporte, a un palmo de Álex, levantando una gran polvareda; después los examinó a todos, triunfalmente, como diciendo:

«¿Has visto qué rapidez de reflejos?»

Los tres bajaron con dificultad con sus canastos y se pusieron al lado de Álex para mostrarle sus adquisiciones: una estera de fibra pintada a mano, con grandes pavos rosa; una cabeza de madera con la forma de un dragón; un reloj solar, hecho de piedra, de estilo azteca; tres enormes ponchos de lana pura. Hablaban y se daban codazos, emocionados, mientras Álex intentaba cubrirse para que no le cayeran encima todos los suvenires, mientras Felipe los miraba con la boca abierta, asombrado:

El chihuahua oyó el jaleo, abrió un ojo, apretó los dientes y se puso a gruñir en dirección a los tres. Los mexicanos se volvieron, lo vieron y se abalanzaron sobre él, exclamando:

«¡A dog!»

El más viejo, conmovido por semejante miniatura, lo cogió por el pescuezo y lo levantó, con la mayor delicadeza posible; después lo mostró a los hermanos, exclamando:

«¡A dog! A little dog; a dog pequeñísimo!»

Y se enterneció hasta llorar.

Jesús había abierto los ojos también él y los miraba, con una mirada negra, indescifrable.

«How much?» Preguntó entonces el hombretón,

volviéndose hacia Felipe.

El chico no respondió.

«¿Cuánto?» Insistió el texano, pensando que el otro no había entendido su intención de adquirir el chihuahua.

Felipe negó con la cabeza:

«El perrito no se vende».

«¿No se vende? ¿Por qué?» Preguntaron los otros dos, a la vez, maravillados.

«El perrito es de mi hermano». Explicó Felipe, señalando a Jesús, que no se había movido y continuaba observando al grupo con esa mirada que iba más allá de las cosas.

El más viejo, sin embargo, no quería ceder:

«Yo want the little dog!» Exclamó: «Quickly: give me el perrito pequeñísimo!»

Y después, viendo que Felipe era inamovible, sacó de los bolsillos puñados de dinero y los agitó al viento, agitado, ante las narices del chico, gritando:

«¿Cuánto, cuánto?»

Hubiera estado dispuesto a pagar cualquier suma por ese minúsculo perro, que lo miraba con ojillos entrecerrados por la cólera.

Felipe, que realmente no había visto jamás en su vida tanto dinero, rechazó con dignidad la mano que se lo refregaba por la cara; cogió al perro, lo puso en el pecho de Jesús, diciendo:

«El perrito es de Jesús: el perrito no se vende, porque Jesús está enfermo y pronto morirá». Los tres hermanos se pararon de momento, incrédulos; después, pensando que no habían entendido bien, comenzaron a hablar todos a la vez, gesticulando, agitados, sacando más billetes, con la vana esperanza de convencer al chico.

Con el griterío, habían aparecido por el umbral la madre y Conchita y ahora ambas, apoyadas en el marco, miraban a lo lejos, en silencio.

El hombre del autocar, que había permanecido mirando en silencio, apoyado sobre su trasto, entró entonces con decisión en el grupo y se puso a vociferar que estaba harto de esperar, que quería irse, que le estaban haciendo perder otros clientes; los tres

hermanos, resignados, lo siguieron abatidos.

Antes de subir al autocar, el mayor de los tres hermanos se giró una última vez hacia Felipe, con sus billetes al viento:

«¡Más dinero! ¡Tengo más dinero!» Repitió, desolado por no haber podido regalarse ese pequeño ser, que, a su regreso, habría hecho las maravillas de todos los amigos.

El autocar aceleró con un rugido y desapareció en la curva entre una nube de polvo.

«Vamos». Ordenó Felipe, decidido.

Se adentraron por un sendero que, por medio de las bajas casuchas, serpenteaba en dirección a una colina, atravesando campos sin cultivar, con agaves gigantes esparcidos. Lejos, en la bruma de la calda mañana, brillaba la banda de asfalto de la carretera, sobre la cual pasaban veloces los bólidos ruidosos, casi todos con matrícula estadounidense.

A medida que avanzaban hacia las colinas, las casas iban desapareciendo y pronto no hubo más que desierto a su alrededor; de hecho, encontraron solo un burrito, cargado de odres, que cojeaba con la cabeza agachada por el sendero, llevando sobre su lomo a una mujer con un niño envuelto en un chal, mientras otro chico lo llevaba por el bozal, procediendo cautamente entre las plantas espinosas.

«Por aquí». Dijo Felipe, cuando vieron un camino de piedras que se perdía en un charco pantanoso, entre la maleza de cañas y bajos arbustos:

«La colina de las iguanas está detrás del pantano»

Saltaron un recinto, atravesaron un desolado campito, donde un mexicano cansado, con la mirada perdida bajo el sombrero, empujaba a un delgado rocín que arrastraba un arado rudimentario, cuya hoja chocaba de tanto en tanto contra las piedras. Un poco más allá, sentados a la sombra de una casucha, dos niños vieron pasar a los dos, con ojos atentos, sin dejar de comer la tortilla que tenían en la mano.

Finalmente, llegaron al principio del páramo, que emitía un humo denso bajo el sol.

De pronto, un sonido de cascos se escuchó a sus espaldas;

Álex se volvió y vio, tras de ellos, a un joven y una chica, vestidos de jinetes, que galopaban sobre dos hermosos potros de raza, seguidos por dos niños semidesnudos que corrían por fosos y zarzales, sin perderlos de vista un solo instante:

«¿Pero qué hacen?» Preguntó maravillado, señalando a los dos chicos.

«¡Ah! ¿Aquellos? Vigilan los caballos». Dijo Felipe, para nada extrañado.

«¿Por qué?»

«¿Por qué?» Felipe rio de la ingenuidad del amigo. Le explicó:

«Llevan los caballos a su patrón».

Y después, viendo que Álex todavía no lo entendía:

«Los turistas alquilan los caballos para galopar en el pantano. En ese caso el dueño de los caballos manda a los ayudantes, ¡así no pierde ni el dinero ni los caballos!» Rio de corazón, a carcajadas.

«¿Y los chicos corren siempre así, detrás de los jinetes?»

«Sí: yo también lo hacía el año pasado. Es necesario seguir a los jinetes, cobrar el dinero, devolver a los caballos a su establo...□»

«¿Y cuánto ganabas?»

«Dos... tres pesos. Pero mira allí abajo: allá están las arenas movedizas, ¡muy peligrosas!»

Y señalaba el agua pantanosa que brillaba, siniestra, entre una maraña de hierbas acuáticas. Se acercaron con cautela y Felipe, que precedía vigilante al amigo, lo detuvo agarrándolo por un brazo sobre un dique duro, que los separaba de las insidiosas arenas movedizas:

«Mira: es la laguna Caimanero. Aquí hay pájaros muy bonitos». Dijo Felipe. Y después le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio y esperara; se alejó entre el cañaveral, apartó con delicadeza la hierba y mostró a Álex dos minúsculos periquitos de colores relucientes. Los observó durante algunos instantes, con ojos brillantes de entusiasmo, aguantando la respiración; después cerró de nuevo la verde cortina:

«Espléndidos, ¿no es verdad?» Dijo en voz baja, volviendo

hacia Álex.

«Si vienes conmigo, verás el barquito de los piratas». Dijo misteriosamente, moviéndose ágil y silencioso como un gato.

«¿El barco de los piratas?» Repitió Álex, sin comprender.

«Sí: antiguamente los piratas asaltaban los galeones españoles; después, esperaban la marea alta y se refugiaban en la laguna: allá está mi casa».

Lo cogió por un brazo, con inesperada impaciencia, y lo arrastró a lo largo del dique, entre cañas que eran cada vez más altas e intrincadas. Sobre el agua verde, que pululaba de insectos, se esparcían miles de hojas de ninfas, brillantes y enormes. Inmóviles sobre las cañas, dormían grandes luciérnagas, con las alas plegadas, las luces apagadas, en el bochorno del pantano.

Después las cañas les cerraron el paso, agrediéndolos por todos lados. Felipe sacó entonces un largo machete abriéndose camino entre los jacintos acuáticos y la alfalfa, con amplios y enérgicos gestos. Una vez superada la barrera, apareció a lo lejos la cegadora superficie del océano, contra la que se dibujaba, semi sumergido en las aguas putrefactas y las hierbas, un antiguo barco:

«¡Mi casa!» Dijo Felipe, con la voz llena de orgullo.

Saltó impetuosamente al agua que, en aquel momento, le llegaba a las pantorrillas, entre un ir y venir de pájaros y renacuajos; alcanzó el barco y lo trepó.

Álex, inmóvil en el dique seco, lo miraba.

«¿No vienes?» Lo invitó Felipe, desde lejos, de pie sobre el barco.

«Preferiría no mojarme». Rio Álex, mirando sin entusiasmo el agua turbia, que pululaba de insectos.

«Ven, amigo». Rebuscó un poco por el fondo del barco; después se puso en pie de nuevo exclamando: «¡Mira mi hamaca!» Y desenrolló ante él una red rojo coral.

Entonces Álex se resignó a entrar en el agua templada, después de haberse enrollado los pantalones hasta las rodillas, entre un incesante hervidero de insectos que recorrían las largas hojas de ninfas.

Al verlo venir, Felipe aplaudía con entusiasmo, emocionado

como un niño:

«Mira: ¡si viene la lluvia estoy seco!» Le explicó alegremente agitándole ante sus narices una estera indígena tejida a mano con colores brillantes. «¡Y tengo también luz, para las noches sin luna!» Y mientras decía esto hacía oscilar una lámpara de minero sobre su cabeza.

Álex sonrió:

«Eres un chico afortunado».

Felipe asintió serio. Después echó a un lado la manta tirada para, saltó del barco y dijo, con gesto decidido:

«¡Vamos a ver las iguanas!»

Se acercaron al dique ante el bajo vuelo de las gaviotas:

«Allá, abajo, fuera del Cerro del Crestón, cerca del Faro, está la caverna en la que los piratas ocultaban sus tesoros». Dijo Felipe, con los ojos brillantes, señalando una roca desnuda que se erguía rugosa y desnuda al sol: «Por la noche, cuando el mar está bueno, se oyen sus voces». Susurró.

«¿Sus voces?»

«Sí: las voces de los piratas». Confirmó Felipe, con convicción. Y después, voluble:

«Vamos: ¡las iguanas no deben esperar!»

Atravesaron corriendo una playita con forma de luna, de arena blanca, donde el agua iba a morir dulcemente entre escollos negros. Sobre uno de ellos un gran pelícano, inmóvil, con las alas colgando, miraba fijamente el vuelo de los gavilanes sobre su cabeza.

Se dirigieron por una estrecha garganta escarpada: más allá, nítida contra la roca turquesa del océano, emergía la colina, toda cubierta de iguanas. Había miles, posadas sobre las roca, vagas y aturdidas por el sol: ¡una alfombra viviente!

«¡Míralas allí, las iguanas!» Se emocionó Felipe. Y en voz baja: «Ven, amigo: ¡las iguanas no deben vernos!».

Lo cogió por un brazo y lo arrastró con fuerza a la sombra de un fresco matorral de alfalfa: «Desde aquí se distinguen muy bien». Dijo, contento, lanzándose a la arena.

Álex lo imitó y los dos callaron por largo tiempo, observando, en la paz del cielo y el mar, los lentos desplazamientos

de las iguanas crestadas: algunas dormían plácidas, con la larga cola extendida; otras se arrastraban vagamente por la roca caliente; otras se distinguían, inmóviles y nítidas, contra el espléndido cielo. Felipe suspiró:

«Ahora es el momento de la ballena blanca». Y, como Álex callaba, con los ojos cerrados, aturdido por el calor y la paz que sentía propagarse dentro de sí, continuó: «Cuando el sol está en su punto más alto, la ballena blanca aparece cerca del Cabo de San Lucas... baila un poco en la superficie del agua; después desaparece...»

«¿Pero tú has visto de verdad a la ballena blanca?» Preguntó Álex, incrédulo, con los ojos cerrados.

«¡Sí, señor! Dos veces. ¡Estaba en medio del mar, hermosa, una montaña blanca de espuma!» Dijo Felipe, con voz emocionada, sin quitar la vista de la cegadora superficie marina.

«La abuela Inés, que es nómada, dice que, cuando aparece la ballena blanca, el que la mira muere en un año; él o alguien de su familia». Concluyó Felipe, simplemente.

Hubo un largo silencio; después el chico exclamó excitado, cogiéndolo por el brazo:

«¡Mira, un lobo de mar!»

Álex abrió los ojos y vio, a los pies de la colina de las iguanas, un enorme animal barbudo y lento salir del agua.

«Sobre las rocas de Mazatlan hay numerosas familias de lobos de mar». Dijo Felipe, siguiendo con los ojos los movimientos de la bestia, que ahora se había tumbado al sol, sobre la roca viva. Después volvió los ojos de nuevo hacia el horizonte, donde la línea del océano se confundía con el cielo, y pareció quedarse pasmado, en la gran paz, rota solo por los chillidos de los cormoranes que surcaban volando las aguas en busca de comida.

«Pero tú, ¿no deseas tener nada más, ver nada más?» Preguntó de repente Álex al amigo, apoyándose sobre un codo para mirarlo.

Felipe lo miró por un momento, sorprendido:

«¿Y por qué debería querer yo más?»

Pensó un poco, rascándose pensativo los rizos; después sonrió y dijo:

«Sí, tengo un deseo: ver a la beata Virgen de Guadalupe y también a la serpiente con plumas de Quetzacoatl, que vigila dentro de las ruinas, encima de la ciudad muerta...»

Se sentó y preguntó con vivacidad:

«¿Sabes la historia de la beata Virgen de Guadalupe?»

Álex, con los dedos entrelazados bajo la cabeza, los ojos cerrados, hizo un signo de negación:

«No, cuéntala.»

«Fue hace siglos: un pastor maya estaba con sus ovejas en un altiplano cuando, en un rayo luminoso, vio a la santísima Virgen, sobre la hierba, con sus manos llenas de flores. La Virgen dijo al pastor: “Yo deseo un santuario sobre la montaña”».

«El pastor, con la cara a ras del suelo, dijo tembloroso: “¿Cómo podré, Virgen, ser yo escuchado? La gente dirá que es un sueño, que soy un mentiroso”. Entonces, la Virgen sonrió y toda la tierra se llenó de esplendor. “Has dicho palabras justas, pastor: ¡ Mete estas flores en tu sarape!” Y la Virgen dio al pastor las flores que tenía entre sus manos; ¡después desapareció!»

«El pastor, con todas las flores en su sarape, corrió abajo, al valle, y llamó a la puerta del obispo. Abrió el sarape, pero no había ninguna flor, sino que en su puesto estaba, pintada en su sarape, la imagen de la santísima Virgen de Guadalupe... Y así, sobre el altiplano, fue edificado un santuario espléndido...»

Felipe calló durante un instante, soñando; después añadió:

«Sí, deseo ver el santuario de la santísima Virgen de Guadalupe.»

Se quedó mirando pensativo el océano y, con esa paz, Álex debió quedarse dormido sin darse cuenta, porque inesperadamente se sintió tirar del brazo y oyó a Felipe que gritaba, excitado:

«¡La ballena blanca! ¡La ballena blanca!»

«¿Dónde, dónde?» Masculló Álex, con la boca pastosa, mirando al mar con ojos somnolientos.

«Allá, allá». Felipe lo agarraba por el brazo hasta el punto de hacerle daño, señalándole con la otra mano un punto de la superficie marina donde algo blanco se movió por un momento, antes de desaparecer.

«Se ha ido». Dijo el chico. Y en su voz vibró una profunda melancolía. Y después, temblando de esperanza: «¿Has visto tú también a la ballena blanca?»

Álex honestamente no fue capaz de decir que sí, aunque efectivamente le había parecido ver un reflejo blanco.

Felipe añadió, con convicción:

«¡No importa! Mañana la ballena blanca vendrá otra vez, y nosotros contaremos el tiempo de inmersión con tu cronómetro». Y le acariciaba con el dedo el reloj que llevaba en la muñeca. Álex, para no desilusionarlo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Después volvió los ojos hacia la colina de las iguanas: ¡las bestias habían desaparecido todas!

«¡Ya no están!» Exclamó, sorprendido.

«¿Las iguanas? Sí: escapan todas cuando aparece la ballena blanca». Sonrió Felipe, levantándose. «Vamos, amigo; es hora de volver: el sol calienta en la playa».

Tomaron el camino de regreso, bajo la llamarada del sol: rodearon el océano, pasaron los pequeños aglomerados de casas de pescadores, con barcas alineadas sobre piedras y las redes tendidas para secarse.

Un barco de pesca estaba atracando en aquel momento y una bandada de niños salió vociferando de las casuchas y se tiró alegremente al agua, para ayudar a los hombres a acercarla a la orilla y arrastrar la red donde se agolpaban los peces; había también un pequeño escualo, atrapado en la red, y un fantástico pez vela, que los niños miraban encantado, con grandes ojos curiosos, gritando excitados:

«¡Un pez vela, un pez vela!»

Después, el pez pasó de mano en mano y todos lo examinaban y comentaban algo, mientras las cestas se llenaban de la abundante pesca.

Los hombres se divertían cogiendo los peces más pequeños y lanzándolos al aire para que los cormoranes, que sobrevolaban ávidos sus cabezas, los atraparan al vuelo. Alguno agarraba un pez y le devoraba ávidamente los ojos. Después tiraba el resto a un pelícano, que esperaba pacientemente en la orilla, con el monstruoso pico abierto, para agarrar al vuelo la presa.

Entonces la operación de desembarco llegó a su fin y los hombres se alejaron con sus cestas llenas de peces, mientras todos los niños volvían a sus cabañas con un buen pescado bajo el brazo, el premio de su fatiga.

CAPÍTULO QUINTO

«Si viera en el estado que se encuentra ese niño: ¡Está increíblemente delgado, es todo cabeza y ojos!» Exclamó Álex, mostrando el camino al doctor Erick por callejones malolientes hacia la casa de Felipe.

«Miles de niños mexicanos mueren cada año a causa de la malnutrición y de enfermedades que serían fácilmente curables». Comentó tristemente el doctor Erick.

«¿Pero el gobierno, las autoridades sanitarias, no hacen nada por esta pobre gente?» Estalló Álex, indignado.

El médico se encogió de hombros:

«Es una plaga antigua la de la mortalidad infantil, tanto en México como en otros países del Tercer Mundo. Miles de niños mueren, miles de niños nacen. ¡Una cadena infinita! A menudo los organismos oficiales no conocen siquiera con exactitud el número de habitantes. Por otra parte, los censos aquí son raros. Hay niños que no poseen siquiera un hombre, porque sus madres no los inscriben en el Registro Civil cuando nacen porque no tienen los treinta o cuarenta pesos necesarios: así, como has visto, la gente los llama Chaparro, es decir “pequeños”, Gordito, Flaco, según el aspecto que tengan. Y los niños se habitúan a este nombre: ¡eso es todo!

«Un extraño que llegue a este país tiene la sensación de inmovilismo y, al mismo tiempo, de una vida efímera: aquí cada cosa puede hacer y morir en un día: personas, cosas, sentimientos; en ciertas ciudades mexicanas, por ejemplo, se puede uno casar en una hora y se puede divorciar en un cuarto de hora, sin tantas complicaciones. ¡No es fácil para nosotros occidentales penetrar en el vivo tejido cultural de esta gente!»

«¡Pero es monstruoso que tantos niños vivan así, cada día: hay que hacer algo!» Exclamó Álex, señalando al amigo un niño que dormía sobre la acera, todo acurrucado bajo la escasa sombra de una delgada palmera, bajo la mirada indiferente de los paseantes, que simplemente pasaban por encima de él, sin sorprenderse.

«Sí, es monstruoso: son éstas las plagas del Tercer Mundo. ¡Pero no creas que existen solo aquí! Cada uno de nosotros tiene su “tercer mundo”, hecho de miseria, de subdesarrollo, de degradación, de ignorancia, en Europa, en Asia, en África, en América: el problema ha adquirido dimensiones mundiales. Existen asociaciones internacionales que luchan por eliminar el hambre en el mundo, por dar a todos los seres humanos condiciones de vida dignas y justas; pero son como un soplo de viento en un bosque: ¡sólo la copa de los árboles más cercanos tiene un poco de fresco! Por otra parte los recursos terrestres son limitados y el incremento demográfico ha asumido proporciones tan colosales que nuestra Tierra está al borde del colapso ecológico...»

«Pero si todos se esforzaran por hacer algo: los gobernantes, los jefes de Estado, los miembros de la ONU...» Objetó Álex.

«Sí, cierto: ¡es el deber de los gobernantes!» Lo interrumpió el doctor Erick, con vehemencia: «Pero también es deber del gran industrial, del magnate del petróleo; ¡es deber tuyo, mío, de todos nosotros! ¿Quién de nosotros, sin embargo, hace verdaderamente algo concreto y no se limita únicamente a cómodos, retóricos ataques de ira?»

Álex, calló, pensativo: “Sí, tiene razón: ¿pero qué hago yo?”. Y después, tras un instante, desalentado: “¿¡Pero qué puedo hacer yo?!”

Habían llegado, hablando así, ante la casucha de Felipe, la cual, bajo la luz del sol, aparecía aún más ruinosa y parecía apoyarse en las casas vecinas para no derrumbarse.

Álex no la habría reconocido si no hubiera estado la abuela Inés sentada en el umbral, junto a la estera bajada: tenía un cubo al lado y sumergía, con gesto lento, una mano negra sobre la que resaltaban, violáceas, las venas; metía un harapo en el agua y se lo extendía sobre la cabeza, absorta, con los ojos semicerrados. Junto al cubo, Pollito jugueteaba, silencioso, con una botella de Coca-Cola: la hacía rodar por la tierra, en el polvo; después la metía en el agua y la lamía ávidamente.

«Es esta». Dijo Álex.

La casucha estaba inmersa en un extraño silencio y los

dos, instintivamente, tuvieron un momento de duda antes de acercarse a la estera.

La abuela Inés abrió los ojos, los miró, pero no se movió y continuó haciéndose sus abluciones, con el agua que le corría por las mejillas arrugadas.

«Quizás Jesús está detrás de la casa, en el patio». Dijo Álex.

Dieron la vuelta a la casa, perseguidos por Pollito, a cuatro patas, que susurraba palabras incomprensibles, con aire muy alegre. Pero el patio estaba desierto y pollito dio una carrerita para explorar los restos de la fogata del día anterior, donde picoteaban plácidamente algunas gallinas; después los miró, sin saber qué hacer.

«Será mejor entrar». Dijo el doctor Erick.

«Mientras... Átropos nos lo permita». Sonrió Álex; pero la voz sonó incierta y su alegría forzada.

Se acercaron nuevamente la estera y la vieja volvió a posar sobre ellos sus ojos perdidos; después masculló, con voz ronca, algunas palabras que se perdieron entre las encías desdentadas: los dos consiguieron entender únicamente las palabras: «La flor de un día... La flor de un día» canturreada con como una oscura angustia.

«Debe estar un poco loca». Dijo Álex, perturbado. Y se puso a llamar: «Felipe, ¡ey! Felipe: ¡Soy Álex!»

«¡Ipe, ipe, ale!» Repitió Pollito, con cara sonriente: se había enroscado en sus pies y, ahora, mientras esperaba, había apoyado el culito desnudo en sus zapatos, para estar más cómodo.

La estera se levantó silenciosamente y por el marco de la puerta apareció la madre de Felipe, que los miró con sus grandes ojos negros, indiferentes. Entonces dijo, con voz ronca:

«¿Pues qué?»

«¿Dónde está Felipe?» Preguntó Álex.

«¿Quién sabe? Con el jefe, con el aguador...» La mujer hizo una larga pausa y después concluyó: «Buenos días, señores». Se dio la vuelta para irse.

«Un momento, señora: mi amigo es médico. Nosotros queríamos ver a Jesús, el niño enfermo». Explicó Álex a toda prisa, intentando retenerla.

La mujer se volvió y miró al médico: por un momento los ojos negros ardieron, en el rostro rollizo y cansado; después se apagaron y ella negó lentamente con la cabeza:

«El niño ha muerto». Dijo despacio.

Apartó el pesado cuerpo del marco de la puerta y sostuvo la estera para que entrasen.

Los dos pasaron el umbral, titubeantes, mientras la vieja continuaba mojóndose la cabeza mientras susurraba: «La flor de un día... La flor de un día»

Pollito, siempre a cuatro patas, había entrado rápidamente antes que ellos en la casa y se había echado en un camastro donde, sobre el suelo de tierra batida, todavía con su camiseta hecha jirones y las enormes zapatillas de tenis en los pies delgadísimos, estaba Jesús.

El doctor Erick se inclinó para examinarlo, mientras Álex apartaba la mirada, perturbado, y miraba alrededor: otro camastro hecho con harapos junto al muro; una mesa coja en el centro de la habitación; una estantería llena de polvo con una vajilla de barro, un poco rota y alguna silla en malas condiciones eran todo el mobiliario de la casa.

La madre, quieta sobre el umbral, todavía con uno de los bordes de la estera en la mano, seguía fijamente con la mirada cada gesto del doctor Erick, que apartó dulcemente al chihuahua, que estaba acurrucado en el pecho de Jesús, con el pelo erizado y los afilados dientecitos al descubierto en señal de amenaza, y palpó el costado del niño, que ahora parecía de madera, en la rigidez de la muerte.

«De constitución estaba sano: ha muerto por desnutrición, de abandono...» Dijo el médico, levantándose y secándose con una mano la frente impregnada de sudor. Se quitó las gafas empañadas y añadió:

«Es un delito, un verdadero delito, dejar que estas cosas sucedan». Rebuscó en la bolsa que llevaba consigo. Después se acercó a la madre y le dio algunos frascos de medicinas y de reconstituyentes, para Pollito. La mujer decía que sí a sus palabras con la cabeza agachada.

En aquel momento, la estera se levantó y apareció Felipe,

con un pequeño ataúd de madera sin trabajar sobre el hombro.

Lo puso en tierra lentamente, junto a Jesús; después se volvió hacia Álex con una pálida sonrisa:

«Buenos días, amigo».

«Felipe, lo siento, lo siento muchísimo por Jesús». Dijo Álex, conmovido. «Mira: mi amigo es médico, ¡esperaba que pudiera hacer algo por tu hermano!»

Felipe negó con la cabeza:

«Jesús sabía que iba a morir». Dijo tranquilamente.

«¿Pero por qué, por qué no habéis llamado médico, no lo habéis curado?»

Felipe extendió los brazos, con un gesto de desalentadora resignación:

“Jesús estaba siempre enfermo, siempre muy flaco...”

Se volvió hacia la madre y le habló lentamente, en un lenguaje incomprensible.

El chihuahua se había acomodado de nuevo dulcemente sobre el pecho de Jesús y le miraba ahora el rostro, con ojos que parecían llenos de lágrimas.

«Vámonos». Dijo el doctor Erick, cerrando decididamente su bolsa: «¡Aquí por desgracia no nos necesitan!»

Cuando Álex y el doctor Erick le pasaron por delante, la mujer levantó sus grandes ojos ardientes y dijo:

«Adiós».

«Adiós». Repitieron los dos.

Fuera, la luz violenta del día los golpeó con brutalidad.

Felipe los había seguido hasta fuera:

«Muchas gracias». Dijo dándoles la mano afectuosamente.

El doctor Erick no respondió y miró hacia otra parte, con la barba parecía más roja y desarreglada de lo normal.

«¿Ya os vais? Preguntó entonces el chico a Álex.

«Sí». Dijo el joven en voz baja. Y después, cogiéndolo de la mano: «Lo siento mucho, Felipe».

Felipe asintió con la cabeza. Por último añadió:

«Mañana por la mañana será el entierro en Jesús».

«Vendré». Prometió Álex, con la garganta seca.

«¡Vendrá mucha gente del pueblo: era muy bueno, mi

hermano!» Exclamó Felipe. «Será un buen funeral». Y su rostro se llenó de orgullo.

Mientras tanto había aparecido por el sendero Alicia, con su vestidito rosa descolorido: llevaba un gran ramo de jacintos acuáticos en la mano y permanecía a distancia, rascándose una pierna con el otro pie desnudo, intimidada por la presencia de los dos extraños.

Felipe el avión y corrió rápidamente hacia ella:

«Alicia, ¿viniste por Jesús?»

La niña afirmó con la cabeza, ocultándose los ojos con el ramo de flores.

«Ve a la casa: ahora mamita lo vestirá».

La niña obedeció y pasó ante Álex y el doctor Erick sin mirarlos. En el umbral cogió de la mano a Pollito, siempre presente, y juntos desaparecieron tras la estera.

La vieja Inés mientras tanto se había dormido entre una nube de moscas, con la cabeza apoyada en la casucha.

Álex y el doctor Erick hicieron un gesto de despedida a Felipe y se alejaron, con un sentimiento de vacío desaliento en el pecho:

«¡No tienen corazón!» Estalló Álex, cuando estuvieron bastante lejos.

«No: sólo están resignados. La muerte es normal en México y ellos la aceptan con simplicidad, como un evento natural. Están mucho más cerca de la naturaleza y de la esencia de las cosas que nosotros los occidentales. Somos nosotros los que tenemos miedo a la muerte, que la cargamos de significados y de terrores trascendentales». Caminaron un poco en silencio, después el doctor Erick repitió: «No, no es que no tengan corazón».

«Pero aquella indiferencia de la madre... ese ataúd basto...» Murmuró Álex.

«Ellos poseen una franqueza, una simplicidad que nosotros los occidentales, habituados a seculares convenciones sociales, confundimos con indiferencia. Recuerda que esta gente tiene todavía necesidades primarias que cubrir, lucha por la supervivencia, mientras nosotros disfrutamos de todo lo necesario y también de lo superfluo: no puede haber un único

parámetro de comparación». Calló un momento y después dijo, como hablando consigo mismo: «Se trata sólo de saber si son más felices o más infelices que nosotros... Mira: para nosotros, en Suecia, no existe el hambre, la miseria, el subdesarrollo; el Estado protege y acompaña al ciudadano desde la cuna hasta la muerte, con equitativo reparto del bienestar. Sin embargo, es muy difícil decir si el modelo de vida sueco lleva a la felicidad o a la alineación».

Una sombra se había extendido sobre su el rostro y Álex le preguntó, impulsivamente:

«¿Cómo es posible que tú, que eres tan inconformista, tan “comprometido”, has aceptado ser médico en un crucero para millonarios?»

El doctor Erick se rascó la barba, con gesto nervioso:

«Oh, es una larga historia la mía... Tenía a mi lado a una mujer, joven, hermosa, inteligente... que un día, sin un porqué, se quitó la vida...»

Hubo un largo silencio. Entonces el doctor Erick retomó:

«Y, yo... ¡yo que había estado a su lado, que la quería, que era médico, no entendí, no supe curar su depresión!» Su rostro expresaba una angustia sin nombre, y Álex se arrepintió mucho de la pregunta indiscreta.

Sin embargo, inmediatamente, el doctor Erick se recompuso y, cuando volvió a hablar, su voz sonó firme:

«Mira: frente a estas acciones – ¡son muchos, demasiados, los suicidios en mi país! – yo me pregunto cuál es la dimensión existencial que debe asumir el hombre, hacia donde se dirige la humanidad, si hacía una era tecnológicamente perfecta en la que habrá una absoluta ausencia de necesidad y de color o hacia la alienación... Eso es: ¡yo debo pensar, debo ver, debo *entender!*»

Había hablado con foga, con rabia. Calló por largo rato; después concluyo, lentamente, como hablando consigo mismo:

«Y un día, estoy seguro, volveré a mi país».

«¿Cuántos de nosotros, en nuestro hermoso crucero, somos verdaderamente felices y cuantos en cambio esconden, bajo una apariencia frívola y descontrolada, un vacío interior

cada vez más inquietante?» Se preguntó Álex, con un suspiro.

Llegaron a una gran plaza. En un cruce, un auto de gran cilindrada obstruía casi completamente el paso. Un guardia, de pie sobre la acera, lo observaba atentamente, con aire pensativo, mientras una pequeña multitud de curiosos esperaba, paciente, a breve distancia, la resolución, que no tardó en llegar: el guardia exhaló un suspiro, bajó de la acera, se quitó los guantes blancos, dio una vuelta alrededor del auto y examinó la matrícula de cerca. Los transeúntes se acercaron un poco, para ver mejor. El guardia se inclinó y durante algunos instantes pareció que estudiaba los números; después, con gesto decidido, agarró la matrícula con las dos manos y le pegó un tirón: ¡La matrícula salió, con todos los tornillos! Una gran satisfacción se dibujó entonces tanto en el rostro de los presentes como en el del guardia, que estaba rojo del esfuerzo. Después se levantó y se dio algún golpecito en los pantalones blancos para sacudirse el polvo; por último, se colocó con gesto serio la matrícula bajo un brazo, se puso meticulosamente los guantes, dedo tras dedo, y... ¡se marchó!

La pequeña multitud se disipó, poco a poco.

«Pero... y el propietario del coche, ¿cómo se las arreglará, sin matrícula?» Se sorprendió Álex.

«¡Una forma como otra cualquiera para obligarle a pagar la multa!» Exclamó el doctor Erick, sonriendo. Después de un momento, mirando a su alrededor, añadió:

«¡Aunque, según parece, el método no funciona demasiado bien!» Y señaló un coche destartalado que en ese momento atravesaba a toda velocidad el cruce, sin matrícula. Poco después vieron otro, aparcado bajo una palmera; más tarde otro más, con el conductor dormido encima del volante, mientras una bandada de niños lo lavaba, silenciosamente.

Entonces se miraron a los ojos y el doctor Erick extendió los brazos, sonriendo:

«Cada pueblo tiene su cultura. ¡No se puede pretender entenderlo todo durante un viaje turístico!»

CAPÍTULO SEXTO

Al día siguiente, Álex caminaba, de mala gana, hacia el barrio donde vivía Felipe, para asistir al funeral de Jesús: “Hubiera sido mejor no venir”. Pensaba. “¡Yo, en estas circunstancias, no sé nunca qué decir y me siento siempre cohibido, inútil y tonto!”

Para acortar camino cogió por una subida, una callecita escarpada plagada de escalones, que descendía hasta llegar a los barrios más pobres, entre casuchas decrepitas.

“Hubiera sido mejor no venir”. Pensó de nuevo, parándose dubitativo; e inmediatamente después, resuelto: “¡No, se lo prometido Felipe! A Felipe le importan estas cosas”. Reemprendió la marcha y muy pronto desembocó en una pequeña placita; fue entonces cuando vio el cortejo fúnebre: tres niños lo precedían, avanzando con paso lento y tocando la trompeta; entre ellos resaltaba el pequeño “músico”, con una trompeta demasiado grande para él. Detrás iba el minúsculo ataúd, llevado a hombros por Felipe y Poco, que avanzaban con la cabeza agachada bajo el sol.

Junto al ataúd iba a Alicia, con los pies desnudos, el rostro serio, agarrando fuertemente contra el pecho una botella de agua bendita, y de vez en cuando aligeraba el paso para mantenerse a la altura de Felipe. Después iba la madre de Felipe, envuelta en un rebozo rojo, que hacía resaltar los negros cabellos, recogidos en dos partes lisas y del cual sobresalía la carita redonda de Pollito. Junto a ella, toda vestida de negro, caminaban Concha, agarrada del brazo de un hombre de mediana edad, delgado y vestido de negro.

Después una hilera de críos harapientos: los fieles limpiabotas de Felipe.

Cerraba el cortejo la abuela Inés, que procedía sola, a un poco de distancia, descalza, dando tumbos, con el rostro más arrugado y descompuesto que nunca.

Todos caminaban, casi con paso de danza, bajo el sol implacable, al sonido de las trompetas, que subían o bajaban de

volumen dependiendo de si los músicos subían por callecitas inaccesibles o descendían por escarpadas pendientes, bajo las ocasionales miradas de los transeúntes

“Casi parece que vayan a una fiesta”. Pensó Álex sorprendido, deteniéndose.

El pequeño cortejo desapareció pronto en dirección al campo y Álex volvió lentamente sobre sus pasos y se puso a pasear, sin rumbo fijo, adentrándose en un laberinto de callejuelas. Mientras caminaba, le compró a un niño de pelo rizado una rebanada de sandía y se la comió lentamente, inmerso en sus pensamientos. Hacía ya bastante tiempo que caminaba cuando se encontró en una pequeña plaza donde habían puesto un pequeño mercado de barrio. Entonces miró a su alrededor, intrigado: acurrucado en la acera, un ciego mostraba ostentosamente a los viandantes sus pupilas blancas, horripilantes, mientras tres niños de corta edad extendían la mano reclamando con insistencia. Un poco más allá, bajo el arco de un pórtico, otros dos niños vociferaban ofreciendo a la gente un periódico arrugado, mientras una vieja cantaba con voz ronca su mercancía: un puñado de melones rodeados por una nube de moscas.

La gente se reunía en el centro de la placita, donde se sucedían los puestos y hacia donde se dirigían los camiones destartalados que llegaban, uno detrás de otro, cargados de hortalizas y frutas o llenos de mexicanos pobres que venían del campo para vender sus productos, envueltos en trapos de vivos colores o almacenados en cestas de paja. Las mujeres permanecían rígidas y silenciosas, envueltas en sus rebozos de colores; los hombres escondían el rostro quemado por el sol bajo el amplio sombrero. Había ruido por todas partes, pero los movimientos parecían lentos y fatigados, como a cámara lenta, bajo el sol. Pasaba en aquel momento un pastorcillo, que avanzaba con porte noble y austero envuelto en su sarape azul, empujando ante sí, con gesto atávico, tres cabras y dos ovejas, las cuales iban dejando atrás un agrio olor de lana y polvo.

“Su rostro tiene la nobleza de un ídolo azteca, con los ojos de jade”. Pensó Álex cuando el niño le pasó por delante,

mirándolo por un momento con una mirada que parecía venir de muy lejos: la mirada de quien está acostumbrado a la soledad del altiplano: “¡Mira, tal vez era un pastor así el que vio a la beata Virgen de Guadalupe!” Y sonrió para sí, recordando la apasionada y fantasiosa historia de Felipe.

En una esquina de la plaza, bajo el pórtico, tres mariachis, gordos y sudados en su ropaje bordado de plata, daban un concierto ante la indiferencia de la multitud, que se reunía alrededor de los puestecitos:

“Donde no hay muchos turistas no ganan mucho”. Comentó para sí mismo Álex, viendo sus chaquetas de terciopelo liso y los puños descosidos. En cuanto lo vieron pasar, sus ojos se iluminaron de alegría, y con un rápido gesto, los tres bajaron de la acera, lo rodearon y comenzaron a tocar la cucaracha en su honor, mientras un hombrecito con el rostro relleno, dividido en dos por enormes bigotes, hermosos, se acercaba con un tambor canturreando:

«Unos pesos, señor unos pesos para la banda».

“¡Si no me escabulló de aquí me despluman!” Se dijo Álex, distribuyendo algunas monedas y alejándose deprisa hacia la escalinata de una pequeña iglesia barroca, blanca por el sol, donde los campesinos que habían bajado de los camiones estaban exhibiendo su pobre mercancía sobre esteras de henequén o grandes hojas: puñados de pimientos, pirámides de naranjas, montañas de tomates, alubias, saquitos que contenían semillas misteriosas, hierbas medicinales.

Sentado en el primer escalón, un niño ofrecía a los paseantes pequeñas iguanas domesticadas. Las tenía sujetas por una correa, como perritos; y ellas, las iguanas, se le agarraban al pecho o se apoyaban sobre un hombro. Una, pequeña, incluso se le había dormido encima de la cabeza. Junto a él, un viejo vendía pulque, agitándolo con un cucharón dentro de un cubo lleno de polvo. Más allá había rudimentarios quioscos con refrescos y puestecitos de comida: chile picante, mole verde, carne cocida, tortillas rellenas de frijoles, carnitas grasientas que chisporroteaban dentro de anchas sartenes, tamales envuelto en una hoja de maíz, trozos de pollo frito. Dos niñas freían y

distribuían la comida a los paseantes, dispuestas y sonrientes, entre un agrio olor a humo y grasa de carnero.

Otro viejo, descalzo, con los pies nudosos como raíces, exaltaba sus botellas de rompopo, alineadas sobre un escalón, mientras algunos niños, sentados en círculo sobre sus talones, pintaban en cortezas de árboles y esteras vegetales con pequeños pinceles bañados en colores vivaces. Bajo sus hábiles manos florecían, como por arte de magia, espléndidos pájaros exóticos de alas de color turquesa, mansas ardillas púrpuras, maravillosos pavos con plumas de un fuerte color azafrán.

«¡Son verdaderos artistas!» Exclamó Álex, a media voz, parándose a mirar. Otro niño, sin embargo, lo apartó de su contemplación ofreciéndole, por poco dinero, pendientes y collares de lata no muy bien trabajados, pero muy bonitos.

“Tienen el arte en la sangre estos hijos de los mayas y de los aztecas”. Comentó para sí mismo el joven, cada vez más sorprendido viendo a otros chicos modelar la arcilla bajo la mirada de una mujer todavía joven que los observaba, inmóvil al sol, mientras un pequeño, acurrucado en el rebozo, le succionaba serenamente la leche del pecho moreno.

Cuando finalmente salió de la placita se dispuso a volver sobre sus pasos, se dio cuenta que se había hecho tarde: el sol bajaba rápidamente y largas sombras oscuras cortaban la blanca fachada de las casas.

“A saber dónde puedo coger el autobús para volver al hotel”. Se preguntó, mirando a su alrededor, perplejo. No reconocía el lugar y no tenía la más mínima idea de qué calle debía tomar para volver al “Camino Real”: ante él se abrían, de hecho, un laberinto de callejuelas, todas iguales, todas estrechas, tortuosas, a esta hora ya invadidas por la sombra de la tarde.

Eligió una al azar en busca de una señal, de un guardia, de alguna indicación.

Las casas, bajas y sucias, tenían un aspecto miserable y Álex notó, de repente, con estupor, que ya no había niños por la calle, sino solo hombres y mujeres de mirada fugaz.

A los lados de la carreterita, que se hundía entre las casas bajas, se abrían negras tabernas, con hombres de gesto ausente,

en cuclillas sobre el umbral o de pie contra el estípite, el sombrero a la altura de los ojos de un palillo entre los dientes. Pasó por delante de algunas pulquerías, de las que salían ruidos sordos y voces discutiendo; después, un negocio de pompas fúnebres, enarbolada de tristes coronas mortuorias, hechas con extrañas flores amarillas, redondas, sin hojas; por último, una carnicería con lonchas de buey colgadas secándose al aire libre.

En el umbral, dos enormes perros negros que se quitaban las pulgas lo miraron con ojos que le parecieron de fuego.

Álex se sintió de repente invadido por una extraña inquietud sin saber por qué. Le parecía que se había hecho, de pronto, un profundo silencio y sus nervios, a flor de piel, estaban tensos como un arco. Cuando una joven mujer salió corriendo por una puerta y le pasó cerca, golpeándolo y lanzándole una larga mirada por debajo de chal, Álex se estremeció y un escalofrío desagradable le corrió por la espalda.

Le pareció que todos, hombres, animales y cosas, se hubieran quedado en silencio y le echaran miradas llenas de dobles intenciones, mientras sus pasos parecían retumbar de modo antinatural sobre el irregular adoquinado. Tuvo el deseo de echarse a correr para alejarse en seguida de aquel callejón maloliente, donde todo parecía provocado por un horrible sortilegio; pero se detuvo, diciéndose:

“¿Pero qué diablos te pasa? ¿No tendrás miedo, por casualidad? ¿Qué es lo que encuentras extraño en este sitio? ¿No has visto nunca un pueblo con mexicanos cansados que esperan, sobre el umbral de sus casas, el fresco de la tarde?”

Pero una especie de oscura angustia lo atenazaba y le pareció que, a medida que avanzaban, la calle se hacía cada vez más estrecha y más oscura del rostro de la gente más hostil y perverso:

“¿Tiene que haber una plaza, un guardia por alguna parte!

De repente, se escucharon unos pasos tras de sí; miró rápidamente hacia atrás y la sangre se le congeló en las venas: lentamente, algunos hombres se habían alejado de los umbrales y ahora se le acercaban, poco a poco, con aire indolente, los ojos escondidos bajo el ancho sombrero:

“Serán bebedores que están volviendo a casa. ¡No es posible que vengan por mí! ¡No es posible que quieran algo de mí! ¡No es posible!” Se dijo el joven, tratando de tranquilizarse; pero el corazón le latía con fuertes palpitaciones en el pecho y tenía unas ganas desesperadas de echarse a correr, de pedir ayuda:

“No dejes, no dejes ver que tienes miedo. Mantén la calma, no corras”. Se advirtió; y continuó caminando, con la frente llena de sudor.

“Quizás te estás engañando; quizás los hombres ya han entrado en sus casas y ahora detrás de ti ya no hay nadie”.

Reunió valor y se volvió para mirar: cinco hombres, con camisas blancas, avanzaban poco a poco hacia él; en la cintura de uno de ellos, el más alto y robusto, brillaba un largo machete.

Entonces Álex ya no pudo más y se puso a correr, a correr desesperadamente hacia el fondo del callejón, donde le parecía haber visto brillar algo claro:

“¡Allí abajo encontraré una plaza, un guardia, algo, lo que sea!” Jadeó. Y, mientras corría, se dio cuenta que estaba rezando:

“¡Dios mío, haz que no quieran nada de mí, que todo sea un sueño!”

Detrás de él, los cinco no habían acelerado el paso: continuaban avanzando, silenciosamente, y Álex creyó que se había librado. Pero pronto entendió el porqué de aquella calma: ante él se encontró, de golpe, altísimo, inaccesible, un muro, resto de alguna antigua fortaleza española. El callejón terminaba ahí. ¡Era una trampa! Álex se apoyó en el muro, abatido, y los miró: seguían avanzando lentamente y parecían prestar atención al hombre con el machete.

¡En treinta pasos los tendría encima!

Álex, desesperado, buscó en el muro, todavía caliente por el sol, un hueco, una brecha, una rendija: nada.

Las sombras de los cinco mexicanos se dibujaban ahora, largas y negras, sobre los adoquines: unos pocos instantes más y los tendría al lado.

Álex cerró los ojos, paralizado por la angustia, mientras repetía mentalmente:

“¡Dios mío, Dios mío!”

Y fue entonces que, como en un sueño, escuchó una voz que lo llamaba, baja y cercana:

«¡Psst, amigo! ¡Eh, amigo!»

“Estoy alucinando”. Pensó Álex, mientras en sudor le recorría la frente.

«¡Amigo, por aquí, amigo!»

Álex abrió de nuevo los ojos y corrió hacia su derecha, en dirección al muro del fuerte, donde había una especie de empalizada, que parecía sostener una ruinoso casucha: la voz venía de allí.

En dos saltos alcanzó la valla, mientras la sombra de los cinco mexicanos la cubría, amenazante. Y de pronto, como en las películas, se abrió un pasaje en la valla y una mano impaciente lo agarró por un brazo:

«¡Por aquí!»

Sucedió en un momento: después Álex se encontró detrás de la valla, agarrado fuertemente de un brazo por la mano de Felipe, que lo apretaba como un mordisco:

«¡Rápido, rápido, escapemos!» Dijo el chico.

La noche avanzaba rápidamente y los ojos del chico brillaban como estrellas en la oscuridad amenazante.

Corrieron y corrieron, como locos, sin volver la vista atrás, por oscuros callejones y pasadizos malolientes, saltando zanjas y muros. Álex lo seguía como un ciego y Felipe, que parecía conocer perfectamente el lugar, a veces le hacía esconderse detrás de un cúmulo de basura, a veces le hacía tumbarse en un charco de agua estancada, y permanecía vigilante, escuchando, el índice sobre la boca, con los ojos brillantes, y a veces le hacía correr como un loco.

Se pararon por fin, exhaustos, cerca de una zanja, y Álex se dio cuenta de que, más allá de una valla de espinas, pasaba la gran carretera.

Se tiraron al suelo, sin respiro, y durante algunos minutos, en la noche estrellada, se sintió solo el jadeo de su respiración.

Después, un ave nocturna hizo escuchar su lamento en un matorral y Álex se levantó, como si se despertara de una

pesadilla:

«Me has salvado la vida». Murmuró.

El chico, inmóvil en el suelo, no respondió.

«¿Pero tú, Felipe cómo es posible que te encontrarás allí?»

Insistió el joven, todavía incrédulo por haberse librado.

«Después del entierro de mi hermano fui al florista por la corona de flores de un día, y allí te vi con el uniforme blanco...

Respondió Felipe, evasivo.

«Ah, sí, lo recuerdo, la tienda de pompas fúnebres, con aquellas coronas de flores amarillas». Dijo Álex. E inmediatamente después, con una voz en la que temblaba una débil esperanza: «¿Crees que me habrían atacado?»

Felipe afirmó solemnemente.

«¿Por qué?»

El chico rio:

«¡Por el reloj que llevas!» Exclamó. Y después, viendo que el otro no entendía, continuó, seriamente, con voz grave: «Tú tienes cosas de gran valor. Ellos...» y aquí hizo un gesto en la noche indicando el pueblo y sus perversos habitantes, escondidos en las tinieblas, «¡matan por poca cosa!»

Con un dedo le acarició el reloj, las manillas fluorescentes, que brillaban bajo las estrellas; después le acarició el anillo que llevaba en el anular derecho y cuya piedra emitió un resplandor con la luz de los faros de un coche de gran cilindrada que pasó, con gran estruendo, por la carretera:

«Matan por mucho menos». Suspiró.

Álex sintió un largo escalofrío que le recorrió la espina dorsal:

«¿Crees que llegarán... hasta aquí?» Preguntó con aprehensión, esforzándose sin embargo por mantener la voz firme.

Felipe negó con la cabeza:

«No salen nunca de su pueblo. Allá están seguros. Incluso la policía tiene miedo de ellos en su pueblo. Fuera no, fuera es diferente».

Los pulmones contraídos de Álex se dilataron:

«Te debo la vida». Repitió, conmovido.

Felipe rio, y en la oscuridad, brillaron dientes y ojos.
«Estoy muy contento». Dijo, simplemente.
Y después, poniéndose en pie:
«Vamos, amigo».



CAPÍTULO SEPTIMO

La noticia de que el *White Heron* estaba listo para zarpar y que al día siguiente los pasajeros dejarían “El Camino Real” cogió a Álex por sorpresa: estos días habían sido tan ajetreados que el joven no se había dado ni cuenta del tiempo que pasaba.

“¡Se ha acabado!” Suspiró, con un poco de pena, preparando a toda prisa el exiguo equipaje, pero pronto un pensamiento le infundió en el pecho una ráfaga de calor: “Esta tarde vuelven los excursionistas y, con ellos, estará Matilde”.

Matilde. ¡Cuántas cosas tenía que contarle!

Bajó corriendo las escaleras, silbando una alegre cancioncilla. En la oficina se encontró con el comandante Fiorilli, que le dijo:

«Intenta subir a bordo antes del anochecer: hay una gran fiesta esta noche».

«Estoy yendo ahora mismo». Respondió Álex, mostrándole el saco que le colgaba al lado, con todo su vestuario dentro. El comandante asintió con la cabeza e inmediatamente se dirigió hacia un grupo de turistas, los cuales tenían una encendida discusión con el director del hotel.

“Pobre hombre: siempre tiene que vérselas con energúmenos. ¡De verdad que no me gustaría encontrarme en su lugar!” Pensó Álex, viendo al comandante gesticular y hacer grandes esfuerzos para apaciguar a una señora angulosa, con cara de caballo, que gritaba como un papagayo.

Salió con paso ligero bajo el sol cegador y se dirigió hacia la parada de autobús más cercana, preguntándose:

¿Quién sabe si Felipe se habrá enterado de nuestra partida? Me gustaría mucho poder despedirme de él”.

Un sonido de claxon alegre le anunció que el autobús estaba llegando: se montó de un salto. Al volante, sonriente y despreocupado, como siempre, estaba Celerino Fuentes, que se volvió para mirarlo y lo saludó con un sonoro:

«¡Buenos días, amigo!»

«Buenos días, Celerino».

El hombre, contento de que el joven recordara su nombre, hizo sonar contento el claxon y reanudó la marcha, a lo loco:

«El barco está a punto de partir, ¿eh?» Dijo poco después Celerino Fuentes, guiñándole un ojo a través del espejo retrovisor.

«Sí». Confirmó el joven, pensando: “¡Lo saben ya todos! ¡Cómo se enteran de las noticias, estos mexicanos!”

«Vuestro *White Heron* está en el puerto». Confirmó.

Bajaron a toda velocidad hacia el puerto, por callejuelas tortuosas; desembocaron en una placita y Álex, reconociendo el lugar, y acordándose de que se encontraba a poca distancia del callejón donde Felipe tenía su banco de limpiabotas, hizo un gesto a Celerino para que se detuviera.

El hombre, asintiendo con un amplio gesto, clavó inmediatamente el autobús en medio de la calle, haciendo que todos los pasajeros se amontonaran unos encima de otros. Después se volvió triunfante hacia Álex y le dijo, alegremente:

«¡Adiós, amigo!»

«¡Hasta la vista, Celerino!»

Y Celerino, haciendo honor a su nombre, reemprendió la marcha como una salida espectacular que dejó restos negros de neumáticos en el asfalto.

«¡Y después dicen que todos los mexicanos están siempre cansados!» Río para sí mismo Álex, alejándose.

Cuando encaró el sucio callejón donde Felipe tenía a su grupo de limpiabotas, fue sorprendido por un ruido de voces exaltadas. Aceleró el paso y vio un bullicio de gente; entre estas se distinguían las sombras inconfundibles de los tres hermanos texanos.

Entonces se acercó, movido por la curiosidad, y vio, rodeado por un círculo de curiosos, a un guardia mexicano, que tenía agarrado por el cuello de la camisa a Felipe; el chico estaba pálido como un muerto.

Junto a ellos, una nube de pequeños limpiabotas vociferaban todos a la vez, confusamente.

A golpe de codo, Álex se abrió camino entre la multitud; entonces vio que el más viejo de los texanos aireaba amenazante

ante las narices de Felipe, siempre inmóvil y pálido, un enorme reloj de bolsillo con una vistosa cadena, y gritaba:

«¡Yes: tú thief, ladrón, ladrón y mentiroso!»

Enganchado a su brazo, Dolly intentaba apaciguarlo con palabras entrecortadas, los ojos miopes llenos de lágrimas.

«¡Ladrón, ladrón!». Repetían los hermanos.

Álex tentó entonces entender qué había sucedido y, de las conversaciones de los presentes, consiguió reconstruir los hechos: los tres hermanos acusaban a Felipe del robo del reloj; el chico, sin embargo, juraba que lo había comprado en el mercado a un hombre borracho, que inmediatamente se había metido en una pulquería a beberse lo ganado.

«¿Cómo habéis descubierto que el ladrón era él?» Preguntó Álex, dirigiéndose al más viejo de los hermanos que, reconociéndolo, lo agarró con vehemencia por un brazo para contarle toda la historia.

El guardia, impasible en medio del vocerío, mantenía agarrado a Felipe por los hombros, inmóvil como una estatua, pero con los ojos llenos de terror.

«Estábamos en el bar, bebiendo tequila, cuando un chico se nos acercó para vendernos suvenires...»

«Eran *lozas*, jarrones de arcilla». Preciso Dolly.

«O.K.: lozas». Asintió el hombretón: «Estaba comprando una cuando en ese momento se acerca otro chico con juguetes...»

«¡Unas *muñequitas!*» Lo interrumpió de nuevo con seriedad Dolly, orgullosa de su vocabulario español.

«¡Unas *muñequitas*, yes, como tú quieras, my darling!» Asintió de nuevo el texano, condescendiente.

Los dos hermanos lo escuchaban, pensativos, y todos los presentes esperaban para escuchar el resto, sin ninguna prisa.

«¡Yo me distraje con las *muñequitas* y entonces otro chico, el de los jarrones, se escapó después de haberme robado con destreza el reloj del bolsillo!»

«¿Y era él?» Preguntó Álex, señalando a Felipe, que lo miraba con ojos negros de angustia.

«¡Sí, sí: era él!» Confirmó el hombretón, exclusivamente.

«Quizás no era el: se parecen todos, estos niños

mexicanos...» Se atrevió tímidamente Dolly. «Y además estaba oscuro, y nosotros habíamos bebido mucho tequila de fuego...»

«My Darling, déjame terminar: ¡sé lo que digo!» La interrumpió el mexicano. «Esta mañana pasamos por aquí, para dar una última vuelta, cuando vimos a aquel tipo, sí, ese, que está dando brillo a las botas. Entonces me siento en el taburete para lustrar un poco también las mías. Este se agacha para coger el cepillo y, ¡zas! ¡De la camisa se le sale el reloj!» Concluyó triunfante, con ojos inflamados: «No puede estar más claro. ¡Es él, el ladrón!»

«Pobrecito». Comentó en voz baja Dolly, con los ojos humedecidos por las lágrimas: «Quizás lo hizo porque tenía hambre...» E hizo el gesto de acercarse a Felipe, que dio un respingo, como una fiera atrapada que ve acercarse a los perros.

«Bien, con su permiso, ahora me llevó al reo a comisaría». Intervino en ese momento el guardia, preparándose para superar la barrera de curiosos.

Al oír sus palabras, todos los limpiabotas se estremecieron y, como si fueran un solo cuerpo, se lanzaron contra el agente, gritando:

«¡Escapa, Felipe, escapa!»

Hubo un momento de confusión, mientras todos gritaban: los niños, la multitud, el guardia, los tres mexicanos e incluso Alicia; la niña, de hecho, que había aparecido en ese momento con un cesto lleno de rebanadas de sandía sobre la cabeza, en cuanto vio que Felipe estaba en problemas, se lanzó a toda velocidad contra el guardia; y, como Dolly intentaba retenerla, se puso a golpearla con los puños cerrados, los ojos cerrados, llorando y gritando:

«¡Vieja mujer, fea; vieja, mujer, fea!»

Felipe se libró con un empujón del guardia. De cuatro saltos salió de la multitud, saltó un muro y desapareció.

«¡Alto, alto!» Gritaba el agente, persiguiéndolo, una mano en el sombrero, la otra en la cintura para sostener la pistola.

Los ojos de los mexicanos presentes se llenaron, entonces, de indiferencia, y poco a poco cada uno se escabulló con cara de aburrimiento.

«¡Al ladrón, al ladrón!» Gritaban a coro los tres mexicanos. Viendo que sin embargo era inútil su persecución, el agente volvió sobre sus pasos y declaró solemnemente:

«Señores, no tengan dudas: el muchacho será capturado y castigado. Con su permiso...»

Y se fue, negro y lento, bajo el sol.

«Vámonos, vámonos». Dijo entonces Dolly, impaciente.

«Si, vámonos. ¡De todas formas este de aquí ha vuelto a casa!» Repitió el texano; y sonrió, meciendo el reloj ante la cara de Dolly, que esbozó una sonrisa un poco triste.

Los cuatro se alejaron y Dolly, entre los tres hermanos, parecía una liliputiense perdida en el país de los gigantes.

Álex buscó entonces con la mirada a los limpiabotas: habían desaparecido todos, con sus cajas y sus utensilios. Solo Alicia estaba allí, enfurruñada, desde el otro lado de la calzada, mirando sombríamente las rebanadas de sandía que, en el fragor de la lucha, habían terminado en el suelo.

Álex cruzó la calzada y se acercó a ella:

«Alicia, ¿dónde ha ido Felipe?» Le preguntó dulcemente.

«¿Quién sabe?» Dijo la niña, dura, encogiendo los hombros.

«A mí puedes decírmelo. Yo soy su amigo». Insistió a Álex.

La niña levantó sus grandes ojos tristes y desconfiados:

«Cuando uno cae en desgracia no tiene amigos». Dijo.

Álex hizo un gesto para acariciarle los cabellos de color trigo, pero la niña se apartó y se quedó mirándolo con desconfianza, a distancia.

«Yo sé que tú quieres a Felipe... Yo también lo quiero y deseo ayudarlo». Insistió el joven, en voz baja.

Los ojos de la niña se obscurecieron y, tras un instante, brillaron por las lágrimas contenidas.

«Dime dónde se esconde y yo iré allí a ayudarlo: él ayer por la noche me salvo. ¡Tengo que ayudarlo!»

Los ojos de Alicia se iluminaron:

«En el barco de los piratas». Dijo rápidamente.

Y después, con un suspiro:

«Felipe no tiene dinero después del funeral de su hermano...»

«No te preocupes: ¡yo me encargo!» Exclamó Álex.

Entonces Alicia, antes de que el joven pudiera impedirselo, se puso a su lado y, rápidamente, le cogió la mano y se la besó. Inmediatamente se largó corriendo, desapareciendo como un rayo por el fondo del callejón.

«¡Qué extraña y loca niña!» Masculló Álex, confuso.

Dos horas después, el joven se encontraba ante la laguna del Caimanero: el agua brillaba entre las cañas y la maleza susurraba:

«¡Felipe, eh, Felipe, responde! Soy Álex, tu amigo». Dijo gritando desde la orilla.

Silencio.

El pantano parecía dormir, aletargado por el calor. El barco de los piratas resaltaba, inmóvil, entre las algas rojas y las plantas acuáticas putrescentes.

«¡Felipe, eh, Felipe» Repitió, usando las manos para amplificar su voz.

Un pájaro acuático, con el pecho de un vivaz turquesa, saltó asustado de un matojo de cañas con un corto grito ronco; una mariposa de alas espléndidas que parecían de encaje cambió de sitio y se posó, silenciosa, sobre una ninfa gigantesca. Después todo quedó inmóvil de nuevo.

Álex tuvo de repente la sensación de encontrarse en un universo desconocido y una sensación de desconcierto le oprimió el pecho; por un momento tuvo la tentación de huir, de irse de aquel mundo primitivo y putrescente, donde la naturaleza infundía terror.

Pero entonces se acordó de Felipe, de aquel pobre chico asustado que se escondía en un barco ruinoso porque desconfiaba de sus iguales, y se infundió valor: se remangó los pantalones hasta las rodillas y entró con decisión en el agua:

“Mientras no haya reptiles venenosos”. Pensó con aprehensión, mirando las enormes ninfas flotantes que se mecían dulcemente a su paso.

Otro hermoso pájaro alzó el vuelo a pocos pasos de él, con un escandaloso batir de alas color azafrán, y el corazón le dio un vuelco. De dos saltos llegó al barco y se agarró:

«Felipe, sé que estás ahí. Ayúdame a subir, por favor».
Dijo.

Un ruido, como de hojas moviéndose, pies arrastrándose, y el rostro de Felipe apareció, con el pelo desaliñado y los ojos hinchados como de alguien que ha llorado mucho:

«¿Por qué estás acá?» Preguntó el chico, con voz dura.

«¡Ayúdame a subir!» Le cortó Álex.

El chico, intimidado, obedeció y lo ayudó a trepar. Después se acurrucó en su hamaca de colores y le dio la espalda, fingiendo que quería dormir:

«Estoy cansado». Dijo.

Álex lo observó un poco en silencio, después murmuró:

«Yo soy tu amigo».

«¡Yo no tengo amigos!» Fue la airada respuesta.

Siguió otro silencio. Felipe seguía dando la espalda, pero el joven se dio cuenta de repente que estaba llorando, silenciosamente, sollozando. Entonces lo agarró e hizo que se girara por la fuerza. El chico se secó con rabia las mejillas mojadas y se tapó los ojos con la mano.

«¡Cuéntame toda la historia!». Le ordenó a Álex, severo.

«¡Yo no soy un ladrón! ¡Yo no he robado el reloj!». Estalló Felipe, llorando.

Álex asintió con la cabeza, esperando que el muchacho se calmara. Después de un momento, Felipe se quitó la mano de los ojos y le dijo:

«Es injusto acusarme. ¡Yo soy un chico pobre pero soy honesto, de gran corazón!» Y en su voz vibraba una profunda amargura, mezclada con un gran orgullo.

«Lo sé: me has salvado la vida corriendo graves peligros». Asintió Álex, con calma.

Entonces el chico se tranquilizó y los ojos le brillaron de nuevo:

«¿Tienes sed? ¡Aquí tengo muchas bebidas!» Anunció triunfante, lanzándose de la hamaca y rebuscando entre sus harapos. Álex vio entonces que el chico tenía una provisión de latas de cerveza, de Coca-Cola, de latas de carne y bananas:

«¿Te has provisionado, eh?» Se burló.

Felipe también rio:

«Alicia no podrá venir frecuentemente con provisiones».

Dijo, rebuscando febrilmente entre sus bártulos. Después se levantó, exclamando con entusiasmo: «¡Mira! Un sarape. Hace frío aquí por la noche. Tengo también un telón, en caso de que llueva y haya viento. ¡Aquí estoy seguro, libre como un rey!»

«¿Y tus limpiabotas, que harán sin ti?»

Los ojos del chico se obscurecieron durante un instante, después Felipe se encogió de hombros, con indiferencia:

«¡Ellos saben bien su profesión!» Dijo.

«¿Y tu madre?»

«Los limpiabotas le llevarán el dinero a mamá». Dijo el chico, sereno.

«¿Y hasta cuando te quedarás aquí?»

«¿Quién sabe?»

«¿Y si te descubren?»

«¡Si me descubren me meten en la cárcel hasta que me pudra!» Exclamó Felipe, consternado: «Yo no quiero pasar mi vida en la cárcel. Yo aquí soy libre... ¡Soy inocente, lo juro!»

«¿Por qué no me cuentas lo que sucedió de verdad?»

Propuso Álex, sorbiendo lentamente su Coca-Cola templada.

Los ojos del chico se llenaron de sombras:

«¿Por qué?» Preguntó, desconfiado.

«Porque si el robo fue cometido ayer por la tarde, yo sé que eres inocente: ayer por la tarde estabas conmigo, ¿no te acuerdas? Por tanto, ¡no puedes haber robado a los tres mexicanos!»

El rostro de Felipe se puso radiante:

«¿Tú sabes que soy inocente?» Exclamó.

Álex asintió.

«¿Quieres otra bebida?»

Sin saber qué hacer para demostrarle su gratitud, saltaba de un lado a otro sobre el viejo barco, que crujía por todas partes, como si fuera a hundirse de un momento a otro.

«No, gracias. ¡Yo quiero que me cuentes la verdad!»

Exclamó Álex.

Entonces Álex se acurrucó completamente en la hamaca, se agarró las rodillas huesudas entre las manos y comenzó a

contar, con voz monótona, sin mirarlo a la cara:

«Esta mañana, en el mercado, un hombre me dijo: “Chico: ¿quieres este reloj? Es de mi padre. Tengo sed y te lo doy por dos pesos”. Yo miro el reloj; es bonito y tiene la manecilla de los segundos para medir el tiempo de inmersión de la ballena blanca... El hombre estaba borracho... Tenía ganas de seguir bebiendo...»

Se paró y calló durante un momento, mirando, a contraluz, en el aire inmóvil, una nube de moscas de alas iridiscentes. Después continuó, cansadamente:

«Compré el reloj y fui a trabajar. Después el hombre americano vino a limpiarse los zapatos y vio el reloj. De inmediato me lo arrancó gritando: “Ladrón, ladrón! Un guardia llegó... el resto lo sabes...»

«¿No pensaste que ese reloj podía haber sido robado?»

«¡Yo no lo he robado! ¡Yo lo he comprado!»

«Pero comprar objetos robados es un delito».

«Yo lo he comprado». Dijo Felipe, obstinado, mirándose las rodillas.

«¿Por qué no vas entonces a la policía a decir la verdad?»

«¡La policía no me hará caso, soy un muchacho pobre! El hombre americano ha dicho “ladrón” y, por esto, yo soy un ladrón». Dijo amargamente.

«¿Y si fueras capaz de decir el nombre de quien te ha vendido el reloj?»

Felipe negó con la cabeza:

«¡No conozco al hombre borracho y no soy un chivato!»

«Pero si no lo haces te conviertes en su cómplice». Observó Álex.

«¡Yo no soy un ladrón, no soy un chivato!» Repitió Felipe, con el rostro pálido.

Ambos callaron durante un rato, bajo el bochorno oprimente que caía sobre la laguna. Después Álex le preguntó:

«Ayer por la tarde estabas conmigo: ¿por qué no se lo has dicho al agente para librarte?»

El chico lo miró, sorprendido:

«¡No lo pensé!» Exclamó.

Miró el cielo, en el cual se condensaban rápidamente nubes negras, y añadió:

«Pronto llegará la lluvia».

«Mañana zarpa el barco». Anunció Álex.

En la cara del chico se dibujó una profunda amargura:

«¿Partes?»

«Sí»

«No podrás venir a ver la ballena blanca...»

«No, será para la próxima vez»

«¿Cuándo?»

«Dentro de dos o tres meses...»

«¡Espérame!»

Se levantó de un salto y se puso a buscar en la hamaca. Entonces Álex se dio cuenta de que lo que había parecido un harapo era en cambio el pequeño chihuahua, dormido, con la cabecita escondida entre las patas. Felipe lo levantó suavemente por el pescuezo y se lo puso en la mano:

«Ten» dijo «el perrito es tuyo»

Álex lo miró sorprendido:

«¡Pero no puedo aceptarlo! Es un perro de raza muy caro... y además pertenecía a Jesús».

«Jesús está muerto: ¡Ahora el perrito es tuyo!»

«Pero puedes venderlo y ganar mucho dinero, para ti y tu familia...»

Felipe negó:

«Tú eres un amigo: yo te lo doy a ti». Dijo con firmeza.

El chihuahua había abierto sus grandes ojos, llenos de una oscura melancolía, y miraba a veces a uno, a veces a otro, como si entendiera.

«Pero yo... yo no sé qué darte a cambio». Dijo Álex, vencido.

«Nada». Dijo Felipe, sonriendo.

Entonces el joven tuvo una idea:

«Yo acepto el perrito si tú, a cambio, haces algo por mí».

El rostro del chico se iluminó:

«¿Qué?»

«Mañana por la mañana iremos juntos a la policía a decirle

que tú eres inocente porque ayer por la tarde, en el momento del robo, estabas conmigo».

Una sombra de terror oscureció el rostro de Felipe:

«No me creerán y me encarcelarán». Dijo con angustia.

«No, la ley no castiga al inocente. ¡Debes confiar en la policía!»

Felipe lo miró durante algunos momentos, abatido; después suspiró resignado:

«Iré contigo». Dijo.

El chihuahua continuaba a mirarlos, con ojos que parecían humanos.

«¿Debo quedármelo?» Preguntó Álex, dudoso.

Felipe sonrió:

«¡Sí, por favor! Si no te lo quedas tú, dáselo a tu preciosa muchacha».

Álex enrojeció, a su pesar:

«¿Quién, Matilde?» Dijo, ruborizado.

«Sí, ella». Confirmó Felipe, serio.

Álex entonces cogió el perrito y se lo puso en un bolsillo de la camisa, sin que la pequeña bestia protestara. Es más, parece que le gustó la solución porque sacó el puntiagudo hocico del bolsillo y miró a Felipe, que le rascó afectuosamente un poco la oreja. El chihuahua aguantó un poco, pero, viendo que la cosa se estaba alargando, mostró los dientes y dio un medio gruñido, no se sabe si de desaprobación o de afecto.

Felipe rio.

«¡Es un perrito con carácter!» Dijo.

«Sí, lo sé. Lo trataré con cuidado. Hasta mañana, entonces. Y, por favor: ¡sé puntual! Mi barco zarpa a las nueve y no querría quedarme en tierra».

«Llegaré puntualmente». Prometió el chico.

Álex saltó de nuevo al agua y se alejó, rápidamente, hacia la orilla, con el chihuahua que miraba plácidamente todo a su alrededor desde su cómodo observatorio.

Felipe, con los codos apoyados en el parapeto del barco, lo siguió con los ojos, hasta que desapareció entre las cañas.

Entonces se recostó cómodamente en la hamaca, se echó el

telón encima, cruzó los dedos por detrás de la cabeza y se puso a mirar las nubes bajas, que estaban a punto de descargar una lluvia torrencial; después cerró los ojos, suspirando:

“Alessandro es realmente un amigo”.

CAPÍTULO OCTAVO

La oficina en la que Álex y Felipe estaban esperando era angosta y, aun siendo todavía las primeras horas de la mañana, sofocante.

Un policía con aire somnoliento estaba sentado delante de una máquina de escribir y golpeaba cansadamente las teclas; otro, en un escritorio, garabateaba algunos folios, ofreciendo de vez en cuando el rostro a un ventilador que giraba lentamente colgado del techo, y que parecía también él extenuado por el bochorno oprimente. Después levantaba los ojos y miraba a veces los galones dorados del uniforme de Álex, a veces la camiseta descolorida de Felipe, probablemente preguntándose qué querrían esos dos del jefe.

Felipe miraba inquieto a su alrededor, sin perder de vista la puerta, dispuesto a escapar y ponerse a salvo a la mínima señal de peligro. Mientras tanto, sin embargo, no se alejaba del lado de Álex, sentado junto a él en un incómodo banco, casi como si quisiera recibir calor y protección.

“Esperemos que llegue el jefe. ¡De lo contrario esos zarpan y mi dejan en tierra!” Pensaba Álex, preocupado, mirando la hora a cada momento: eran casi las ocho y media y a las nueve y veinte el *White Heron* lanzaría la última llamada a los viajeros rezagados, antes de disponerse a dejar el puerto de Mazatlan.

Se oyeron, en el silencio, las voces de los niños que vendían periódicos fuera. Después se escuchó una, aguda, de un niño que ofrecía a los viandantes masa y taco. Al poco, pasó ruidosamente una banda bajo las ventanas, con gran estrépito de instrumentos de viento.

“Son los mariachis, que van a despedir a la *White Heron*”. Pensó de nuevo Álex, escuchándolos.

Felipe pareció intuir los pensamientos del amigo porque le tiró tímidamente de la manga y le susurró al oído:

«Vamos, amigo, por favor. ¡Aquí perdemos el tiempo!»

«No: debemos esperar al jefe. Quiero que tú seas exculpado». Dijo Álex, testarudo.

«¿Y si tu barco leva anclas?» Insistió Felipe, con los ojos llenos de preocupación.

«No te preocupes por mí, Felipe: verás cómo lo consigo. ¡De aquí al puerto hay pocos pasos!» Le aseguró el joven. Pero su voz sonó bastante segura y Felipe se enroscó las manos por la agitación.

Después apareció el jefe: era un hombrecito pálido, calvo, con dos ralos bigotes que le caían penosamente sobre el labio, dándole una expresión triste y enferma.

Álex se levantó y fue hacia él, agarrando por un brazo a Felipe, que temblaba como una hoja.

Cuando apareció el jefe el gendarme que estaba en el escritorio se puso de pie de un salto, respetuosamente, mientras que el que estaba en la máquina de escribir se esforzaba por asumir un aire de concentración y parecer muy ocupado.

«Entonces, ¿qué desea de mí?» Preguntó el jefe, en perfecto inglés, volviéndose hacia Álex y observando con admiración el uniforme blanco de Álex. Felipe esperaba, aguantando la respiración, la cara blanca como una sábana.

«Estoy aquí para exculpar a mi amigo». Dijo Álex, con tono serio. «Felipe fue hallado ayer en posesión de un reloj de bolsillo, perteneciente a un turista del *White Heron*, y acusado de robo. Él, por el contrario, había adquirido el reloj regularmente de un desconocido, en buena fe, y es, por eso, inocente y por completo ajeno a los hechos».

«¿Usted es capaz de probar que los hechos sucedieron como cuenta? ¿Hay testigos?» Preguntó el jefe, hurgando febrilmente en una caja a la búsqueda de algo que no encontraba. Entonces levantó el rostro enojado y dirigió algunas palabras secas al gendarme, que se puso a examinar también él, frenético, mascullando excusas, mientras una expresión cada vez más enfurecida se le dibujaba en el rostro a medida que la búsqueda daba un resultado infructuoso.

«¿Quién lo prueba? ¿Hay testimonios? Repitió el jefe, levantando el rostro y fijando dos ojos furiosos y acusadores en la cara de Álex, el bigote erizado por la cólera reprimida.

«No, no hay testigos de la compra». Respondió Álex con

calma. «¡Pero yo puedo afirmar, incluso bajo juramento, que en el momento del robo, que tuvo lugar en una pulquería del centro, Felipe estaba conmigo, en un pueblo, a bastantes kilómetros de distancia!»

«¿Y qué hacía con usted este chico?» Preguntó el jefe, un poco más calmado, dirigiendo a Álex una mirada de curiosidad.

«Me hacía de... guía turístico». Fue la respuesta evasiva del joven, que no tenía ninguna nana de sacar a relucir la historia del intento de agresión y de complicar ulteriormente las cosas, arriesgándose a perder un tiempo precioso: ¡su cronómetro marcaba, inexorablemente, las nueve menos un minuto!

“¡Mientras se dé prisa con esta farsa!” Pensó mentalmente, viendo que el jefe, después de haber dado órdenes a los dos gendarmes, estaba paseando adelante y atrás, con las manos tras la espalda, con aire meditabundo.

El gendarme del escritorio parecía ahora inmerso en la contemplación del pasaporte de Álex, quien se acercó y preguntó, impaciente:

«Entonces, ¿podemos irnos?»

El jefe se movió rápidamente de atrás a adelante y tomó una decisión:

«Todavía no, debo llevar a cabo mi interrogatorio”. Dijo, con solemnidad.

Y se puso a hacerle preguntas a Felipe, que respondía con la boca pequeña, siempre blanco como un muerto.

“Si se contradice, estoy frito”. Dijo Álex, dudoso. “¡Y entonces, adiós al embarque!”

Por suerte, las respuestas parecieron satisfacer al jefe, que dio finalmente la orden de registrar el verbal al gendarme sentado delante de la máquina de escribir.

En el silencio, que se había convertido en algo tormentoso para Álex, comenzó el lento e irregular toqueteo de las teclas.

“¡Rápido, rápido, rápido, por favor!” Rezaba mentalmente Álex, ya desesperado, mirando al jefe que dictaba lento, paseando adelante y atrás, las manos tras la espalda, el pecho hacia fuera.

Felipe, que no habían entendido una palabra del diálogo que se había producido entre el jefe y Álex, fijaba al gendarme

que escribía, mientras se mordía atormentado los labios:

“¡Me encarcelaran!” Se decía, lleno de angustia. Y miraba de reojo a su alrededor, para ver por dónde habría podido huir, en caso de que le pusieran las manos encima.

Finalmente, el empleado sacó el folio del carro y se lo dio al jefe, quien empleó otros larguísimos minutos en leerlo a media voz y firmarlo con una elegante rúbrica.

Después se lo pasó a Álex, con un cortés:

«Tenga usted la amabilidad de firmar su declaración».

El joven dibujó un garabato sin si quiera leer qué había escrito, mientras el jefe golpeaba paternalmente el hombro de Felipe con la mano, quien por poco no dio un salto por el susto. Entonces le dio la mano, ceremonioso, con un solemne:

«Muchísimas gracias, señor. Hasta la vista».

Los dos se precipitaron fuera, Álex delante, Felipe detrás, todavía muerto de miedo y a punto de ponerse a llorar por la alegría de verse libre.

«¡Rápido, rápido al puerto!» Jadeó Álex, arrollando a la multitud que se hacía cada vez más intensa a medida que se acercaban al puerto donde estaba atracado el *White Heron*: de hecho, toda la población de Mazatlan se había reunido allí para despedir, con gran pena, al hermoso barco que se iba con su preciosa carga de turistas adinerados, que durante algún día habían animado la tranquila vida de la ciudad, quitando el hambre a muchas bocas. Aparecieron por el muelle justo en el momento en el que la banda de mariachis, toda puesta en fila, al son, entonaba su ruidoso hasta la vista.

«¡Adiós, Felipe y... buena suerte!» Gritó Álex, sin dejar de correr.

«Adiós, amigo, y muchas gracias». Respondió el chico, que continuaba corriendo a su lado, conmovido.

Entonces Álex tuvo una inspiración: sin ralentizar el paso, se sacó de la muñeca su cronómetro y se lo alargó:

«¡Ten, es tuyo!»

El rostro de Felipe se coloreó de la más profunda maravilla:

«¿Por qué?» Preguntó, jadeando.

«¡Quédatelo, es tuyo!» Insistió Álex.

El chico no lo quería coger. Entonces Álex se lo metió en la mano y se alejó, gritando:

«¡Te servirá para medir el tiempo de inmersión de la ballena blanca!»

Mientras decía esto, aceleró dando el último sprint y consiguió lanzarse al vuelo dentro de la lancha del doctor Erick, que ya se estaba separando del muelle.

«¡Adiós, amigo!» Gritó Felipe, con voz turbada, agitando en el aire el precioso reloj. En aquel momento, el *White Heron* lanzó su último aviso y la multitud se movió por el muelle para verlo partir.

«¡Serás inconsciente!» Lo asaltó el doctor Erick, agarrando por un brazo a Álex, para evitar que terminara en el agua. «¿Se puede saber dónde diablos te habías metido? ¿Sabes qué, si no fuera por mí, te habrías quedado en tierra? ¡Esta vez un castigo ejemplar no te lo quita ni Dios!»

Álex no respondió. Se había girado para buscar con la mirada a Felipe. Escrutó inútilmente entre la multitud. Después, cuando estaba a punto de renunciar a verlo, lo divisó en lo alto de un pilón del muelle, agitando los brazos y gritando palabras que en la lejanía se llevaba.

Entonces Álex agitó una mano, en señal de saludo.

Pero la lancha avanzaba a toda velocidad, avanzando decidida hacia el *White Heron*, y la multitud pronto se convirtió en una mancha de colores, informe.

Álex se volvió hacia el doctor Erick y dijo, con tono de excusa:

«Tienes razón. Pero *tenía* que hacerlo, por Felipe. ¡Ese chico me has salvado la vida!»

«¡Sí, venga sí, lo he entendido!» Lo interrumpió el doctor Erick, huraño, sacando la pipa y mirando alrededor. Se puso la pipa en la boca y aspiró con fuerza una buena bocanada. Después dijo, invisible tras una nube de humo:

«Ah, ahora que recuerdo: tengo aquí una cosa para ti.»

Se buscó con dos dedos en el bolsillo del uniforme y extrajo delicadamente al chihuahua:

«¡Agárrate a tu arnés, antes de que nos mandes a todos a

la enfermería!» Protestó.

«¿Cómo es posible que tengas tú el chihuahua? ¡Si lo dejé esta mañana en la litera!» Se maravilló Álex, cogiendo al perrito, que lo reconoció y ocultó los dientes, que tenía rechinando amenazantemente.

«¡Es bueno, nuestro campeón de cien metros! “Lo había dejado en su litera” ¿Sabes acaso que tu ejemplar ha hecho tanto ruido cuando has bajado a tierra y ha dado tantos problemas, víctima de la crisis de desesperación, que por poco el comandante no da la señal de “¡todos al agua: sálvese quien pueda!”» Estalló el doctor Erick, rascándose la barba, entre serio y burlón. «Ha sido necesario medio equipaje para convencerlo de que dejara los tirantes del comisario de abordó. ¡Verás qué bronca cuando lo veas! Solo Choi Ming, con toda su gracia oriental, han conseguido amansar a esta desgracia de perro; ¡pero incluso a él le ha costado todos los pelos que tenía en el cráneo!»

Álex se puso a reír como un loco, metiendo delicadamente a la bestiecilla en su bolsillo:

«Pero si es el perro más dulce e inteligente del mundo!» Protestó. «¡Si hubieras visto, ayer por la tarde, durante la fiesta del baile, con qué gracia, asomado al bolsillo del esmoquin, recibía caricias y dulces palabras de las señoras!»

«¡Será! Pero yo creo que será necesario tu sueldo de un mes para afrontar los daños causados por tu dulce e inteligente ejemplar de raza canina». Comentó el doctor Erick, siempre envuelto en una nube de humo.

El ejemplar de raza canina, mientras tanto, con las patitas apoyadas en el borde del bolsillo y las orejas rectas, los miraba atentísimo, con sus grandes ojos grises. Cuando terminaron de hablar de él, se volvió a mirar la costa mexicana, que se alejaba rápidamente, tomando la forma de una media luna en la bruma de la calurosa mañana, y en su mirada pasó, rápida una sombra de melancolía. Después se dio la vuelta, con decisión, y se puso a examinar con atención el gran barco blanco que se erguía ahora, altísimo, ante ellos, con una fiesta de pasajeros a bordo que despedían a las embarcaciones de mexicanos que se habían desplazado hasta aquí para dar el último adiós.

También Álex se había girado para mirar la bahía de Mazatlan, pensando, con un suspiro:

“Allá, tras el escollo del lobo de mar está la colina de las iguanas. ¡Qué contento estará Felipe mañana cuando pueda cronometrar el tiempo de inmersión de la ballena blanca!” Entonces apartó la vista y murmuró, a media voz, con tristeza, como hablando consigo mismo:

«¿Quién sabe si encontraré yo también, un día, mi colina de las iguanas?»

El doctor Erick se quitó la pipa de la boca, lo miró a los ojos durante un instante y después dijo seriamente, mirando un punto del horizonte, donde el océano era una placa de líquido acero brillante, bajo el sol:

«Todos nosotros tenemos nuestra “colina de las iguanas”: basta con saber reconocerla».

Álex sonrió:

«Sí, yo también lo creo: *basta con saber reconocerla*».

La lancha se había colocado junto al *White Heron* y los dos se apresuraron a embarcar.

En esas, se escuchó desde lo alto, límpida, luminosa, una voz:

«¡Álex, hola, Álex!»

«¡Matilde!» Gritó el joven, reconociéndola.

«¡Álex: tengo muchas cosas que contarte!» Anunció la chica, excitada.

«¡Yo también!» Le dijo Álex. Y una girándula de fuegos artificiales le estalló dentro del pecho.





*D*e la costa italiana a la costa de México, el lujoso crucero *White Heron* transporta en su interior la preciada carga de adinerados pasajeros que buscan disfrutar de sus vacaciones, ajenos a la realidad que se oculta no solo en las entrañas del transatlántico, sino en el mismo lugar de destino.

Álex, un joven cantante italiano, el vikingo doctor Erick, Matilde y el mexicano Felipe, entre otros tantos personajes, forman parte de este viaje plagado de contrastes donde se dan cita el lujo y la pobreza, la vida y la muerte, la realidad y la fantasía, contados con maestría por la pluma de Giovanna Righini Ricci.

*J*uan Aguilar es profesor en la Universidad de Nápoles *L'Orientale*, donde imparte clases de español. Desde 2006 forma parte del grupo de investigación Escrituras y Escrituras de la Universidad de Sevilla. Como traductor ha llevado a cabo varios proyectos, entre los que destacan la traducción para España de algunos volúmenes de la serie Iconos (Ed. Mondadori).

